
3 1761 09372956 4


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

Milton A. Buchanan

# LA VIDA QUE PASA

(CUENTOS Y ENSAYOS)

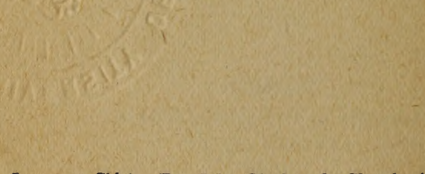
# LA VIDA QUE PASA

(CUENTOS Y ENSAYOS)

POR

M. ROMERA-NAVARRO

MADRID
LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
PRECIADOS, 48
1921



Imprenta Clásica Española, Glorieta de Chamberí.—Madrid.

«Advierte que vamos subiendo por la escalera de la vida, y las gradas de los días que dejamos atrás, al mismo punto que movemos el pie desaparecen. No hay por dónde volver a bajar, ni otro remedio que pasar adelante.»

GRACIÁN. *El Criticón,* I, VI.

# J U V E N T A

Ha habido un pueblo, cuyo secreto encanto atrae, cautiva y enamora a través de la Historia como perenne primavera del espíritu, como fresca brisa del paganismo. Eran la juventud, el amor y la poesía sus atributos. Por veintitantos siglos la humanidad ha acogido con asombro y deleite sus obras de arte, su ciencia, su filosofía, su literatura, inspirándose en esa patria del pensamiento como en una madre inmortal: Grecia.

Cuando se hicieron las tinieblas y el mundo no acertaba a salir de su letargo de los siglos bárbaros, se tornan todas las miradas hacia Atenas, y la sonrisa de adolescente del alma helena, su gracia elegante y sutilísima, su ingenua alegría de vivir, su curiosidad intelectual, conquista los espíritus, abre las puer-

tas del Renacimiento, y el mundo se salva.

Y si la cultura helena alienta todavía entre nosotros, y nos ampara; si el alma helénica es imperecedera, es porque—ejemplo único en la Historia—tuvo como atributos el entusiasmo sereno, el optimismo fecundo y un gesto sonriente, una perenne sonrisa de adolescente. «Quien en Delfos se detiene a contemplar la apiñada muchedumbre de los jonios, se imagina que jamás han de envejecer»—declara un himno homérico—. Juventa parece la suprema divinidad del pueblo heleno. Ese es su secreto, el secreto de aquella civilización que tuvo asiento en las vertientes del Píndaro y en las orillas del mar Egeo, y cuya cumbre, que nos produce el vértigo de lo divino, lleva por nombre *Siglo de Pericles*.

La juventud, que es entusiasmo, gracia, energía, amor a las cosas risueñas, ingenuidad. Esta mocedad interior que mantiene lozano el espíritu e inextinguible el fuego en el corazón, aunque las canas coronen la frente; que nos llena de ensueños prometedores aun en vísperas del gran viaje, y que tiene por divina recompensa una vida serena y armoniosa. La juventud, cosa sagrada, porque representa el porvenir; la juventud, que con el amor—encanto de la humana existencia, armonía de los corazones, preciosa y fecunda

dádiva de los dioses—y la poesía—la natural, la que llevamos en el alma con el solo ritmo de nuestras pulsaciones—, forma la fuerte trinidad del alma griega; la juventud, en fin, que es no sólo entender con la mente, sino con el corazón; sentir simpatía por las cosas y las ideas, e ingenua y apasionada fe en los grandes ideales humanos.

Sonreír, sonreír siempre es el secreto de la adolescencia; la divina sonrisa, tímbre de nuestra alegría interior, obra de caridad para los que nos rodean, doble bien para nosotros, porque el hábito de sonreír acaba por remozarnos el alma. Y este leve y amable gesto, incorporado como hábito al semblante, vence lo imposible en materia de optimismos.

# C R I S T O

Veinte siglos desde que en las praderas de Judea sonaran, una noche de luna, los hosannas y villancicos en honor del Mesías, hijo de David, hijo de Abrahán, rey de Israel. Veinte siglos desde que el Niño nacido en Belén, patria de David, trajera al mundo su divino mensaje, y aún los hombres se postran de hinojos para glorificar al mensajero de amor, al príncipe de la paz, al maestro de la verdad. Y todavía escuchan los hombres, asombrados como niños, la leyenda de Belén, aquella leyenda hermosa y peregrina de la natividad de un Dios; todavía el eco de la celestial alabanza pastoril llena el mundo: ¡hosanna al hijo de David!

Y el eco sagrado estremece blandamente los espíritus. Es Cristo quien acaba de nacer;

Cristo, cuya gloria y majestad llena en lo humano la historia de veinte siglos; el elegido, el esperado, el que venía a predicar a los hombres la buena nueva y enseñarles caminos de perfección; el que iba a revolucionar al mundo con una sola idea: «Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajen y persiguen». Hasta entonces los hombres habían aprendido únicamente a amar al prójimo y aborrecer al enemigo. Jesús también les dijo: «Haced el bien». Y los humanos descubren una nueva luz, porque las religiones conocidas sólo preceptuaban: no matarás, no hurtarás, no harás el mal. Se había enaltecido el sacrificio como suprema virtud, y Jesús sobre el sacrificio pone la caridad, y al rango de virtudes eleva también la humildad y la dulzura, intensificando en todo la conciencia humana y su percepción moral; ya no le bastará al hombre con el sentido más bien estético que ético del ateniense, para quien la virtud es armonía, sino que, quebrando la proporción, ensanchará los moldes del bien al infinito.

Sí, aun escuchamos el eco sagrado y conservamos memoria de aquel divino mensaje de amor y paz. Se le ha enseñado a la humanidad veinte siglos, generación tras generación.

Todos lo aprendemos. Todos también queremos enseñarlo. Pero, de ti para mí, lector, ¿cuántos, aun concedidos a nuestra flaca carne sus derechos, lo aceptamos como guía y luz de nuestras acciones? ¿Cuántos se dicen siquiera, al estrechar una mano amiga: paz y amor para este hombre bueno y para todos los limpios de corazón?

Hablamos con mucha pompa y gravedad del amor, la caridad, el sacrificio; «paz en la tierra y buena voluntad a los hombres», decimos; pero Jesús no dice a Lázaro «te perdono», sino «levántate y anda». Predicamos de continuo amor, paz, desinterés, humildad. Pero para los otros. Y lo que tan fácilmente pedimos, mucho nos cuesta dar. Olvidamos a cada paso que es más bendito hacer mercedes que recibirlas. Adoramos la obra de Dios con la palabra, y para eso no se hizo la palabra, sino el corazón.

Si Jesús no fuera Dios, sería la majestad de Dios hecha gracia. En Él la autoridad más tiránica--siempre, en todo momento falla, en la profunda conciencia de su misión tiene sus palabras por inapelables—se hermana con la más suave gracia. Con maravilloso instinto lee en los corazones, y con no menos maravilloso instinto de la justicia les manda; y no en momentos solemnes, sino incesantemente.

Su tremendo poder, su transcendente dinamismo espiritual le pone en comunicación no con el individuo, con las generaciones, con la humanidad entera. Y su tremenda personalidad está ahí, en el pórtico de nuestra era, como el ejemplo, el único ejemplo imposible para la raza humana, como la más sublime, la única encarnación del ideal en la Historia. Cristo es tan sublime por su historia humana como por la interpretación espiritual que le diera. Y por eso nació para pasar por la muerte y no morir.

El amor y las obras de amor viven eternas. Y Cristo fué el amor; el amor perseguido, azotado, escarnecido, arrojado del templo y puesto en prisión, martirizado, coronado de espinas y clavado en la cruz; el amor que todavía fulgura como una estrella incrustada en el firmamento de la historia, e ilumina no sólo el valle de Belén y guía a los Magos, sino que alumbra al mundo y guía a los hombres a veces por los tristes y escarpados senderos de la vida.

Cada raza y época concibe la figura del hombre ideal, de Jesús, de modo parcial y aun distinto—recuérdese a los Santos Padres negando la limitación de sus conocimientos a los teólogos, mucho después discutiendo sobre sus funciones orgánicas, declarando las Escrituras dictadas por inspiración, etc.—; mas su

estupenda personalidad humana se impone en todo tiempo a las criaturas, y esto a pesar de la sequedad de los teólogos y de la irrealidad de los místicos. Le ha bastado para ello ser, si no algo o mucho más, el hombre de más potente dinamismo espiritual que conoce la Historia.

# MARÍA LUISA

## I

—¿Ha leído usted *El Triunfo* de esta noche, señor Palacios?—preguntó insidiosamente Alfonsito, rocín menor del Casino de Alcaudilla.

—Vamos, no me tientes las narices, agorero del diablo—respondió el interpelado con un bufido.

—Caramba, don Victoriano, no comience con su mal humor.

—No, hijo; he resuelto combatir este geniecillo mío...

—¡Sabia resolución!

—Sí, hace poco que me decía el doctor, aquí presente, que acabaré por no encontrar ni un imbécil que me dirija la palabra; y ya ves, vienes tú, y me hablas.

—¡Tantas gracias, don Victoriano!... Pero vamos al asunto: ¿ha leído usted o no *El Triunfo* de esta noche?

—Mira, chico, ya sabes que yo no tengo la mala costumbre de leer ese libelo.

—Lo pregunto porque esta noche viene que arde, atizando de firme a don Alejandro. Usted tampoco se escapa, porque a todos les pone de oro y azul.

—Como de costumbre, supongo, y más hoy que estamos en vísperas de elecciones.

—*El Triunfo* dice que...

—¡Y dale!

—No, ¡el que da, y de firme, es Julio Padilla en su periódico!

—¡Mala perdigonada le den a ese Padillita donde yo me sé! Acabará por que a él y su papelucho le peguemos fuego juntos, o que a puntapiés le echemos a él de Alcaudilla.

—El papelito la verdad es que chorrea sangre—martilleó Alfonsito.

—Y en ella terminará por ahogarse esa caterva de hambrones que capitanea su director. ¡Mozo más desenfadado e insolente que ese Padilla no lo hay ni de encargo!

—Calma, amigo don Victoriano, que Julio es buen chico y no merece tanto—intervino al cabo el doctor Menéndez, moderado y sereno contertulio.

—Vaya, doctor, no nos encaje usted otra vez su panegírico—dijo Alfonsito.

—Excelente chico, sí, señor. Lo que pasa es que usted, querido don Victoriano, tan buen amigo es de don Alejandro Salcedo, que tiros que a él le dirijan le duelen a usted tanto o más que a él. Ya saben que yo no quiero mezclarme en estas luchas políticas, que sólo soy un espectador...

—Sí, hay que conservar la clientela en ambos bandos—salta Alfonsito, a quien las tonterías le florecen que es un contento bajo el cosmético del bigotito.

—Déjese de chirigotas, señor gomoso... Soy un espectador de estas luchas, y lamento por igual el lenguaje procaz de los republicanos de *El Triunfo*, y el no mucho más culto de los del otro bando.

—Pero ¿qué quiere usted que hagan los nuestros sino defenderse con las mismas armas?—interrogó con gesto avinagrado don Victoriano.

—Ahora bien —prosiguió el doctor, afirmándose los quevedos con un golpecito nervioso—: las acusaciones que lanzan contra don Alejandro Salcedo no serán ciertas; yo, buen amigo suyo, no quisiera que lo fuesen. Mas ¿por qué no se defiende? ¿Por qué, en vez de permitir que sus amigos devuelvan en la

Prensa insulto por insulto, no persigue judicialmente a quienes le acusan?

—Don Alejandro no puede rebajarse concediendo atención a las calumnias de esa canalla republicana—replicó con no mal fingida dignidad don Victoriano.

—No tanto, amigo; las llama usted calumnias, y la verdad es que no lo parecen.

—¡Pues lo son!

—A probarlo entonces. Eso es lo que yo digo. Las supuestas defraudaciones de la Tesorería municipal; los créditos del pantano, que nadie sabe a punto fijo adónde han ido a parar, porque los créditos se votaron y el pantano sigue ahí a las puertas de la ciudad tan pantano como antes...

—¡Pantano y panteón, la ciudad entera, caray!—le interrumpió otro contertulio, el comandante Bustillos, militar retirado.

—Aquellas y otras malversaciones —prosiguió el doctor— han sido alegadas con justificantes por Padilla en su periódico. ¿Que tales justificantes son forjados de engaño? Pues aquí de las pruebas... No soy yo solo, amigo don Victoriano, quien piensa así. Toda la ciudad, menos los que al mando de don Alejandro la gobiernan, piensan y dicen lo mismo.

—¡Pues los que tal dicen...!—prorrumpió

don Victoriano, largando un terno detonante con teológicas y profanas asociaciones.

—¡No dicen sino la verdad, caray! —le interrumpió el veterano—. Pues qué, ¿no conocemos todos a nuestro don Alejandro el Grande, como en burlas o veras le llaman? ¿No vamos a saber, ¡caray!, hasta dónde llega, o, mejor, hasta dónde no llega su probidad política, tras soportar su califato por una década? ¡Caray, hombre, si da asco! ¡Si aquí no hay vergüenza, cuando todo un pueblo se somete a su imperial voluntad y le permite mansamente sus trapacerías y arteros manejos!

—¡Eso es insultar!—rugió don Victoriano, hecho hiel y vinagre.

—¡Sus trapacerías y arteros manejos, repito! Y eso de meter la mano lindamente en los fondos públicos, ¡caray!, y un piquito aquí y otro más allá ir engordando ese fortunón que tiene. ¡Caray, y recaray!

—Hay cien maneras de hacer una fortuna—medió Alfonsito, deseando siempre meter baza.

—Pero sólo hay una honrada.

—¿Cuál es?—preguntó, burlón.

—¡Ya suponía yo que tú lo ignorabas!

—¡Comandante, comandante...!

—¡Lárguese de aquí, majadero!

—¿Por qué soportan entonces a don Alejan-

dro, si tan mal lo hace?—interrogó algo amansado don Victoriano, viendo que tenía a todos en contra suya.

—¿Por qué? Pues por lo dicho, ¡caray!, porque en Alcaudilla no tenemos vergüenza...

—¡Aprieta! Vaya, comandante, hable usted en singular—dijo desde la puerta del salón Alfonsito, tratando de tomar la revancha.

—Cierto: ¡tú no tienes vergüenza!

Y lo dijo con una sonrisita tan feroz, que el pollo se largó, en efecto, al salón de la ruleta.

—Soportamos a don Alejandro, vuelvo a decir, porque aquí no hay vergüenza política, ni conciencia e ideales colectivos, ni nada; porque don Alejandro tiene allá en la Corte buenas agarraderas, y buenos servidores acá que disfrutan a su amparo las delicias del poder, y les va bien en el machito; porque gentes, como el doctor aquí presente, prefieren quedarse en casa a tomar parte en esas luchas de encrucijadas de la política local... Su jefe de usted, don Victoriano, me recuerda la imagen de un hombre sentado en un barril de pólvora; y si no fuera por lo mansa que es, ¡caray!, la gente de Alcaudilla, habría una explosión cada día.

—¡Pues todavía le han de ver ustedes presidente del Consejo!—exclamó a lo zorro don

Victoriano, quien no se atrevía con aquel militarote, que le ganaba en genio destemplado, en pulmones y puños.

—¡Bah!, no me extrañará. Peores cosas llevo vistas en mi vida. Hombre de tales energías, picardías y endemoniadas travesuras es su señor jefe, que no me sorprendería verle escalar los mismísimos peldaños de la Presidencia, y desde allí enmarañar y entenebrecer la política de todo el país... y de los países extranjeros, ¡caray!

—¡Chóquela, comandante! ¡Habla usted mejor que Dios!—dijo un pollito, injerto en chulo, que había asistido en silencio y gozando a la fiesta—. Don Alejandro no será buena persona que digamos; pero convendrá usted conmigo en que algo hay que perdonarle por haber traído al mundo ese cachito de gloria que es su hija, a la que echo yo con las más lindas y hechiceras del mundo.

—Pero no para ti, ciertamente.

—¡Cómo ha de ser! Yo me he curado ya del sarampión de hacer el amor a María Luisa, por el que han pasado todos los chicos del Casino.

—¡Es la flor y nata de las bonitas!—agregó otro señorito.

—Gentil muchacha, ¡caray!

—Con unos ojos irresistibles,

—Dondequiera que se presenta hace perder la cabeza a los hombres.

—Y el color, de envidia, a las mujeres.

—Y además no hay aquí pollo que, con saber poco, no sepa dónde está el Registro de la Propiedad y los buenos cuartos que le esperan—insinuó con su bilis característica don Victoriano.

—Si el secreto de aquella dulce epidemia, de aquel sarampión de que habla Fernandito, es la hermosura de María Luisa o las pesetas del papá, nadie sabría decirlo. Las dos parecen coincidir maravillosamente — añadió el doctor.

—Ese viejo axioma de que la belleza, la bondad y la utilidad van fundidas, se realiza en el presente caso, sí, señor.

—Pero ya la miramos los muchachos como se miran los títulos nobiliarios y los honores académicos; como cosa exquisita, pero demasiado remota para turbar nuestro reposo. María Luisa no quiere novio... Para el caso, es lo mismo.

—Por lo menos, mientras don Alejandro viva. Nunca perdonará a Julio Padilla ni los ataques de esta campaña ni sus radicalismos. ¡Bueno es don Alejandro el Grande para olvidar ofensas!

—Con que las olvide la hija, se dará Padi-

lla por satisfecho. Y con amor todo se perdona... Que la muchacha está loquita por él, todos lo sabemos.

—Cosa vieja.

—¡Y tan vieja!—repitió el doctor acariciándose la nívea barba—. Se han criado juntos, se han acostumbrado tanto tiempo, como chicos, a jugar juntos a los novios, que al cabo las parodias se tornaron veras.

—Y cuentan que don Alejandro no veía con malos ojos esos amores incipientes de su sobrino Padilla y María Luisa, porque no hay que negarle al joven talento; echado a perder, si se quiere; aplicado a mala causa, sí, señor; pero talento.

—Talento, puede usted decirlo. ¡Da miedo el talento del chico!—comentó don Victoriano mordazmente.

—Sí, da miedo... y envidia—repuso el veterano, mirándole fijamente—. Mas el destino se complace a menudo en gastarnos bromas crueles. Don Alejandro tenía fe en el muchacho, lo consideraba como una naciente gloria de su partido, me lo educaba para caciquillo que algún día le sucediera aquí, y el muchacho se va a estudiar leyes a los Madriles, y de la noche a la mañana me lo cambian allá, se siente apóstol—mala cosa, ¡caray!, en estos tiempos—, y el futuro caciquillo se convierte

en el joven más anticonstitucional que ha visto luz en esta tierra de mansísimos ciudadanos. ¡Lo que son las cosas, caray! ¡Y cómo le salió a don Alejandro el Grande el tiro por la culata!

—Todos recordamos lo que vino después: los articulitos y discursos petardistas, a su regreso de la Corte, hecho ya un hombre; su hostilidad contra la política del tío Alejandro; la irritación de éste; la valentía de aquél; el rompimiento entre ambas familias...

—Y el tener que renunciar María Luisa a su amor...

—Y a su mano, el galán.

—La última vez que alguien insinuó a don Alejandro algo sobre tales amores, por poco si le da una congestión al buen señor.

—Padilla ha llegado a ser su continua pesadilla.

—¡Como que ha sacado a la plaza pública todos los trapos sucios de su política!

—Es su fiscal, el Diablo Cojuelo de su tinglado político.

—Su buen sacrificio le cuesta, porque ya no hay que pensar en Luisita.

—Ella ha sido la primera víctima de estas pasiones africanas de la política.

—Y ojalá sea la última, porque los ánimos andan tan encendidos en Alcaudilla, que ma-

ñana hay quien asegura va a ser día de sangre; no sólo de elecciones.

—No; sangre no habrá; eso es lo que aquí falta, ¡caray!, sangre en las venas. Habrá, a falta de sangre, vino, y en abundancia; habrá embuchados, pucherazos, fractura de urnas y demás lindezas con que se purifica, limpia y da esplendor al sufragio, que a no más, ni menos, estamos acostumbrados en la leal y nobilísima Alcaudilla la Muerta... ¡que Dios o el diablo confunda!; habrá sendos garrotazos de los Gorro Frigio, con acompañamiento de carreras y cierre de puertas; habrá... habrá...

—¡Vaya, dígalo de una vez! ¡Habrá...!

—¡Demonios coronados... y sin coronar! Pero sangre, ¡ca! Por la noche, los del Gorro Frigio dormirán, seguramente, en la cárcel, con algunas costillas menos, mientras las prensas de *El Triunfo*, sin tener quien las mueva por veinticuatro horas, descansarán.

—Entretanto, don Alejandro y nuestro querido don Victoriano arreglando la votación en el Gobierno civil, ¿eh?

—¡Amigo doctor...!

—Y al día siguiente, la ciudad como una balsa de aceite, y don Alejandro con el timón en la mano y manda que mandarás. Y así ahora, y así en las siguientes elecciones, y así en las otras..., ¡Lo dicho, caray, aquí no hay

sangre en las venas, ni vergüenza... profesional! Este don Alejandro el Grande...

Se detuvo, y a tiempo. Había visto descorrerse el portier.

Apareció un caballero de edad madura, frisaría en los cincuenta, alto, fornido, con la arrogante cabeza algo echada atrás, en el andar pausado y solemne; manejaba gravemente un bastón con puño de oro, y en el ojal del chaqué gris lucía pomposo clavel.

—En nombrando el ruin de Roma...—murmuró un pollo quedamente al oído a su vecino.

Era, en efecto, don Alejandro Salcedo, el Grande, como siempre resplandeciente de energía y satisfacción. Y también como siempre acompañado de una lucida escolta de adictos.

—¡Hola, caballeros!

—¡Buenas, don Alejandro!

—¡Bienvenido, señor Salcedo!

—¡Dichosos los ojos que le ven!

—¡Tanto bueno por acá, don Alejandro!

Y todos, amigos y fiscales, envidiosos y rivales, con la sola excepción del veterano, quien, sin dignarse pronunciar palabra, se apresuró a retirarse, le acogieron con mil amores y se levantaron para brindarle con su asiento, ¡con veintitantos asientos!

Cuando el amo de Alcaudilla y su provincia se hubo arrellanado en una butaca, y extendida que hubo por toda la reunión una mirada benévolamente protectora, correspondiendo así a las lisonjeras, casi acariciadoras, que de todas partes le dirigían; calmado el gran júbilo de ver a don Alejandro, éste hizo la pregunta de rigor:

—¿De qué se murmura, caballeros?

—¡Pchs... de la creación del mundo!

—¡Ah, sobre semejante tema confieso mi incompetencia! Como ustedes comprenderán, yo no estaba presente... Pero el doctor debe de estar bien informado.

—¡Por favor, señor Salcedo, que yo no paso todavía de los sesenta!

—Verdad debe de ser, ¡porque hace veintitantos años que me dijo usted lo mismo!

—¡Ja, ja, ja!

—¡Oh, qué don Alejandro éste!

Todos acogieron la broma de don Alejandro con sonoras carcajadas. Había que confesar su constante buen humor y gracejo.

—No esperábamos tener el gusto de verle a usted por acá esta noche—exclamó don Victoriano, cuando consideró pertinente cortar su larga y detonante carcajada, moviendo su mecedora junto a la del jefe—. Le suponía a usted enfrascado en los preparativos electorales.

—Querido Victoriano, ya sabes que las elecciones nunca me quitan el sueño.

Y era verdad: tan metidas en el bolsillo las tenía.

—Parece que este año están trabajando de firme los antidinásticos—insinuó tímidamente el doctor—. Y hasta esperan obtener mayoría en el Ayuntamiento.

—Eso se verá mañana—respondió, siempre imperturbable y sonriente, don Alejandro.

—¡Déjelos, déjemelos usted que se muevan, que mientras van de acá para allá cazando votos no hacen cosa peor!—declaró don Victoriano despectivamente.

—Pues aun parece que les queda tiempo para mover la pluma—indicó un pollito, sin saber a punto fijo lo que decía, por figurar.

—¡Para llenar de vilezas ese papelucho!—mugió tempestuoso don Victoriano, a quien la ausencia del veterano y la presencia de su jefe le convertían en león.

— Amigos míos, de algún modo han de desahogarse—intervino don Alejandro con tono reposado—. Son gente joven. Ya aprenderán. El tiempo es gran maestro.

Y mostrando bien a las claras que daba por terminada la cuestión, se dirigió sonriente a Alfonsito, que acababa de regresar del salón de la ruleta.

— ¡Hola, Alfonsito!

— ¿Cómo está usted, don Alejandro?

— Bien, hombre, bien. Pero y a ti ¿qué te pasa? ¡Vienes tan alicaído, con tan mala cara!

Era cierto. El chico venía alicaído, muy alicaído; había perdido a la ruleta, en un credo, buen puñado de pesetas. Perdía siempre.

— Bueno, don Alejandro, será... ¡será que como anoche tuve una pesadilla tan atroz! — respondió, arrancándose una sonrisa.

— Ya, Alfonsito, ¿conque una pesadilla, eh?... ¡Seguramente soñarías que estabas trabajando a destajo!

— ¡Je, je!

Nuevo alboroto de risas lisonjeras. Hasta el sietemesino, haciendo de tripas corazón, celebró el chiste.

Penetró en esto un lugarteniente de don Alejandro. Venía a hablarle de las elecciones. Y a poco se retiraron discretamente a un saloncillo contiguo, donde se ponían a platicar, mientras su plana mayor, capitaneada ahora por don Victoriano, se enzarzaba en nueva discusión con los demás contertulios acerca de las próximas elecciones, y el chasquido de las bolas del billar llegaba hasta el salón, intermitente, claro, seco.

Mas dejémosles, lector, que mientras el cuerpo les haga sombra, de política han de hablar; abandonemos el casino, para plantarnos en el otro extremo de Alcaudilla, en una calle bordeada de jardines y ricas mansiones, la única con cierto aire europeo de la vieja y fea ciudad, donde bien distinta escena reclama nuestra atención.

## II

Apacible noche de julio es ésta. En el silencio y quietud de la calle apenas resuenan de tarde en tarde las pisadas de algún raro transeunte.

Hace un rato que María Luisa ha descendido al jardín. Sentada en la glorieta, con los ojos fijos en la calle, y atento el oído, aguarda. Los lejanos acordes de un piano llegan hasta aquí algo apagados. El pálido esplendor del cielo, tachonado de estrellas, baña el jardín en suave claridad. Gloriosa noche para el amor, callada, luminosa. Pero en el silencio y la soledad, al alma triste responde la tristeza de las cosas. Y para María Luisa es noche de

dolor; refléjanlo sus ojos dulces y profundos de amatista.

Aguarda María Luisa.

De repente le bate el corazón. Han sonado pisadas recias y firmes en la entrada de la calle, pisadas familiares. Es Julio, que a poco abre la cancela de la verja.

— María Luisa, ¿estás ahí? — y, deteniéndose en el dintel, su mirada vaga por el jardín.

Levántase ella para salir a su encuentro.

— Creí que ya no venías.

— Cómo no, vida, siendo tú quien me espera.

Y oprimiéndole la mano que ella le abandona, van a sentarse juntos en el banco de la glorieta.

— Mi padre se marchó al casino después de cenar. Pero regresará pronto. Cuando me cree triste se apresura siempre a venir junto a mí. ¡Buen padre, pobre padre mío! ¡Y qué mal correspondo a su amor y su confianza!

— No hablemos de ello, María Luisa. Tú eres la más noble, la más devota de las hijas; pero también tienes derecho a tu amor, a nuestro amor.

— No puedo soportar más esta situación. Esto es superior a mis fuerzas. Hace años que estamos engañando, con nuestro amor, a mi

padre. Cree que te he olvidado: ¡como si yo pudiera!...

— ¡Luisa mía!

— Mas si no puedo renunciar a nuestro amor, si no puedo imponerme a mí misma, sí tengo resuelto que ésta sea nuestra última entrevista. Muchas veces te he dicho lo mismo. Pero ésta lo será.

— Escúchame, María Luisa...

— Lo será, a menos que pienses sólo en nuestro amor... y renuncies a todo lo demás.

— ¡Estás loquita, querida!

— El principio de la sabiduría es la locura. No sé si lo cree así la gente, pero proverbio debiera ser.

— Yo no puedo...

— Sí, ya sé lo que vas a decirme: que un hombre de honor no puede abandonar a sus amigos, ni traicionar su conciencia, ni claudicar en sus ideales... Todo eso me lo sé de memoria. Pero ¿y nuestro amor, entonces?

— Si abandonara a mis amigos, todos me despreciarían por indigno.

— No, nada que se hace en nombre del amor puede parecer indigno. No, no es eso. Es que tú posees en grado superlativo lo que llaman las gentes una fatal independencia de espíritu... ¿Por qué no transigir con la realidad? ¿Por qué no renunciar a esas ideas tan extre-

madas que se te han metido en la cabeza? Tú no vas a poder más que todos, Julio; tú no vas a cambiar un estado de cosas que tradicionalmente así ha sido. ¿Por qué no callar al menos? ¿Por qué no apartarte de esas luchas políticas que me están quitando la existencia, y consagrarte con honra y provecho a tu bufete? ¿Por qué no renunciar, sí, renunciar, en nombre de nuestro amor?

— ¡Renunciar! ¡Transigir! ¡Ser hiedra y extender los zarcillos para plegarse al primer roble del camino, y en él hallar sustento! ¡No, María Luisa, hay hombres que no hemos nacido para hiedra!... ¡Para roble!

— Pues entonces, si tan fuerte eres, renuncia a mí.

— A tu cariño, ¡jamás! Te pertenezco, como me perteneces. Se puede matar las ilusiones, el corazón, la existencia; pero no se puede encarcelar el alma ni asesinar el amor. El amor es más fuerte que la voluntad, más fuerte que la vida misma.

— Pues por eso digo yo que el amor no admite prejuicios, ni imposiciones, ni conveniencias: el amor se entrega.

Hablaba ella con voz entrecortada por los sollozos.

— No llores, por Dios. Cálmate, oye. Los primeros años de estas disensiones entre tu

padre y yo, fueron para mí de tremenda lucha interior. Comprendía que estaba sacrificando mi amor, mi propia vida. Pero algo allá dentro, en lo más hondo de mi ser, se imponía sobre mi dicha: era un imperativo de la conciencia. Había yo concebido un ideal, y no podía renunciar a él. Bien hubiera querido, Dios lo sabe: el amor reclamaba sus derechos. Pero no podía. Tu padre había sido un hombre bueno para mí. No podía olvidar lo mucho que le debí en mi niñez. Él casi me había educado. Mas tu padre era la encarnación del orden de cosas contra el cual gritaban todas las fuerzas de mi alma... Si los hermanos, nacidos de un mismo amor, criados juntos, educados en las mismas enseñanzas, a veces por esta triste condición humana no pueden entenderse, ¿cómo iba a poder entenderme yo con tu padre, siendo al fin casi extraños?... ¿Podría yo mentirte a ti?

— No, Julio.

— Pues tampoco puedo mentirme a mí mismo, y transigir. Pero mi amor hacia ti, bien lo sabes, no es por eso menos grande.

— ¡Te engañas! Tú no puedes amarme, tú no me has amado nunca: el amor es imperativo.

— Pero el amor, prenda mía, no es todo. Hay cosas aún tan grandes en el mundo, aun-

que a menudo yo mismo lo dude: el deber, el triunfo de un ideal.

— ¿Vale ese triunfo el sacrificio de un amor?

— El triunfo de un ideal, María Luisa, es el triunfo de un amor, y vale el sacrificio de una vida. ¿Qué importa el dolor cuando se lucha por el ideal?... Por mí nada me importa ese triunfo personal que le acompaña, aunque a veces casi me embriague su idea. Si eso fuera, antes preferiría escucharte a ti pronunciar mi nombre a todas horas, que escuchar pronunciarlo al mundo entero en el presente, en lo porvenir, cuando el mundo sea viejo.

— Pero es que tú sacrificas a ese ideal no sólo tu dicha, sino la mía.

— ¿Para qué razonar, prima mía? Vosotras las mujeres no podéis comprender estas cosas. Y entre todas, tú, tan angelical, tan ajena a las luchas y pasiones de los hombres, tú serías la última en entenderlo... Has dicho sacrificio, y no sabes hasta dónde llega el mío. Mi existencia, María Luisa, es un tormento. Por todas partes te veo siempre ante mis ojos, triste, llena de sombríos presentimientos, luchando entre tu deber de hija y tu amor, víctima de estas luchas de los hombres: ¡pobre alma mártir que vive en medio de odios y ri-

validades!... ¡Si supieras qué ganas siento a veces de llorar y de gritar como una mujer! ¡Ah, tú no puedes imaginarlo! ¡No es posible ver un alma!

Y era ella quien entonces lloraba, al escucharle. Lloraba de pena y de alegría, de alegría de ser mujer, porque así sólo las mujeres podían ser amadas. Lloraba ella. Acariciábale él la mano, conmovido. Se percibía la brisa de la noche meciendo la fronda del jardín. Los apagados acordes de un piano rompían tenuemente el silencio. Una rosa mustia, muerta, cayó golpeando leve en el banco.

— ¡Jamás ha habido una pena comparable a la mía!—sollozó ella—. ¡Quisiera que mi madre supiera lo desgraciada que soy! ¡Pero los muertos nada saben! ¡Ay, madre, madre mía!

— ¡Bendita mujer! Ella ha sido la inspiración de mi vida. Yo bendigo su memoria como bendigo la de mi propia madre. Despertó siempre en mi alma un anhelo vivo de imitar su lealtad, sus energías, sus convicciones irreducibles. Tenía el poder de estimular mis anhelos... ¡Buena, y santa, y triste mujer!... Nunca oigo cantar sin recordar cuando ella, ya enferma, cantaba al piano aquellas canciones tristes, plenas de sentimiento, de modo admirable, que se me entraban corazón aden-

tro y me hacían sentirme más bueno... Ella era la Providencia de nuestros amorcillos infantiles. Ella hubiera bendecido, andando los años, nuestra unión... Entonces tú eras casi una muñeca...

— Y no sabía todavía que en el mundo había algo más que juegos y amor.

— Yo comencé a amarte con el amor placentero y jubiloso de la niñez. Pronto nos enseñó la vida que había otro amor: ¡el amor con espinas!

—También creo yo haberte amado siempre, Julio. No recuerdo una época de mi vida en que me sedujeran otros galanteos que los tuyos. Antes que mis labios te lo confesaran, mi corazón te pertenecía.

—¡Dios bendiga tus palabras, María Luisa! Yo te amé y te amo como sólo es posible amar una vez en la vida. Para ti es mi primer pensamiento al despertar, y para ti mi último recuerdo antes de dormirme, acariciándolo. Muchas veces me despierto, y despierto me pongo a soñar contigo... Me figuro como si cada persona tuviera una cantidad de amor, que por quilates divinos ha de medirse, y la mía te la he dado a ti entera. Así es que mi amor vivirá o morirá contigo. Te amo, María Luisa, con el más grande y profundo amor que ha habido en el mundo; ¡te amo como sólo es posible

amar a Dios!... ¡No llores, vida; no me atormentes!

—¡No puedo seguir viviendo así, Julio de mi alma, alejada de ti, sin verte más que rara vez y como a traición! Necesito verte a todas horas, hablarte, saber que no piensas más que en mí. Yo necesito decirte a todas horas ¡que te amo tanto!...

La violencia con que él le oprimía el brazo la hizo detenerse.

—Para mí tampoco hay dicha sin ti, como no habría infelicidad en tu compañía. Tus palabras me alientan, me estimulan siempre como cuando el aire de la mañana roza el semblante, María Luisa, mi Luisa... Y cómo me gusta pronunciar tu nombre... ¡Luisa, María Luisa!... Jamás he besado a una muchacha en mi vida. ¡Ven junto a mí, me perteneces, te he estado esperando a ti toda mi vida; por años he aguardado este beso! ¡Ven, amor mío!

Oprimióla él con fuerza, casi rudamente.

—Rechaza la idea de que nuestro amor es imposible—prosiguió a poco—; confía, espera. No pienses en cosas tristes ni en imposibles. Ocupa tu pensamiento con el amor, como tu corazón; piensa sólo... en mí. ¿Me lo prometes?

—Sí, Julio, te lo prometo... Pero, ¡por Dios!, márchate ya. Mi padre no puede tardar en venir.

—¡Adiós, pues, María Luisa! Te amo, y tu amor y tu imagen me llevo aquí, bien encerrados, en el corazón.

—¡Adiós, Julio!

Abandonó el jardín. La calle continuaba en silencio y soledad. El piano había también enmudecido. Rígida y blanca como el mármol, en pie, le siguió María Luisa con la mirada hasta verle desaparecer calle adelante.

Luego subió la escalinata de mármol de la casa y penetró en el interior. Don Alejandro no había vuelto aún. La joven fué a recogerse. Se echó vestida sobre el lecho, y allí permaneció con los ojos abiertos, rojos, secos, sin poder conciliar el sueño. Ahora que estaba separada de él, que su presencia no le confortaba, sintió todo el dolor de su situación real, de su imposible amor. La vida era así: la realidad del dolor. Le ahogaba una congoja mortal. La línea de su boca fragante se contrajo en un rictus de angustia. Y su mirada se clavó fija, desolada, en lo porvenir.

## III

Alcaudilla está situada en el centro de la llanura de su nombre; llanura desolada y vasta, donde no se topa uno con árboles que cobijen en sombra un solo palmo de terreno; llanura salitrosa que no fecunda en su seno simiente alguna, sino bajos matorrales que son guarida de cigarras, alacranes y lagartijas, y que semeja haber sufrido por pecados de remotos y ya olvidados pobladores alguna terrible maldición bíblica; llanura que, como en un vértigo suicida, cruza el tren de Norte a Sur, abrasado por los rayos del sol, sudoroso y palpitante, deteniéndose cinco minutos en la estación de Alcaudilla, al parecer sólo para que los viajeros, muertos de sed por la calentura de lá llanura soleada, beban unos sorbos de agua...

Allí, plantada en mitad de la dilatada y estéril planicie, está Alcaudilla la Muerta, que si todavía no está muerta del todo, se muere de tedio, de soledad y de insolación. Es allá la vida soñolienta, callada, pesada y subterránea como la de los topos de pelo negro y oji-

llos invisibles que pueblan su llanura reseca y agrietada que apuñaló el sol. Sus habitantes, los alcaudeños, pasan por la vida como en una pausa entre dos eternidades, sin enterarse los más para qué vinieron a este mundo, ni por qué se van, ni sienten la menor curiosidad por saberlo. Su existencia es un perenne bostezo, viviendo sin letras ni creencias, como adormilados, sin encariñarse por ningún interés humano ni divino. Naturalmente, hombres tales han de ser sempiternos murmuradores, africanos en sus pasiones cuando se desperezan para sentirlas, violentos y rudos, y los alcaudeños, no sólo los contertulios del casino, lo son: cuando abren la boca es para murmurar y blasfemar o para bostezar. Y esa es la vida de los habitantes de Alcaudilla la Muerta: bostezos, murmuraciones y blasfemias.

Es cosa de visitar, triste cosa, el pueblo en estos días calurosos del estío, con sus calles polvorientas e intransitables por las ventoleras que después de recorrer la llanura lanzan sobre él, como colosal bofetada, nubes de polvo abrasadas por el sol.

Para los habitantes de Alcaudilla dos fechas nada más existen, dos tan sólo, que les arranquen de su sopor: las tradicionales fiestas y feria de la postrer semana de junio, y las elecciones. Entonces, el pueblo semeja despere-

zarse en mitad de la llanura, y por algunos días Alcaudilla deja de ser la Muerta. Después vuelve a caer en su soponcio; Alcaudilla torna a su dormitar legendario. Si está ahí, en mitad de la llanura salitrosa, alejada de otros pueblos, con escasos medios de comunicación, olvidada de los Gobiernos, dejada de la mano de Dios, que se contenta con mandarle tandas de misioneros como a los salvajes africanos, y teniendo por todo panorama la visión ardiente del llano blanquecino como un lino de sudario sucio, es para eso, para que duerma a pierna suelta.

Pero el mismo sol que de ordinario la amodorra en su letargo, suele producirle una insolación de calentura en tiempo de elecciones, como si éstas fuesen válvula de escape de su actividad y humores acumulados. No es, por supuesto, la fiebre del ideal, sino la calentura de las bajas pasiones y del encono personal. Es la época de desahogar la cólera de un modo decoroso. En ella estamos. Anoche hablaron los contertulios del casino, genuinos alcaudeños; habló también el amor, lo que prueba que hasta en el infierno debe de tener voz y aliento; hoy van a hablar los garrotes del Gorro Frigio.

## IV

Redacción de *El Triunfo*, la escena; hora, las tres de la tarde.

La redacción está en la planta baja. Es un cuarto espacioso, mal alumbrado y peor ventilado, con larga mesa en el centro, cubierta de innumerables periódicos de todas las provincias, revueltos. Cerca de la única ventana de la estancia, que ilumina la parte anterior y deja en penumbra el fondo, hay un modesto escritorio; sobre él, rimeros de cuartillas y más periódicos; encima, en la pared chafarrinada de cal, cuelga el retrato de un famoso repúblico, al que sirve de marco, como recogido dosel, una bandera.

El edificio está en silencio, como todo en Alcaudilla. Sólo esos dos mozos que vemos sentados junto a la ventana de la redacción repasando unos apuntes, parecen habitarlo al presente. Uno de ellos, de mediana estatura, recio, cabeza de enérgicos trazos, rostro bronceado y viril, guapo mozo, es el mismo que escuchamos anoche en el jardín de María Lui-

sa. Su continente da una impresión de fogosidad, energía y altivez.

—En el barrio de Lujanes la votación va tan pareja, que no será milagro que saquemos allí... medio concejal siquiera—dijo pausadamente Julio Padilla, sin apartar la mirada de los apuntes.

—En el distrito del Mercado lo tenemos asegurado, ¡y uno entero!, y en el Campillo también—agregó su interlocutor.

—Del distrito del Centro no hay que hablar: allí ni un solo voto, como de costumbre. En todos los demás la lucha es tan reñida como esperábamos... No me extrañará que obtengamos mayoría en el Ayuntamiento.

—La campaña contra las malversaciones de los fondos municipales ¡nos va a dar un buen parto de concejales!

—Sí, está dando su fruto. La masa general entiende bien que esto no es ya una cuestión de partido, sino de honradez política y buena administración.

Enmudecieron, y continuaron repasando los partes sobre la marcha de la votación en los diferentes colegios.

La calle, siendo alcaudeña, había de estar en absoluta calma, y lo estaba. El sol centelleaba, arrancando chispas al empedrado. Ni un vehículo ni un alma pasaba por allí. En

día de elecciones siempre ocurría igual. Las mujeres no se atrevían a salir a la calle, y los votantes, apenas depositaban su voto, cuando a ello se animaban, en el colegio correspondiente, se apresuraban a regresar a casita, con la mujer y los chicos. Unicamente las bandadas de palomos del Gorro Frigio, armados de trancas, y las cuadrillas asalariadas del partido de don Alejandro, también con sendas trancas y facas, que, en cuanto a consecuencias judiciales, podían impunemente esgrimir los últimos, sólo esta gente de garrote y tente tieso se movía activamente visitando los colegios electorales y las tabernas, y apostándose a la entrada de aquéllos, dispuestos siempre a disputarse un voto a garrotazos como el aguardiente nuestro, no diré pan, de cada día.

De vez en cuando llegaba apresurado a la redacción algún partidario de la buena causa, la roja, que venía a la carrera y alargaba por la ventana de la redacción su parte sobre la marcha de la votación, y luego partía en busca de más noticias, corriendo como había venido.

De pronto llegó hasta allí un ruido lejano, un apagado griterío, que hizo a nuestros dos interlocutores levantar la cabeza, perplejos, la mirada fija, interrogativa. ¿Qué diablos pasaría?

—¿Si esos muchachos habrán hecho alguna de las suyas?

—Y ya se callan.

Había cesado el griterío súbitamente, y lo que fué haciéndose cada vez más distinto y cercano eran las pisadas de gente que huía a la carrera. Sin duda, del próximo colegio electoral del Campillo. A poco, una muchedumbre pasaba a la desbandada frente a la ventana de la redacción. Ni gritos, ni aclamaciones, ni vivas o mueras. Todos corrían en silencio y como aterrados, sin más deseo que ponerse a salvo.

Un obrero, con pañuelo haciendo de venda a la frente, sin sombrero, se acercó a la reja y casi sin detenerse en su carrera exclamó:

—¡Amigos, acaban de asesinar a don Alejandro en el colegio del Campillo!

Sintió Padilla el frío de una hoja de acero en las entrañas. Pálido, con voz bronca, sólo pudo pronunciar:

—¡Luisa, Luisa, ya jamás serás mía!...

## V

El día de las elecciones queda atrás. Han pasado ya varias semanas desde ese día, memorable en los anales políticos de Alcaudilla, en que una mano ruda y bárbara apuñaló al jefe de la provincia en el momento que, acompañado de su plana mayor y queriendo dar ejemplo de democracia y civismo, fué a depositar su voto en el colegio electoral del Campillo.

Alfonso acaba de asomar el bigotito por la puerta de la sala del Casino.

—¡Buenas tardes, señor *jefe!*... No hay mal que por bien no venga —exclamó dirigiéndose a don Victoriano, que ni siquiera alzó la cabeza para mirarle—. Ya le tenemos a usted regentando les destinos de la patria chica...

—¡Hum! —fué todo lo que respondió el interpelado; pero interiormente pensaba—: ¡Esto me sienta mejor que Dios!

—Vengo del balneario, señores. No hay mejor sitio para pasarse una tarde pipuda. ¡Qué mujerío! ¡Qué brazos! ¡Qué...!

—¡Por favor, Alfonsito!—dijo uno.

—¡Qué demonio de chico!—añadió el veterano.

—¿Tan bien has encontrado el baño?

—Un poco húmedo...

Y se fué, con el befo colgante, celebrando con risotadas el chiste. En el casino, Alfonsito es el sainete, como el comandante Bustillos el melodrama, y el orondo don Victoriano, entre los dos, la tragicomedia.

—Ese desahogado me enciende la sangre y me recuerda siempre a Perico Aldana—declaró don Victoriano.

—Y ¿quién es Perico?

—Un asno.

—¿Y qué más?

—¡Le parece a usted poco!

—¡Oh! Alfonso es muy cáustico, tiene ingenio, una cabeza bien organizada—afirmó un pollo que se moría de risa con las cosas de su amigo.

—Cáustico, sí, hijo; aguda cabeza, una cabeza de alfiler—replicó don Victoriano.

—Aquí entra el doctor.

—Buenos días, caballeros.

—Buenos los tenga usted. ¿Hay novedades, doctor?

—Ninguna, don Victoriano.

—Y María Luisa, ¿cómo sigue?

—Mal, muy mal. Pero no he perdido la es-

peranza, y mientras existen esperanzas hay salvación. La pobre criatura había ya padecido lo suyo antes de perder el padre, y andaba bastante delicada, como ustedes saben. Después, el trágico fin de don Alejandro ha sido el golpe de muerte a su salud y sus ilusiones... Y las heridas del corazón son tan ponzoñosas, tan corrosivas, que no hay humana ciencia capaz de curarlas. Quizás logremos salvarle la salud; pero la salud nada más.

—¡Desventurada chica!—exclamó don Victoriano.

—¡Y desventurado chico él, caray! —agregó el veterano—. Que todos ustedes se han conjurado para perseguir a Padilla.

—Es el verdadero culpable, el verdadero inductor del crimen, con sus insidiosos ataques y acusaciones.

—Así pensarán ustedes; mas yo no. En medio de esta tempestad de odios que se ha desencadenado sobre el muchacho, le considero como una víctima de su ardor y de su honradez política. Y esa feroz y ensañada persecución de que se le ha hecho objeto, me parece, ¡así, como ustedes lo oyen!, una tremenda... injusticia. Al valiente muchacho le están ustedes ennegreciendo la vida; acosándole, ¡caray!, como a un perro; y a tanto no hay derecho, ¡no, señores, no hay derecho!

—Es cuestión de pareceres, comandante— repuso don Victoriano secamente.

Y uno de los secuaces del nuevo jefe, deseando variar el giro de la conversación, preguntó:

—¿A que no saben ustedes quién se ha pasado a los nuestros?

—¡Como si lo viera, caray! Armando Valdés.

—El mismo que viste y calza.

—¡Veamos el precio!—dijo el comandante.

—¡Caramba, comandante, eso es un poco duro!... Es que ha coincidido su cambio de ideas con una vacante que le hemos ofrecido en la Junta de Arbitrios.

—El tal Valdés es de los que siempre se arriman al sol que más calienta —observó el militar despectivamente—. Pero ¿con qué cara va a tomar asiento en los bancos de la Junta al lado de sus antiguos enemigos?

—Con ninguna: ¡en los bancos nadie se sienta con la cara...!

—¿Otra vez aquí, Alfonsito? Si no desahogas tu chistomanía, revientas.

—Si tal hubiera de acontecer, ¡ojalá que no la desahogara, caray! —comentó el veterano—. Aunque bien visto, menos daño hace Alfonso con descargar sus tonterías, y perdona, chico, sobre nuestras cabezas, que otros su cólera sobre Padilla.

—Pues mis descargas van para largo, mi comandante. Las otras, no: dicen que Julio Padilla se marcha de la ciudad.

—¡Bien, muy bien, magnífico! —exclamó sin disimular su contento don Victoriano—. Es lo mejor que puede hacer.

—Y María Luisa, ¿qué dice a eso, doctor?

—¡Oh! Jamás pronuncia su nombre ni siquiera delante de mí, que siempre me tuvo por confidente. Pensaba ella antes que sólo la fatalidad había puesto los dos hombres que amaba frente a frente, y pensará ahora que la fatalidad, y sólo ella, ha provocado el crimen. No podía creer, naturalmente, ni que su padre fuese un culpable, sino la plana mayor que le rodeaba, ni que Padilla fuera un calumniador... Mas el hecho desastroso que ha quebrado en flor sus ilusiones de amor está subsistente. Jamás entregará su mano al hombre que el rumor público acusa como autor moral del asesinato de su padre. Ha sido, realmente, una fatalidad; pero fatalidad que les separa para siempre irremediablemente. Así piensa ella, y así se explica uno esa melancolía profunda, ese silencio que guarda constantemente, esa indiferencia en recobrar la salud o perder la vida. Todo lo acepta con la docilidad complaciente de los que sufren; se pasa el día meditabunda, y la noche en insomnio...

«Necesito morir, doctor —me decía anoche—; lo necesito para descansar, para olvidar, para dormir; ¡ay, si viera usted qué anhelo tan ferviente siento de dormir, de dormir para siempre!...» Les digo a ustedes, señores, que el estado moral de esa pobre criatura es para acongojarle a cualquiera el alma. No es el natural dolor de quien pierde a un padre; es algo más: es un desamor, un hastío de la existencia, una muda desolación que arranca lágrimas. ¡Pobre niña!...

—¡Pobre niña, caray!—repitió el veterano conmovido.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Y así también lo entendió Julio Padilla, y por fuerza hubo de renunciar a aquel amor de toda su vida, que de niño había plantado en el huerto de sus ilusiones como un rosal, y que los años habían ido fortaleciendo como una encina. Resolvió abandonar para siempre la ciudad donde vivía su amor imposible. Y un día se encaminó solo a la estación y tomó aquel tren de Madrid que solía detenerse cinco minutos en la polvorienta estación de Alcaudilla, al parecer para que los viajeros, muertos de sed por la calentura de la llanura bebiesen unos sorbos de agua...

## VI

Alcaudilla la Muerta ha resucitado. En una veintena de años—que el tiempo, lector, no corre, vuela—la ciudad está desconocida. Hoy es rica ciudad, y además, feliz en esta postrer semana de junio en que celebra con feria y fiestas la festividad de su Patrona. Alcaudilla goza de envidiable prosperidad; ya no parece morirse de tedio, de soledad y de insolación en mitad de la llanura desolada. Las obras del pantano se terminaron hace varios años, y parte de la planicie salitrosa y abrasada por el sol se ha tornado en fértil y sombreada pradera, merced a las obras de saneamiento y riego, y la ciudad, circundada de huertas y arboledas, no sufre al presente las descomunales ventoleras que después de recorrer el llano caían sobre Alcaudilla como colosal bofetada de nubes de polvo abrasadas por el sol. Tampoco se muere ahora de soledad, porque cuenta con excelentes caminos y una nueva línea ferroviaria de Levante a Poniente, que además de comunicarla con las provincias limítrofes pone en explotación su

zona minera de la vecina serranía. El tren, que antes se paraba de mala gana unos minutos en la estación de Alcaudilla, detiénese ahora su buena media hora; el correo es al presente diario, y el expreso de la corte hace escala en Alcaudilla tres veces a la semana. Una comisión, presidida por el octogenario comandante Bustillos, marchó hace poco a Madrid para gestionar el expreso diario.

La población se ha engrandecido, pues, y cuenta con agua potable y abundante y con un alcantarillado modelo. Se han construído algunos soberbios edificios públicos. Los tres simbólicos caserones de Alcaudilla la Muerta: el hospital, la cárcel y el manicomio, son ahora tres edificios modelos. Las calles principales están tiradas a cordel y con arboleda. Existe un hermoso parque; ya no van mozos y mozas a la Plaza Mayor a dar vueltecitas, como borricos a la noria, sino al Parque del Príncipe. Ya hasta en la época del plenilunio, el alumbrado público permanece centelleando hasta las tantas.

En lo moral, Alcaudilla la Muerta también se murió de vejez y roña, y ha resucitado. Su política local no es del todo decorosa, pero tampoco se halla tan enmarañada y entenebrecida como en los lejanos tiempos de don Alejandro Salcedo, cuyo recuerdo apenas si

conservan los viejos del casino, quedando como única memoria suya su nombre inscrito en una tortuosa calle de la parte vieja: *calle de Don Alejandro el Grande*, y del macedonio creerá que se trata, sin acertar con el *Don*, cualquiera que por allí, extraviado, desacierte a pasar. No se publica ya periódico alguno que se llame *El Triunfo*, y de la pendenciera y republicana partida del Gorro Frigio, ni memoria. Alcaudilla la Muerta quedó sepultada muchos años ha en la llanura.

El repotente milagro de su resurrección se debe en gran parte a un hombre ilustre que ocupa lugar preeminente en la política nacional, y es hijo de Alcaudilla. Su elevada posición, como jefe de un partido, le ha permitido recabar para Alcaudilla, día tras día, innumerables concesiones y beneficios del gobierno. Los alcaudeños le admiran y se envanecen de sus talentos como de cosa propia, reclamando para Alcaudilla la gloria de ser lugar de su nacimiento.

Por ignorada razón, que desde luego nos apresuramos a consignar en nada empaña el honor de los presentes alcaudeños, el ilustre hombre público no accedió nunca a sus reiteradas invitaciones para que visitara la población, excusándose con los consabidos pretextos de sus muchas ocupaciones, responsabili-

dades, etc. Mas su tenacidad de provincianos agradecidos ha vencido, y al cabo se disponen a recibirle en esta semana en que el pueblo celebra la fiesta de su Patrona.

Alcaudilla arde en fiestas. Las instalaciones y luminarias del real de la feria son del mejor gusto. La ciudad entera está engalanada y goza de una alegría sin límites con tantos regocijos y diversiones populares. El recibimiento que se dispensa al hijo ilustre de Alcaudilla es imponente. El pueblo en masa ha acudido a la estación para acogerle y aplaudirle con sincerísima fiebre de gratitud. Y allí está congregada con el pueblo lucida representación de todas las fuerzas vivas de la población y sinnúmero de comisiones de los pueblos de la provincia. Cuando el tren que conduce al gran hombre entra en agujas, se desborda el entusiasmo de la muchedumbre y se confunden en estruendo formidable los aplausos, los vítores enronquecedores, las músicas, los cohetes. (Estos cohetes son tal vez único vestigio de la moruna Alcaudilla la Muerta.) Después de darle la bienvenida las autoridades, el cortejo se organiza y sigue el itinerario fijado de antemano.

La comitiva ha recorrido ya la calle de Olmedo, la de Infantes, y desemboca en este instante en la plazuela de las Descalzas, don-

de se halla a mano derecha, conforme se viene de la estación, el aristocrático convento provincial de las Descalzas. El entusiasmo del pueblo está en su delirante apogeo. Los vivas y aplausos se mezclan con los valientes acordes de la Marsellesa. La multitud curiosa se apretuja y empina para ver al paisano ilustre que va en carroza descubierta, entornado de hombres del pueblo que han asaltado los estribos del coche. Le vitorean frenéticos. La gente, apiñada en los balcones y azoteas, entre banderines y gallardetes, le saluda agitando los pañuelos, y las mujeres le arrojan flores. Es la gratitud bulliciosa y acalenturada del pueblo, que ensordece y emociona.

.....................................

La comitiva pasa lentamente allá, por el fondo de la plazuela. En este preciso instante la carroza cruza frente al convento de las Descalzas. Una hoja del mirador del tercer piso se abre sigilosamente, y queda medio entornada. Uno monjita asoma tímida la cabeza y contempla, emocionada y palpitante, el espectáculo del fondo de la plaza. Su mirada se ha clavado ansiosa en el semblante pálido, anguloso y patricio del ilustre hijo de Alcaudilla... Una bandada de palomas, asustadas por el estrépito de la calle, salen alborotando de un vecino palomar, y son testigo de cómo

aquella linda cabeza, cubierta de alba toca monjil, se desploma sobre el antepecho del mirador, luciendo en el semblante una lágrima silenciosa, mudo poema de amor.

Los acordes viriles y marciales de la Marsellesa se alejan, se pierden en las calles vecinas, y la tranquilidad vuelve a reinar en la apacible plazuela conventual.

Fué la última vez que María Luisa—sor Luisa de la Inmaculada—vió, desde su mirador del tercer piso del convento de las Descalzas, a Julio Padilla, en su carroza triunfal.

# ¡LOS DIOSES SE VAN!

Corre a la sazón el mes de la natividad de Cristo, mes del misterio sagrado y redentor. Llevamos, días tras día, una semana implacable en la que no cesa de caer la nieve sobre la ciudad. Todo es blancura de nieve, blancura del cielo opaco, del pavimento, del misérrimo ramaje de los árboles, blancura de plazas y calles.

La blancura encierra prolífica todo un mundo de simbolismos. Blanco es el nardo y la flor del naranjo, del cidro y del limonero, blanca la pureza de la virgen y blanco el semblante de la ira, blanco es el lino con que nos cubren al llegar al mundo y blanco el sudario, y blanco más que azul, cielo, mar y tierra en lejanía, y todas las bellas lejanías de la vida.

Y blancura de nieve también era aquella apartada plazuela de la gran metrópoli donde un momento ha creyó escuchar el cronista la palabra profética y reveladora. Había no lejos del pórtico de un templo católico, cuyos muros grises y festoneados de hiedra tienen casi fronteros los mármoles murales de una capilla consagrada al culto griego; oyendo las mansas y nobles palabras de un anciano había, al atardecer, un grupo curioso y abigarrado: oficinistas que salían del trabajo, mozas, chiquillería, algunos obreros, y también algunos de los otros que, por no ser nada de esto, ni obreros, ni oficinistas, ni mendigos, suelen llamarse entre ellos «personas decentes»; había, pues, también algunas personas decentes; no muchas.

En el centro del grupo, sobre un estradillo de madera, está el anciano; y junto a él una muchacha sosteniendo un estandarte, y formando pequeño círculo cuatro músicos y una docena de personas que ciñen al brazo una cinta con esta inscripción: *Salvation Army*, «Ejército de salvación». Fué su fundador el general Booth, cuyos sentimientos altruístas y noble inspiración evangélica le hacen acreedor a más coronas de laurel tejidas por los corazones agradecidos, que cuantas ciñeron los Alejandros y Escipiones; que este general Booth, cristiano

caballero del ideal, ha conquistado más territorios para el reino de las almas, que tierras de esclavitud los grandes capitanes. Claro está que ahora sólo se trata de un destacamento de este ejército espiritual que ocupa toda la ciudad, y desde el Bowery, cuartel general de los mozos de rompe y rasga, de la gente bravía e italiana, se extiende por la aristocrática y suntuosa Avenida Quinta hasta el Bronx, populoso barrio norteño de obreros, empleados y pequeños burgueses. Esta cristiana institución se halla consagrada a cuantas obras de caridad reclaman las miserias del vivir, y es popularísima en la Babilonia norteamericana.

No puede el cronista contemplar uno de esos grupos de *Salvation Army*, sin emoción. Y porque es patricia el alma de tales servidores del ideal, suele detenerse a escucharles. Está hablando el anciano de este atardecer. Su continente es majestuoso, tal el de un profeta de Israel. Su cabeza nos recuerda la máscara socrática. De nacer a tiempo, hubiera sido apóstol en tierras de Judea, filósofo en Atenas, tribuno en Roma. Habla un lenguaje sencillo y conmovedor. Habla de Jesús:

— Y cuando el grito de *¡los dioses se van!* resonaba en las sombrías bibliotecas de Alejandría y en los templos paganos de Grecia y

Roma, y este grito agorero brotaba de labios de filósofos y de pitonisas, y hallaba eco en el alma popular; cuando todos volvían sus ojos hacia aquel altar del santuario pagano consagrado «Al Dios no conocido», entonces fué la venida de Dios hecho hombre al mundo...

Y nos habla el anciano de rostro visionario de cómo vino el Nazareno para redimirnos y enseñarnos el camino de la verdad, y conducirnos por él:

—Amad a vuestros enemigos, ha dicho el Maestro, para que seáis dignos de ese Padre eterno que hace salir su sol sobre malos y buenos; porque si sólo amarais a los que os aman, y si abrazarais solamente a vuestros hermanos, ¿qué haríais de más? No hagáis tesoro en la tierra, donde la polilla y el orín corrompe, y donde ladrones minan y hurtan; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá; ¿qué hombre hay entre vosotros a quien si su hijo pidiese pan, le daría una piedra?...

Y nos repite, en fin, todas esas verdades sublimes que, no por viejas de puro sabidas, dejan de ser provechosa lección, ejemplo o corrección, según los casos, que todo esto y mucho más es la divina palabra en labios de este santo varón. Oyéndole, el cronista se repetía mentalmente la soberana frase de *Hámlet:* «hay algo más en el cielo y en la tierra de lo

que puede soñar la filosofía». Y debe de ser ese sentimiento que sólo los pobres, los desamparados, los sin madre, los que nada pueden dar, porque nada tienen, parecen abrigar en nuestros días: la caridad del sentimiento, la caridad de la palabra, la caridad de la obra.

Queda el anciano en silencio, desciende del estradillo, resbala sobre la nieve. Una muchachita no puede reprimir la carcajada. Ni de un solo pecho brota un grito de angustia. Todas sus nobles palabras no le han valido ni la emoción del respeto... Y el cronista, que en medio de esta helada visión de nieve había sentido latir el corazón ardorosamente por las palabras del anciano, elocuentes con la suprema elocuencia del sentimiento, sigue su camino melancólicamente, preguntándose si valía este mundo y esta humanidad la pena del nacimiento, pasión y muerte del Hijo de Dios.

# ELOGIO DE LOS LEALES

El símbolo de la lealtad, con ser el más noble de los símbolos, no hay que buscarlo entre los hombres ni los dioses. Pertenece a una raza inferior y, en este punto, ejemplar. De todos los seres de la Creación, ninguno hay que tan bien merecida tenga la gratitud y devoción del hombre como su leal compañero: el perro. Pueden abandonarnos los amigos en horas de prueba, olvidarnos los unos, pagarnos con ingratitudes los otros, soltarnos de la mano la diosa Fortuna, siempre caprichosa y mudable; abandonarnos la riqueza, la fortuna dejarnos en brazos del infortunio; podremos vernos abandonados del todo y por todos, y cuando, a merced de la tormenta que agita nuestra existencia y la quiebra, nos hallemos

en el fondo de un abismo o en la cima de una montaña, muertos de frío, azotados por el huracán, dejados de los hombres y de la mano de Dios, a merced de los elementos, teniendo en contra el cielo y la tierra, como si un destino cruel los hubiese conjurado contra nuestra sola vida, tendremos todavía junto a nosotros, tendido a los pies, lamiéndonos las manos, fiel y amante, a un ser que ni nos abandona ni sería capaz de hacernos tanto daño como el mejor de los hombres: el perro. Perderá el rico sus dineros o el príncipe sus vasallos, o perderá el ciego su lazarillo; pero un vasallo le seguirá fielmente en su destierro, un compañero en su miseria, un guía enderezará sus pasos: el perro. Perderá el hombre todo, aun la existencia, y este amigo leal, fiel hasta la muerte, vendrá acaso a reposar sobre la losa del sepulcro y velar allí su último sueño.

Él vigila incorruptible nuestro hogar, nuestra hacienda, nuestro tesoro, y con el mismo celo vigilará nuestros harapos. Por su lealtad, más prefiere las caricias de su dueño, un mendigo a las puertas del templo, que los halagos de un gran señor o las caricias de una hermosa dama. Con más gusto roerá un hueso o comerá un mendrugo a los pies de ese gitano que merienda en la cuneta del camino, que

comestibles suculentos lejos de él, en la boda de un Camacho. Con humildad acoge las reprensiones, y hasta los palos, del mendigo cuya miseria comparte; y con fiereza y altanería ladrará al mismísimo Preste Juan de las Indias si se le atraviesa en el camino. Comparte con su dueño afectos y odios. Amante, acariciador y zalamero con los que ama, es vengativo, cruel y carnicero con los del bando enemigo.

Natural amigo del hombre, puede dar pruebas de todas las virtudes humanas—cariño, bravura, lealtad, constancia—sin ninguna de sus malas pasiones; amigo sin amagos de envidia, sin pasajero rencor, sin arranques de cólera o impaciencia, sin olvidos de momento ni abandonos; compañero tan discreto y sufrido, que ni pide explicación por las inconveniencias, ni nos pregunta con la mirada la razón de nuestros actos, ni nos critica con ladridos de vez en cuando, ni nos atormenta cuando anda con los nervios destemplados, ni nos traicionará en el momento que más necesitemos su ayuda, ni cometerá, en fin, ninguna de esas indiscreciones, abusos o felonías que los otros amigos, llevados de la curiosidad, del mal humor, de la travesura, del ingenio mordaz, suelen cometer de cuando en cuando.

Será el caballo de más gallarda estampa; el león, más bravo; más ágil, fino y veloz, el ciervo; el oso, más fuerte; el elefante, más poderoso; pero el perro, siendo el compañero natural del hombre—cuando, como en el caso de algunos ciegos y miserables, no se encuentra un compañero humano—, es el animal más noble y útil.

Si la base de la amistad es el desinterés, el sacrificio, la constancia, la ternura y la sinceridad, no hay razón que excluya a esta raza generosa de la amistad de los hombres. Desinteresados, lo son. ¿Acaso los perros ladrones—ladrones por lo que son también los hombres: por necesidad—no llevan al gitano el mendrugo que robaron, aunque ellos se caigan de hambre? Constantes y fieles, hasta la muerte. No hace muchos años falleció un ilustre poeta provenzal, y su perro, viejo amigo, muerto el amo, se negó a comer, y de hambre y pena murió sobre la tumba del poeta. Tiernos en su afecto, hasta enternecer a los hombres con sus muestras de amor, que es cuanto decirse puede. Su mirada resplandece de ternura; sus actos también. Acariciarán, enloquecidos de júbilo, al ver al amo tras una ausencia; lamerán sus heridas, llorarán su muerte. Inteligentes, lo son, y si en nuestros días no saben griego como aquel tan bachiller

del *Coloquio* cervantino, ni su poquito de francés e inglés como este otro *Darling* del *Nuevo coloquio* benaventesco, sí saben obedecer, que es entendimiento; sueñan, que es memoria e imaginación, y saben sobremanera amar, que es en todos los seres la más alta de las sabidurías. Y si es cierto que no hablan, como aquellos parleros camaradas del viejo y del nuevo *Coloquio de los perros*, tampoco adulan, ni mienten, ni murmuran, ni critican. Y en todo caso, no las palabras, sino las acciones, son el criterio con que solemos juzgar de la amistad.

# LA APOLOGÍA DE LA MUERTE Y EL SUICIDIO

Aquel a quien Júpiter ama y Apolo armado cobija, no llega a los umbrales de la ancianidad.
HOMERO, *Ilíada*, XV, 245.

La muerte como supremo bien ha tenido apologistas en todo tiempo, y muy fervorosos en los maestros del clasicismo griego y romano. «La doctrina de la legitimidad del suicidio enfrente del infortunio, puede considerarse como el rasgo culminante de la antigua filosofía» (1). Entre los atenienses y romanos llegó a considerarse el suicidio como acción vir-

(1) Lecky, *History of European Morals from Augustus to Charlemagne* (1869), I, 222.

tuosa y heroica. Y como acto legítimo, permitido por la ley cuando fuese precedido de la autorización senatorial, en Roma: el ciudadano debía de comparecer ante el Senado y persuadirle de los justos móviles que le inducían a abandonar la vida.

El maestro egregio de la sabiduría y virtudes helénicas, Sócrates inmortal, exclama al aproximarse su última hora: «Pero ya es tiempo de que nos separemos: yo para morir, vosotros para vivir. ¿A quién toca la mejor parte? Sólo los dioses lo saben.» Y Platón, que así lo refiere en su *Fedón*, interroga: «¿Por ventura juzgas que aquel que tenga un entendimiento elevado, con justa idea de toda la eternidad y de la naturaleza entera, le parecerá ser gran cosa la vida humana?»

En Roma, Séneca el Filósofo elogia la muerte como la mejor invención de la naturaleza, y a su amigo Lucilo, caballero romano, le aconseja: «Mi parecer es que dejes esa manera de vivir o la vida misma. Yo te recomiendo que sigas camino más apacible y que, mejor que romper, desates lo que tan mal has anudado. Mas si no pudieres desatarlo, rómpelo: no hay hombre tan cobarde que no prefiera caer de una vez, a permanecer siempre tambaleándose.» Y en otro pasaje escribe: «Varón notable es aquel que no sólo se con-

dena a muerte, sino que sabe dársela» (1). Para Marco Aurelio, que halla preferible «dejar la vida, pero no convertirla de ningún modo en un tormento», la muerte es el único bien posible, y le dirige la triste súplica: «¡Oh muerte, no retrases tu venida!» (2). Y el maestro de los estoicos advierte: «Acuérdate: si el dolor no merece la pena de ser soportado, la puerta está abierta» (3). Para los hijos de Atenas y Roma, para el espíritu clásico, que no comprendía al individuo sino en un presente dichoso, la vida humana era serena adaptación espiritual, equilibrio de fuerzas, armonía del individuo con su propia naturaleza, con sus intereses y con las condiciones del medio ambiente. Rota la armonía, el suicidio era la más gallarda y noble salida.

Bajo el cristianismo se debilita la apología del suicidio, pero no la apología de la muerte como ejemplo para propagar con el martirio la verdad cristiana y como único medio para hallar el supremo descanso.

El cristianismo, con sus doctrinas de resignación y templanza, con su concesión expiatoria de la vida, con su entrega a Dios, único

(1) Séneca, *Epístolas morales*, LXX.
(2) Marco Aurelio, *Meditaciones*, V.
(3) Epicteto, *Discursos*, libre II, cap. I.

que puede disponer de la vida y la muerte, con su parcial renuncia de la voluntad, combatió el suicidio. Y expresamente en los Concilios, como el de Arlés del año 451, declarando que la muerte voluntaria es efecto de un furor diabólico. Pero, no obstante, el suicidio sigue imperando en proporciones terribles durante toda la Edad Media, y no sólo entre la población cristiana, sino en los mismos monasterios.

Con el soplo del espíritu clásico renace luego febril la apología de la muerte en la literatura del Renacimiento, y no cesa de darnos en toda la moderna figuras geniales de suicidas: Hámlet, Manfredo, René, Oberman, Wérther... El mal de los dos últimos siglos es, sin duda, el pesimismo, y así como el siglo X se caracteriza por un pesimismo popular, el XIX se señala por un pesimismo científico y literario: Goethe, Byron, Heine, Leopardi, Poushkin, Verlaine, y entre los nuestros Espronceda, Bécquer, Campoamor, en el terreno literario, y Schopenhauer, Nietzsche, Frauenstadt, Mainlaender, Guyeau, Hartmann, en el campo de la filosofía, son los principales caudillos de este colosal movimiento pesimista del siglo XIX, que extiende sus raíces al nuestro. Y claro está que el pesimismo, explícitamente, como es el caso común, o implícitamente, va

acompañado de la apología de la muerte y del suicidio.

«Siempre habláis vosotros, ¡oh hombres!, de las cosas humanas, fallando sentenciosamente: esto es locura, aquello razonable; esto bueno, aquello perverso. Y ¿qué es lo que se desea expresar con estas vanas palabras? ¿Habéis profundizado en los secretos móviles de una acción? ¿Sabéis distinguir los motivos que la produjeron, que forzosamente habían de producirla? Si estudiaseis todo esto, no adolecerían de tal ligereza vuestros juicios... La naturaleza humana tiene sus límites, y sólo hasta cierto punto puede soportar el goce, la tristeza y el dolor, pasado el cual aquélla sucumbe. La cuestión no está, pues, en saber si un hombre es fuerte o débil, sino si puede sobrellevar el peso de sus padecimientos morales o físicos. Y no me asombra menos que se califique de cobarde al hombre que se suicida, que si de tal modo calificasen al que muere de una fiebre maligna.» Con semejantes palabras hace Goethe, por boca de Wérther, la apología del suicidio. Mas el suicidio, a nuestros ojos, es indefendible... Tal vez no lo sea... ¿Quién sabe? ¿Quién puede emitir un juicio definitivo sobre las cosas humanas? Parece ser, sin embargo, una negación de la más positiva dote y virtud del hombre: la fortaleza de ánimo... No siem-

pre. A aquellos generales romanos que, por haber perdido una batalla, se arrancaban la vida, no los tendrá nadie por cobardes. Parece un acto de locura... Pero nadie tiene por locos a Demóstenes, envenenándose para no caer en poder de Filipo, ni a Catón, ni a Aníbal. Parece una negación del primer deber de los humanos, que es vivir... Pero nadie negará que por deber y honor Lucrecia, violada por Tarquino, se apuñala. Parece una negación del instinto de conservación. Y lo es. Mas el instinto de conservación no es el supremo entre los seres racionales. Por cima de él están el honor y el deber. Y éstos los entiende cada época, cada raza, y aun cada individuo, a su modo.

El suicidio quizás sea indefendible. Mas en desagravio de los que se entregan voluntariamente al sueño eterno de la muerte, aventurémonos, lector, a penetrar en la psicología de los que, sin ser locos, por razones morales se suicidan.

El hombre se quita la vida cuando, en un instante de su existencia, experimenta la desesperación del presente y de lo porvenir. Nadie se desprende de la vida por los dolores del presente. Es lo irremediable de lo porvenir lo que más fuertemente mueve a la suprema decisión. Para el suicida, el sello de la

vida es el dolor. Nada alienta en ella que pueda saborear dulcemente y sin mezcla de acíbar. Se nace para padecer, y desde la cuna viene el hombre condenado a la ley suprema del dolor, que preside al mundo. Y no sólo llena el mundo, sino que la sensibilidad del dolor es más intensa y viva que la del placer. *Mille piacer non vagliono un tormento*—ha dicho Petrarca—. El suicida ve en la esperanza una perfidia con que la naturaleza le alienta a sobrellevar el presente. Él no puede conocer más experiencia que la de su pasado. Y ella le bastaría si además no aceptara la confesión de quienes, ya encorvados hacia la tierra, le repiten cuán quimérica es la esperanza de dichas en la senda engañosa de la vida, y cómo el dolor acompaña a los humanos hasta el momento en que avanzan un pie en el vacío de la eternidad. Si no considera la vida como merecida expiación, ni como tránsito indispensable para la otra, ni espera la dicha, ni le sirve sino para prolongar el dolor presente, ¿para qué conservar esta vida que, como a la Armida del Tasso, al hombre

> tiénele entre placer y cruel tormento;
> esperanza le da, o de ella le priva;
> déjale al fin cual cazador rendido,
> que la seguida huella haya perdido...

Para el suicida hay cierta lógica en que la

razón humana, a vista de tanto testimonio adverso, falle condenando la vida a la pena de muerte, salvando así de su perfidia a esta pobre criatura humana, a quien han engañado mil veces los dioses y la naturaleza. Si hay dolores que acarrean la muerte, ¿por qué no serán esos mismos dolores bastantes a conducir la razón y la voluntad a una definitiva renuncia de esta vida? La esperanza, jurídicamente, revestiría el carácter de un derecho, que no de deber. Y en buena tesis legal, todo derecho es renunciable: *Volenti et consentienti non fit injuria.* El suicidio no es más que eso: la renuncia del derecho de esperar, además de una renuncia del derecho a la vida (1). El Estado, amparándose en una rutina infame, impone la pena de muerte al ciudadano que delinque, y la permite, además, en caso de legítima defensa. En este último nada hay que objetar: entre dos vidas, condena la del hom-

---

(1) En la Edad Media fué castigado, sin embargo, en el honor y en la fortuna de la familia del suicida. Nuestras *Partidas*, ley XXI, tít. I, part. VII, y la *Novísima Recopilación*, ley XV, tít. XXI, lib. XII, imponían al suicida la pena de confiscación de bienes. Pero hoy está eliminada en nuestra legislación la absurda pena de confiscación, que en este caso aumentaba la aflicción de la familia castigando un acto que ella era la primera en lamentar.

bre que lesionó un derecho. Pero la pena capital nos trae siempre a la memoria las palabras del clásico moralista hispanorromano: *ex senatus consultis plebisque scitis scelera exercentur*, crímenes hay autorizados por el senadoconsulto y los plebiscitos. Si el conservar la vida es un deber, ¿cómo se trata entonces de castigar a un criminal dispensándole de ese deber?

Lo absolutamente inaceptable es que se pierda la vida por decisión de una voluntad ajena, sea de otro individuo o del Estado. Hay que repetir con Hobbes que el derecho a la vida es absoluto y exento de toda ley superior. Sólo sobre sí mismo puede el hombre pronunciar una sentencia de muerte, aunque acaso tampoco él lo deba. Es esta una comisión que no puede ser confiada sino al propio individuo; sobre todo en nuestro tiempo, en que se ha reconocido, con Rosmini, Baur, Rotteck, Melillo, entre otros tratadistas, que el derecho originario y subsistente es el *derecho-hombre*. Rousseau sería sólo un pensador fanático si en su *Contrato social*, tras aquellas palabras de que «el individuo debe renunciar a su vida si la voluntad general lo desea», no hubiera escrito éstas, más humanas y transcendentales: «Aun cuando se tratase de la libertad de una nación, tengo la vida del hom-

bre por un bien demasiado precioso para que se ofrezca por ella».

Lanzar el anatema contra los suicidas en nombre del interés social, les parecería a éstos injusto, porque si bien ha de utilizarse al individuo en provecho de la colectividad, que le ampara y auxilia, no se le puede sacrificar en su bien. Y esto es tan conforme con las concepciones jurídicas reinantes, que a nadie se le ocurrirá negar al ciudadano la facultad de recluirse en un monasterio, donde, apartado de la sociedad, no vivirá para ella. Desde el punto de vista de la utilidad social no media diferencia entre el anacoreta y el suicida. En nombre del derecho social, que hoy fundamos sobre la libertad individual, no se le puede negar al individuo el derecho más elemental que en este orden puede poseer: el derecho a la vida, a la propiedad de su vida. Los deberes que la vida impone están condicionados. «El individuo—escribe un maestro del positivismo—no tiene deberes y derechos más que viviendo en sociedad; si prefiere emigrar de una colectivad especial o del mundo de los vivos, se exime de todo deber y de todo derecho» (1). Tales deberes pueden ser inexcusa-

---

(1) Enrique Ferri. *Los hombres y las cárceles*, capítulo II.

bles mientras se conserva la existencia, pero no pueden esclavizar una criatura imponiéndole el yugo de la vida, si por tal lo tiene. Nada importa que aprobemos o rechacemos el suicidio: el derecho a la muerte debe formar parte de aquel patrimonio jurídico del hombre que Vico denominaba *auctoritas monastica.*

Entre reconocer a la sociedad el derecho de quitarnos la vida o el de imponernos su conservación, los hombres más virtuosos de la antigüedad clásica elegirían el primero, para quedarse con su derecho a practicar esa «salida razonable», como los estoicos llamaban el suicidio; porque deseaban «o una vida tranquila o una muerte feliz. Hermoso es morir cuando la vida es un oprobio; vale más dejar de existir que vivir en la desdicha». A los clásicos debía de parecerles más locura que sensatez eso de obstinarse en seguir viviendo una existencia cuyo dolor tenga la frialdad y la inexorabilidad de un teorema matemático.

El suicidio ni es antinatural, porque esta palabra no tiene sentido en labios de los humanos, ni es inmoral, porque carece de intención malévola, en el sentido estrictamente jurídico y social. Opina Schopenhauer (1) que

(1) *El fundamento de la Moral*, cap. II.

la naturaleza ha otorgado a la criatura humana el admirable privilegio de terminar la vida cuando le plazca, y no vivir como los seres inferiores tanto tiempo como pueda, sino cuanto quiera. ¿Debe renunciarse hoy día—pregunta el filósofo de Francfort—a ese admirable privilegio en consideración a ciertas razones del orden moral? Esta es una cuestión bien difícil, que en todo caso no puede ser resuelta con los argumentos de costumbre en la materia. De existir razones verdaderamente morales que oponer al suicidio, sería preciso buscarlas a una profundidad que no alcanza la moral vulgar.

Si tuvieras aquí, lector, delante de ti, no un español naturalmente inclinado a tomarle el pulso a las cosas burla burlando, sino uno de esos alemanazos con sistema y todo, verías cómo te encasillaba en una de estas categorías. Primera categoría: los que encuentran preferible la vida, con todas sus aflicciones, a la extinción. Segunda: los que, en cumplimiento del precepto religioso, se desprenden de la voluntad de vivir, o mejor, de la voluntad de morir, entregando su destino al fallo divino. Tercera: aquellos que, hallando malo el presente, confían en lo porvenir. Cuarta: los que, sin gran apego a la vida, sienten vagos temores hacia la muerte. Quinta: los que conser-

van la vida porque esa, señores, es la costumbre. Todos ellos suelen calificar de cobarde y loco al suicida. Veamos hasta dónde les asiste la razón. Acusación de cobardía: los que pertenecen a los tres primeros grupos no pueden lanzarla, porque no conservan ellos la vida por valor para resistir los males del mundo, sino los unos para continuar gozando lo poco o mucho bueno que la vida da de sí; los siguientes, para no condenarse eternamente; los últimos, para disfrutar los bienes que les reserva lo porvenir. Los del cuarto grupo no están autorizados en materias de entereza moral. Los del quinto tampoco tienen que chistar, puesto que conservan su vida, no por el valor que niegan al suicida, sino por lo dicho: por costumbre. Acusación de demencia: al primer grupo les parecerán locos quienes, siendo felices, anticipen la hora de su fin. A los del segundo, quien, profesando una religión que condene el suicidio, quebrante la voluntad divina. A los del tercero, conforme su experiencia personal, único elemento positivo de juicio, debe de parecerles el suicidio una salida razonable. A lo sumo, podrán calificar al suicida de impaciente. Para los del cuarto grupo, el suicidio no será locura, sino atrevimiento. Para los del quinto, originalidad...

El suicida podría argumentar, de otra parte, que la edad más fecunda en suicidios varía entre los cuarenta y los cincuenta años, cuando el hombre suele estar en la plenitud de su vigor físico y de su madurez mental. Y preguntará: si somos locos de remate, ¿por qué nos condena la legislación penal, que exime de responsabilidad a los que padecen enajenación? Tratadistas de la talla de Hofmann, verdadera autoridad en la materia, declaran que el suicida no es siempre un desequilibrado mental. Téngase en cuenta que en las estadísticas de suicidios, se enumera la enajenación mental como *uno* de los móviles que en ciertos casos los provoca. Por consiguiente, contra la opinión de quienes, con el P. Feijoó, aseguran que los que se privan voluntariamente de la existencia son furiosos o dementes, existen móviles que conducen al suicidio, sin que intervenga la locura. En las estadísticas aparecen clasificados por embriaguez, falta de recursos, disgustos de familia, comisión de un delito, enfermedad y enajenación mental.

Otro móvil se señala, el del amor, que en un orden de mayor a menor suele ocupar el sexto lugar tratándose de varones solteros, y el segundo respecto de las mujeres solteras. «Hay muchas veces en las que el suicida está,

en efecto, enajenado, ya de un modo general, ya parcial—declara Pedro Mata en su *Tratado de Medicina y Cirugía legal*—. Hemos visto la triste realidad de esa monomanía, y los numerosos casos prácticos en que apoyamos su existencia. Pero hay, desgraciadamente, no pocos que se suicidan en la plenitud de su razón, si es que por tal puede tomarse el estado de un sujeto dominado por una pasión profunda y violenta, que le arrebata y arrastra a librarse de sus penas acabando con sus días... La doctrina que hemos establecido para diferenciar la razón de la locura, no nos consiente tomar los arrebatos de un hombre cuerdo, producidos por una desdicha súbita o lenta, pero intensa, y que le conduce a atentar contra su propia vida, por una enajenación mental; porque si bien no es una razón cumplida, íntegra y prepotente, conserva los caracteres de la cordura.»

Las gentes no pueden concebir el sentimiento de dolor profundo, vasto, que, extendiéndose por el presente y lo porvenir, conduce a esa «gran acción humana», en frase de Shakespeare. Mas ¿son acaso todos los hombres igualmente sensibles a las impresiones de la vida? ¿Se hallan dotados de idéntica capacidad para el dolor y de una misma susceptibilidad moral? La acción de lo positivamen-

te nocivo y de los padecimientos es, como ha comprobado Spencer, puramente relativa y subordinada a la capacidad del órgano, a sus condiciones de receptividad, a su influencia sobre el sistema nervioso, conforme la mayor o menor vivacidad de éste; a su estado de salud o enfermedad, y a las circunstancias concomitantes a la acción nociva. No hay dos naturalezas a las que un mismo fenómeno afecte de idéntica manera.

Cuando se oye decir que el ser humano es el más desgraciado de todos los seres, porque es el único que piensa en la muerte, se acuerda uno de aquella maravillosa creación del centauro, de Edgardo Quinet, condenado a no morir jamás. ¿Desventurada la criatura porque piensa en la muerte? Pero ¿qué más da no ser después de vivir que no haber sido antes de nacer? Si lo que menos nos concierne en esta vida es la muerte. Laméntela la sustancia sensitiva, gusano, insecto, lo que sea, que en esta circulación eterna de la materia herede nuestra energía vital y con ella la sensibilidad, el dolor. Si no fuera por la confianza de que todo lo acabará la pala y el azadón, ¿quién tendría paciencia para quedarse en este mundo por los siglos de los siglos? Divertidos estaríamos. Y no porque la vida sea tan perra, que bien mirado no lo es, sino por-

que tampoco es tan buena que la queramos por eterna compañera. Muchos, si tuviésemos entre las manos la vara mágica de Fausto, la arrojaríamos a la basura. Bueno es vivir, pero no tanto. No todos los días se levanta uno deseando el enfriamiento del planeta. Pero pensar que hubiéramos de vivir hasta la consumación de los siglos es un horror.

La muerte, no la anticipada del suicida, sino la otra, la humana, la que es ley de naturaleza, hay que recibirla con una sonrisa. Nuestros miembros tienen bien ganado su derecho al reposo; y la sangre, que debe de fatigarse al fin de circular por las venas y mezclar en el mismo vaso la gota que alumbra el pensamiento y la que despide oprimiendo las heces del alimento; y los nervios, que la vida agita y hace vibrar a menudo como una lira del dolor; y la voluntad, que aun para después de extinguida, insaciable, funciona; y el pensamiento, que debe de desconcertarse al cabo en medio de tantos errores y desengaños; y el alma toda, víctima de sí misma.

Ahora bien, lector: si los suicidas deben de pensar sobre poco más o menos como hemos visto, tú y yo hemos de pensar que, más que desfallecidos de escepticismo y desesperanza, vale morir de una congestión de ensueños.

# DEL SABROSO COLOQUIO QUE TUVO CERVANTES CON DON ALONSO QUIJANO EN EL PURGATORIO

Avanzaba por aquellas vastas soledades, en su postrer jornada. Puestos los ojos en el lejano confín, dorado por los efluvios de una luz celestial, caminaba el viajero. Su rostro aguileño, de frente lisa y desembarazada, nariz corva, barbas de plata, se dilata en la contemplación de aquel remoto confín donde está la bienaventuranza. Camina sin reposo, que larga es la jornada.

—¡Cuerpo del mundo, señor Cervantes!

Sacóle la gran voz de su embelesamiento. Miró y, sin acertar a pronunciar palabra por un buen espacio, pudo ver no lejos otra figura humana: la de un hidalgo de edad madura, de complexión recia, seco de carnes, enjuto de

rostro, quien medio corriendo, con los brazos abiertos, llegó a él para abrazarle.

—*¡Deo gratias*, buen hidalgo!

—Al Señor sean dadas, mi don Alonso Quijano, que bien veo que es vuesa merced.

Saludáronse con grandísimo contento. Y, entablando la dulce plática que verá quien leyere, juntos prosiguieron la postrer jornada.

—Por buen agüero tengo, mi don Alonso, haberle hallado en el camino; que iba ya temeroso de jamás alcanzar el bien que tanto buscamos y deseamos.

—¡Que la gracia del cielo nos acorte la jornada!

—¡Plegue a Dios que así sea!

Enmudecieron y, con la mirada siempre fija en el resplandor que en la lejanía, a modo de celestial faro, derramaba su difusa claridad por aquellas soledades, continuaron adelante.

—Y dígame por su vida, señor don Miguel, si es que por ventura no recibe pesadumbre acordándose de las cosas del otro mundo...

—Pregunte vuesa merced lo que a bien tuviere.

—¿Ha mucho que vió a mi doña Aldonza Lorenzo?

—Con ella hablé meses pasados en Esqui-

vias. Diviértele mucho su papel de Dulcinea, y gusta de que le lean la famosa historia.

—Mala jugada me habéis hecho en vida, señor Miguel, tornándome en el hazmerreír de las gentes. Pero bien sabe el cielo que os perdono.

—¿Por qué lo decís?

—Dígolo, buen hermano, porque hicisteis de mí pintura no muy justa y amable. Ya había anticipado vuesa merced que, aunque pareciera padre, padrastro era de Don Quijote.

—Siempre amé yo a mi Don Quijote, y aun me conmoví con sus desventuras.

—Que me place; pero a buen seguro que me pintasteis de brazo flojo...

—Pero en el ánimo, león. Más que César, que ni él arrostraba otros peligros que los que están en el orden de naturaleza, ni entraba en ellos sin pesar antes sus ventajas y medir su fuerza; mientras hice a vuesa merced encararse también con los sobrenaturales, y no reparar ni antes ni después sino en la justicia de sus ideales. Y si César acariciaba y apetecía imperios, para él eran, que vuestras ínsulas para Sancho las quisisteis.

—De triste figura me sacasteis a la luz del mundo.

—Fresco y risueño, de corazón. Y ofensa tampoco hubo en llamarle el caballero de la

Triste Figura, que tal nombre le cuadraba a vuesa merced, como a mí también me cuadrara, y tal me puse, cuando arrastraba mi cadena por el baño de Azán-bajá.

—De vuestra pluma salió mi figura en extremo grotesca.

—Grotesca no, mi don Alonso. De la figura de vuesa merced, que no la llamaré vulgar, pero que nada se diferenciaba de la de muchos hidalgos de la Mancha, hice aquella figura genial donde se junta lo grotesco, sí, del hábito, de la celada de cartón, de la bacía, con lo sublime del corazón.

—Hambriento me pintasteis, además.

—Pero más hambriento del ideal.

—Me sacasteis, hermano, con tanta fe por demás, que a todos causaba risa.

—Por esa fe, por esa candidez en la que, a pesar de vuestro gran entendimiento, un niño os haría entender que era de noche en mitad del día, por esa sencillez de espíritu, Sancho dijo querer a vuesa merced más que a las entretelas de su corazón, y con Sancho, cuantos os acompañen en el curso de vuestra historia; y cual Sancho bueno, Sancho discreto, tampoco se amañarán a dejar a vuesa merced por más disparates que haga.

—Melancólico, por añadidura.

—Eso creo yo muy bien. Salió Don Quijote

con esa melancolía de todos los hijos de mi entendimiento: por algo son mis hijos.

—Y lo más grave: seco de cerebro.

—Mas de lozanísima imaginación. Menester me era loco vuesa merced, para que pudiera decir aquellas amargas verdades contra la justicia humana que se me estaban pudriendo en el pecho.

—Menester no era para ello llevar a extremos tales mi locura: como aquello de dar fe a la redoma aquella del bálsamo de Fierabrás, y aquello de...

—No fué signo de locura, sino de fe—le interrumpió el hidalgo alcalaíno—. Cuando a poco es vuestro entendimiento el que hábla, soltasteis la voz a aquellas discretas razones de la dichosa edad y siglos dichosos...

—¡Sí, para dar luego en manos de los desalmados yangüeses!

—Lo confieso, hermano: aquello fué doloroso. Por eso vale una lágrima.

—Dígole que por loco, y de remate, vuesa merced me ha hecho pasar, señor Miguel.

—¡Oh, no tanto! Descabalado de sentido ya dije desde un principio que lo era vuesa merced; pero es la verdad que luego, meditando acerca de vuestras aventuras, no me parecisteis tan loco. He visto a vuesa merced en el curso de su historia, loco en las hazañas, mas

pronunciando siempre palabras tan bien concertadas, que aun en medio de vuestras locuras parecisteis cuerdo, y siempre sublime. Y cuando vos decís despropósitos, son tan acordados, y vuestras sinrazones tan discretas, que locuras decís envidia de muchos cuerdos.

—Sea en buen hora; mas ¿dióse chifladura mayor que tener por la más alta princesa del mundo a mi doña Aldonza Lorenzo? Las otras locuras claramente se ve que son invención de vuesa merced, mas ésta sí que me duele por no parecerlo. Y es que al fin de cuentas la más grande chifladura es hacer tantas por una hembra de rostro amondongado, con olorcillo hombruno, sudada y algo correosa cuando ya ahecha hanegas de trigo en el corral de su casa o ya tira a la barra con los mozos en la plaza del pueblo, como cruelmente describe vuesa merced a Dulcinea.

—¡Crueldad notoria! Mas sería eso en rigor demencia, y por atribuírsela, justamente había vuesa merced de reprochármela, si no le hubiera hecho declarar a vuesa merced que princesa quería forjársela; no porque así lo creyera, mas porque para vuestro amor tanto valía como la más alta princesa del orbe, y os la pintabais en la imaginación como la deseabais. Y no os acuitéis, que no más cuerdos

suelen ser, en punto tal, los demás enamorados.

—Pero, ¡válame Dios todopoderoso!, que si de eso salimos con buen pie, será para entrar en la aventura aquella de los molinos de viento, que en mala coyuntura y peor sazón se le ocurrió a vuesa merced.

—Allí no se pensaba tanto en lo rematado del juicio de vuesa merced, como en vuestro épico valor. Y si en ella os puse, a buena fe, señor, que también os metí en la aventura de los leones, donde el héroe iluso fué allí héroe real.

—Luego, hermano, me atribuisteis hechos que nunca me acaecieron. Yo, que me he leído, como bien dijisteis, cuantos libros de caballerías pude hallar, sé, sin que vuesa merced tuviera necesidad de declararlo, que porque Amadís se retiró a hacer penitencia en la Peña Pobre, yo había de hacer penitencia en Sierra Morena...

—Dejé ya escrito que cuando un pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los más únicos pintores que sabe.

—Y porque don Florisel de Niquea...

—Teneos, no es razón que prosigáis, hidalgo; que si las sobredichas y otras no dichas aventuras no acaecieron a vuesa merced, ni

mía fué su idea, paréceme a mí que siempre serán de quien las inmortalice. Recuerdos de viejas lecturas fueron algunas, invención muchas; pero no todo, artificio y traza, que vos debéis de acordaros de otras aventuras cuya verdad no admite réplica ni disputa; aquella, verbigracia, con Juan Haldudo el rico, el vecino de Quintanar. Ni llamaréis invención la otra que le avino a vuesa merced con los mercaderes toledanos.

—No, por cierto, ¡desdichado de mí!, que aquel malandrín del mozo de mulas me molió y me dejó deshecho.

—Bien se pagó vuesa merced con el vencimiento del vizcaíno.

—Y luego, don Miguel, ¡donosa cosa!, pretendiendo hacer confesar a todos la sin par hermosura de Dulcinea.

—Pretendiéndolo no habíais de parecer más descabalado de sentido que Suero de Quiñones, Galeas de Mantua, lord Surrey y sinnúmero de caballeros, de los andantes en carne y hueso, no por los libros, por la vida.

—Y me hacéis tomar los mesones por palacios, por princesas las fregonas.

—Eso os cumple; no son vuestras ilusiones lo que os ridiculizan, sino las trivialidades que junto a ellas os pone la vida; vuesa mer-

ced sueña con un palacio, y la realidad le pone una venta; sueña con princesas encantadas, y la realidad le pone maritornes o dueñas. Vuestro paso por la vida causar debe tristeza, que no risa.

—¡Medrados estamos!... Lo que me cuesta mi trabajico perdonar a vuesa merced, buen hermano, se lo confieso, es que me dierais por vencido de un rapabarbas.

—¡Oh, mi don Alonso, y que mal me pagáis en ello! Pecador de mí, y yo que creí pintar allí a vuesa merced más sublime que nunca, cuando vencido, en tierra, molido, teniendo sobre la visera la enemiga lanza, exclama, sin embargo, con voz debilitada y enferma: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra.» Asegúrole a vuesa merced que, por esa y otras cosas, Don Quijote irá de lengua en lengua y de gente en gente por toda la tierra, como bien dejélo dicho.

—Sí, vida eterna, para que eternamente se burlen de él.

—Y con la risa en los labios y el regocijo en el corazón le amen tiernamente.

—Reparad, mi don Miguel, que no aludo a

quienes con él se ríen, sino a los que ríense contra él.

—Ríense de mi Don Quijote porque los hombres se ríen de la virtud cuando no alcanzan a comprenderla. En su pequeñez, no pueden levantarse a las altas regiones donde el alma de mi Don Quijote se mueve. El caballero del ideal que ellos son capaces de concebir es un Sancho mejorado; no más. Comprenden que se defienda al débil; que se apoye al oprimido, cuando el brazo es fuerte; que séase héroe a ratos; pero no conciben ni el heroísmo constante, ni la defensa del ideal a todo trance, ni el permanente sacrificio, ni el culto de la virtud a diario. Y para ellos, quien mira al ideal primero que a su lanza para defenderlo, y a su escudo para guardarse, es un demente. ¡Oh sublime demencia!

—¡Y que hasta la castidad de Don Quijote les mueva a risa!

—Si le escarnecen por su virtud, no es Don Quijote el que ha de mudar, rebajándose a la común condición humana, sino quienes le escarnecen, levantándose hasta él. Y tal cual le pinté, no hará vuesa merced perder el seso a ningún caballero, como dije que hiciéronselo perder a vuesa merced los otros andantes caballeros, ni embelesará malignamente a mozos y mozas, ni despertará insanos deseos, ni

apartará a nadie de la doctrina santa y cristiana, sino que leerán vuestra vida con gran bien y merced, como más conviene al servicio de Nuestro Señor y de los reinos que allá abajo dejamos.

—Me habéis pintado, en verdad, buen hermano, como único caballero andante a quien no verá Dante entre los condenados.

—Bien podéis decirlo, que jamás hice mentir a vuesa merced como los otros caballeros andantes, que aseguran que si mataron tantos y cuantos gigantones de un solo tajo, y quieren dar fe de que, después de muertos, se vieron sanos y buenos por virtud de cierto misterioso bálsamo; ni os hice jamás decir, como ellos, cosa sucia o deshonesta. Salióme vuesa merced pareciendo siempre honesto, fiel y puntual enamorado, sin dar ejemplo de raptos y seducciones, ni de soberbia y descomedimiento, cual los otros andantes caballeros, sino afable, bien pensado y bien criado, como aquel gigante del que por tal motivo decíais mucho bien. No le hago a vuesa merced combatir para entretener la ociosidad, cual se cuenta del duque de Borbón, ni sólo por amor al riesgo, cual Juan de Merlo y tantos otros caballeros de la corte de don Juan II; ni le pinto cruel con el adversario como aquel Jacotín, quien teniendo a su enemigo Mahuot en

tierra le cegó los ojos con arena y le arrancó a bocados las orejas y sacóle los ojos; ni jamás tan puerilmente ridículo cual cierto extranjero conde de Salisbury, que hizo voto de no abrir el ojo que su dama le cerrara hasta volver victorioso de la guerra. Pintéle a vuesa merced más razonable, más decente, más humano y más caballero que los sobredichos y otros muchos caballeros que anduvieron por la tierra, y a quienes nadie toma por locos.

—Por cierto que es grande mengua, señor Cervantes, que, habiendo yo ganado tal prez en lo espiritual, no la hubiera igualmente ganado en la figura.

—El cuerpo es para los ojos, buen hidalgo; para Dios, el alma. Para los ojos, para los villanos, sean duques o comediantes, parecerá a veces mi Don Quijote grotesco; para los corazones, sublime siempre. Hele dotado de todas las virtudes, sin ninguna de las flaquezas de la carne, y con todo humano: él nunca duda, siempre cree, generoso es hasta el sacrificio, liberal sin tasa, valiente hasta la temeridad; no padece esa desenvoltura erótica de los demás caballeros, siendo muy casto y honesto caballero; no habla, cual los otros, lenguaje hinchado y ampuloso, sino sencillo, cuando no elocuente. Dotado he su ingenio de gravedad

o donaire, conforme el caso requiriera; sus consejos, de sabiduría; de distinción e hidalguía, sus modales. Y si fáltale algo, es justamente lo que constituye único patrimonio de los follones y malandrines que sueltos andan por el mundo. Y en la pintura, levantado he tanto a vuesa merced sobre la ruda tierra, que salisteis caballero de la ilusión, cruzado del ideal, y tal vez en tiempos venideros, cuando grandes virtudes exalten el ánimo hasta la sublimidad, a semejante hombre le llamarán como os llamé a vos, y cuando, entrando en acción, su ilusión y sacrificio rayen en lo sublime, quijotadas acaso nombren las suyas.

—Haráme mucho placer, que vuesa merced me va mostrando en su discurso el otro Don Quijote, el que no logré yo adivinar en su libro, y hónrome muy mucho en haberle servido de modelo.

—Bien puede, mi don Alonso; que a vuesa merced débole en parte la idea de mi Don Quijote, y con ella la poca o mucha gloria que en el mundo alcance. Llegará un día... pero no, que ya lo murmuran las malas lenguas, los doctos: que si tomé por modelo el *Asno de oro,* de Apuleyo; que si fué la *Ilíada;* que si fué la *Eneida*. Mas todo ello es y será afán... de lo que sea, que ¡vaya vuesa merced a averi-

guarle a los doctores y bachilleres las intenciones!

—¡De toro, señor, créame!

—Mas tengo yo por cierto, hidalgo, que si mi libro se salva del olvido, será justamente por no parecerse a aquellas ni otras obras. Este hijo seco, avellanado y antojadizo, es hijo mío, si bien teniendo a la vista a vuesa merced, y nada tiene que ver con los que al mundo de la fama trajeran los Homeros, Virgilios y Apuleyos.

—A lo que a mí se me trasluce, razón lleva vuesa merced.

—Cuando yo he dicho que no sé qué autores sigo en él, ¿cómo han de saberlo los demás? ¿Para qué habíame de andar buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos, como estampado dejé? Y esto, si lo dije de lo secundario, repítolo ahora de lo principal.

—No hay duda en eso, mi señor don Miguel, como no la hay en el objeto que movióle a vuesa merced a escribir la famosa historia.

—¿Desterrar los libros de caballerías, piensa el hidalgo?

—Así lo declaró vuesa merced, y nadie lo piensa. Y la verdad es que no lo entiendo.

—¿Por qué no lo entiende, don Alonso?

—Porque menester no era matar lo que ya estaba muerto.

—Su razón le asiste, señor Quijano; porque es lo cierto que los disparatados libros de caballerías no iban ya tropezando, como afirmé, sino que habían ya caído casi del todo.

—La nueva generación había entronizado en sus gustos la comedia, y tengo para mí que apenas se acordaba de romances pastoriles y libros de caballerías.

—Habla vuesa merced puesto en razón: que fueron los histriones quienes desterraron a los caballeros andantes, aun a aquellos tres que el cura y el barbero salvaron en el escrutinio.

—¿Por qué declaró entonces vuesa merced que para poner en aborrecimiento las disparatadas historias de caballerías había escrito vuesa merced la suya?

—Ahí está el toque. Cuando yo dejé dicho en el prólogo que era simple y sencilla historia, sabed que lo dije todo. Lo que añadióse después sobre lo de ser invectiva contra los tales libros, fué para que no se confundiera a nuestro Don Quijote con los Amadises, Palmerines y Tirantes, ni a mi libro entre los vanos de la andante caballería; y pensad que, al cabo, no fuí yo quien lo dijo, sino el amigo que vino a sacarme de aquellas dificultades que me tenían suspenso y acobardado para dar mi libro a la luz del mundo.

—Empero vuesa merced descubre repetidas veces su ojeriza contra los libros de caballerías.

—Cierto; mas lo de ponerlos en aborrecimiento se me ocurrió después; así como no escribí eso sino tras enterrar a mi caballero, fué más tarde también cuando pensé que tal libro mío pudiera llenar semejante fin. Aunque, en rigor, bien asegurasteis que llegaba tarde. Dígole a vuesa merced que, mientras iba escribiéndolo, sólo me proponía distraer penas haciendo fantasear a mi Don Quijote, y, si tal cupiese, acrecentar mi reputación de buen ingenio, aunque para lo último más bien confiaba en mi *Persiles* y en mi *Galatea*... Cosa de puro entretenimiento fué, mi don Alonso. Sansón Carrasco manifestólo por mí: nació mi libro para universal regocijo de las gentes.

—Tampoco supongo yo que nadie llegue a tenerle por un ataque, puesto que, hasta ahora, ni los doctos ni el vulgo le han considerado sino como mero libro de entretenimiento.

—Y mirad acá, hidalgo: creo yo que, en todo caso, habría una razón más poderosa que la de desterrar los ya desterrados libros de caballerías. Y esa razón es, si los hombres no se empeñan en trastornar los valores y razones que pueden pesar en el ánimo de un autor, el contraste humano.

—De ese parecer soy. Y Dios será servido que siempre se tenga a su libro por lo que es, sin que vayan a repasarle las entrañas, y beberle a vuesa merced pensamientos y alcances que no tuvo.

—Si yo mismo he dicho que no tengo que acotar en el margen ni anotar al fin, ¿por qué habían de empeñarse otros, que no conocen a mi hijo tan bien como yo, en que necesita de tales zarandajas para andar por el mundo y que se le entienda el pensamiento?

—Su libro es sencillo y llano, a lo que se me alcanza: no hay allí alegorías ni alusiones enigmáticas, ni pasajes que encierren oculto sentido.

—Váyase a buscar todo eso en la *Divina comedia*, que la mía es comedia humana y al alcance de todos los magines. Tiempo vendrá en que, olvidadas algunas costumbres del nuestro, fuera del común uso ciertos giros y voces, ignoradas tales o cuales instituciones del presente, menester será a mi libro de algunas noticias; pero interpretaciones y comentarios, no. Si en entremetidas razones los doctos entran, harán de mi Quijote tantos Quijotes como doctos en él pongan sus manos... Mas soñar es esto; pues tan sin ventura fueron siempre mis cosas, que milagro será si no les alcanza a los hijos de mi entendimiento mi

triste sino y me los entierra el olvido en la memoria de las gentes.

—Calle, señor, que al menos este hijo paréceme a mí que tiene asegurada larga vida. Él, y cuantos le acompañan en la historia, fueron los primeros en hablar a lo humano en los libros de entretenimiento. Con Sancho solo no hubiera sido libro nuevo. Con Don Quijote solo, tampoco. Habíannos presentado antes los ingenios a una criatura fabulosa o a un escudero, si no lazarillo, abyectos. Vuesa merced pasó de la vida al libro sus personajes, y con su libro salió a la luz la primera novela humana. Por eso, dígole yo que larga vida ha de tener. ¡Y que me place... aunque me pusisteis en tal traje y tales pasos, que, si bien los de Esquivias me señalaban por Don Quijote, yo, buen hermano, no me he dejado convencer!

—Pero venga vuesa merced acá —replicó el hidalgo don Miguel sonriente, como sonriente habíale hablado su interlocutor —; si yo hubiera seguido el consejo del consejero de marras, imitando en lo que fuere escribiendo, ¿cómo hubiera logrado vuesa merced tanta fama? De un hidalgo provinciano como vuesa merced, muy hidalgo, cierto, pero interesado en la rutina diaria, en su caza y en sus libros, saqué un hidalgo siempre ocupado en asuntos generales, en ideas universales, que todos di-

cen sublime por su interés humano. De no ser por todas aquellas locuras y grandezas que puse en vos, con ser vuesa merced hidalgo como pocos y bueno como ninguno, nadie le habría hecho caso.

—¡Por vida de vuesa merced! Luego mi fama le debo, ¿eh?

—Así lo creo, señor don Alonso.

—Y en verdad y en mi conciencia —y el buen hidalgo sonreía— que pensé que a mí debíame vuesa merced la suya. Si no, ¿por qué no salió antes del silencio del olvido en que dijo dormir hasta sacarme a mí? No se enoje, señor; pero sólo cuando con todos sus años a cuestas dió conmigo, salió vuesa merced de ese olvido... Orgullo póstumo llamará a esto el hidalgo. Pero no; ahora todo me es igual. Hablo porque siempre me agradó argüir con vuesa merced.

—Todo también me es, ahora, igual. Pero vayamos por partes, que si mi gloria no fué tan resonante como la de Lope y otros ingenios, aun tuve mi gloria: mis comedias se aplaudían; mis versos eran leídos y celebrados; autores de fama solicitaban mis sonetos, epigramas o elogios para sus libros, y por uno de los mayores poetas de las Españas todos me diputaban. Y viniendo al caso, dígole que mil hidalgos como vuesa merced andan por el

mundo; pero ninguno es inmortal, porque no tuvieron quien historiase, como vuestra vida yo, la de ellos. ¿Digo algo, buen hidalgo?

—Cogido me tiene vuesa merced: le debo mi gloria.

—Y a vuesa merced debo yo la mía, que cortesías engendran cortesías.

—Que el Señor nos depare pronto la única gloria que ahora cuenta, la que buscamos; que si ella encontramos, felicísimo triunfo habrá sido nuestra muerte.

—¡Pluguiera al cielo, hermano, que así fuere!

Con esto cesó por entonces la larga y dulce plática, y, con la mirada siempre fija en la lejana y celestial claridad, continuaron los dos hidalgos avanzando.

# JUNTO AL HOGAR

¡Año nuevo!... Las doce campanadas, solemnes, pausadas, sonoras al filo de la media noche, de esta noche de San Silvestre, resuenan en el alma como una evocación melancólica del año que muere y como una despedida. Tal repique de campanas es el eco último del año que pasa. Por crueles que hayan sido nuestras pérdidas, por adversa la fortuna, es al fin un conocido que, al despedirse, nos deja a las puertas del misterio, del misterio de otra cifra. Desde ahora aquella cifra que, en bien o mal, nos ha acompañado constantemente, que hemos tenido sin cesar ante los ojos, que ha figurado con vida propia, quedará relegada a los monumentos, a las páginas de la historia, a las partidas de bautismo y a las lápidas de los sepulcros.

Pero en lo espiritual, tal vez quede grabada esa corta cifra con caracteres indelebles, como mancha de un ácido sobre la carne, en el corazón de muchos que perdieron la prenda de su amor. Su recuerdo será de angustia, de melancolía, y no podrán pronunciarla los labios sin un sobresalto, sin un suspiro. Para otros, más afortunados, esos cuatro números sobrevivirán con grato y amable recuerdo, resonándoles en el alma como repique a gloria, como cifra triunfal.

La noche de San Silvestre es propicia a la meditación, es noche evocadora y sentimental. Ante el fuego de la chimenea, mientras la nieve roza con suave y monótono chasquido en las vidrieras y por la calle pasan a intervalos rondas de mozos que cantan coplas al año nuevo, la memoria, y acaso también la conciencia, repasan el historial de nuestra vida en el año que muere, recreándose con especial deleite en aquellas páginas que fueron gratas, llorando en silencio otras que quizás abrasaron de dolor el alma. Y luego, con los ojos semientornados, fijos en la fogata que crepita y gime y parece tener vida, tratamos de escrutar en el secreto de esa nueva cifra que viene envuelta en el mismo blanco misterio de las montañas y llanuras que ahora cubre la nieve.

Parà los niños y las mocitas, esta noche de San Silvestre será de alegría y esperanza. Latirá el corazón infantil con júbilo inocente. ¡Tienen un año más! La gente de edad madura saludará la entrada del año nuevo con una sonrisa escéptica e indiferente. Hablarán junto al hogar de las mismas cosas de todo el año, leerán los mismos libros, bostezarán tanto como cualquiera otra noche del año que pasa. ¡Un año más de vida! ¡Un año menos de vida! ¿Qué más da? Los ancianos, silenciosos y meditabundos, tornarán los ojos cansados hacia el pasado y harán recuento de los amigos que partieron para siempre, de aquellos que les aguardan para fecha no lejana en el gran misterio de la vida, que es el morir. De cierto, ¡un año menos de vida!

Noche evocadora y sentimental de San Silvestre: tus doce campanadas sonoras y solemnes tal vez estén recordando a los hombres que se baten en los campos de Europa aquel mensaje de amor que debiera campear sobre el pórtico de este nuevo año de gracia: *¡Paz en la tierra y buena voluntad para con los hombres!* Por desgracia, ese mismo número de años, ¡1918!, llevamos escuchando igual mensaje de amor, la misma invocación de paz, sin que nos demos por enterados. Del año que muere hereda el que entra un triste legado,

un drama formidable y sangriento que llena al mundo de lágrimas, de sangre, de odios, de venganzas crueles y de rencores, y el cual constituye el más definitivo mentís a todo lo grande y sagrado de nuestra civilización moderna, un reto a Dios, un soberano mentís del amor entre los hombres y de su piedad, de estos hombres sublimes y salvajes que asesinan en nombre de las ideas.

# LAS DOS PERSPECTIVAS

Olvidemos por un momento que hay en el mundo manicomios, hospitales, presidios; olvidemos al triste que muere desfallecido en el pórtico de una iglesia; al caminante que en los días abrasadores del estío va por la carretera medio congestionado por los rayos del sol y las nubes de polvo; a la mísera lavandera que en las mañanas invernales, cuando la brisa helada riza la superficie del río y el agua abrasa de puro fría, permanece inmóvil en la ribera; olvidemos que hay mujeres dejadas de la mano de Dios, y criaturitas que no tienen hogar, ni nombre, ni amparo; librémonos por un instante de esta negra pesadilla de desventurados, locos, enfermos, verdugos y víctimas, para contemplar sólo el semblan-

te de los buenos, de los triunfadores, de los que parecen ungidos por la diosa Fortuna; y éstos, ¡oh pesadilla!, cuando los miramos fijamente y leemos en su alma, nos dan tristeza. En sus pupilas serenas, donde poco o nada ha jugueteado el diablillo burlón de los malos, está grabada la imagen del dolor. ¿Por qué, Señor, hasta los buenos hán de ser los tristes?

Y, sin embargo, diremos con el poeta, el cielo es azul, hermoso el mar, los campos, y maravilla, deleite, la obra entera de la Creación. Pero es que, no contentos con nuestro bien, pedimos, lector amigo, ¡el cielo, la luna y las estrellas! Tal es la pícara condición humana. Antes que la sobriedad del estómago, debiera predicarse la sobriedad espiritual que pone coto a la desmedida ambición. Esperar menos de los demás, y exigir más de nosotros mismos; ser menos pedigüeños con la vida que, aunque no suele tratarnos a cuerpo de rey, tampoco es tan sórdida y traicionera como se cuenta; proyectar la felicidad en torno nuestro, dando un poco de nosotros mismos, de nuestro tiempo, actividad y bienestar, en bien de los otros. Los que se encastillan en su propio bien, pierdan la esperanza de contemplar ni de reojo su propia dicha. Si las gentes se persuadieran de esta verdad, tan sencilla y

perogrullesca como todas las verdades, otro gallo les cantara.

La amistad, don precioso, traicionada a menudo, es fuente abierta del dolor. Pero la depravación del corazón, el *elemento bestial*, que diría Pascal, es como una enfermedad, y no debería irritarnos, como no nos irrita una enfermedad física del amigo. Discreto, sí, apartarse de él para no darle ocasión a que nos siga dañando o nos contamine; de no disponer de la grandeza moral de Antístines, quien a nadie retiraba su amistad por parecerle cosa regia hacer mercedes recibiendo en pago murmuraciones. Buen sistema es responder a la maldad ajena, inmediatamente con la energía, y casi inmediatamente con la dulzura: hay que conquistar al enemigo, pero después de haberle hecho notar nuestro poder.

Suele concederse también demasiada importancia a los desfavorables juicios ajenos, aunque procedan de cabezas que si las menean dan bellotas, y así nos conste. En tales casos, si, en efecto, no hay lugar a la enmienda, vale más recordar aquello que el príncipe de la poesía británica tiene escrito:

> La discreción y la bondad, menguadas
> a los menguados siempre parecieron:
> el vil tan sólo con el vil se entiende...

Lamentable cosa es, cuando uno está seguro

de su rectitud y acierto, preocuparse de la opinión ajena más que de la propia. A nadie le agrada que le manche de lodo el traje, con sus salpicaduras, un asno que a pasillo trotero camina por el arroyo; pero hay que preferir en todo caso, a una buena reputación, el merecerla.

De los padecimientos del espíritu, ningunos más lamentables que los que él mismo, tan fantaseador, tan cabalístico, se ocasiona. El espíritu ve la realidad a su antojo, como los ojos ven la sombra que el cuerpo proyecta, ya alargada, ya acortada, jamás proporcionada al verdadero tamaño del cuerpo. Y así, de las dos perspectivas que ofrece la vida, unos verán la risueña; otros, la triste. «El alma—observa Milton—depende de sí misma, y tiene el poder de convertir el infierno en cielo, y el cielo en infierno.» De lo que, siendo gran verdad, se infiere que el espíritu puede ser nuestro mejor amigo o nuestro peor enemigo: si enemigo, es el peor, porque será un enemigo que llevemos dentro y jamás nos suelte.

Si ciertos valores morales pudieran encasillarse, como se encasillan los artículos en un escaparate de comestibles, podría decirse que catalogamos los motivos de sufrimiento o descontento en tres grupos: gravísimos, graves y leves. Desaparece el que hasta la fecha tenía-

mos por gravísimo, y en seguida elevamos a su categoría el que hasta entonces había sido sólo grave, y al lugar de éste asciende el leve, y el lugar que el leve deja vacante viene a ocuparlo alguna inquietud mínima a la cual no habíamos reconocido antes beligerancia. Divertido juego en que la loca de la casa, si no la atamos corta con el buen sentido, se entretendrá hasta dar con nuestros huesos en el hoyo.

Hay quienes se empeñan en sufrir por el pasado, con el recuerdo de lo que hicieron o dejaron de hacer, ya sin remedio; por el presente, impacientes por conocer sus resultados; por lo porvenir, que, siendo misterio, lo mismo puede salir bien que mal. Sobre todo, esto de anticiparse los dolores que se ha de padecer irremediablemente, o los que, vislumbrados por falso espejismo o conjeturas, no se realizarán, es el peor de los males a que uno se puede entregar. El espíritu que con el porvenir se preocupa es siempre desdichado, advierte Séneca: *calamitosus est animus futuri anxius*...

Si tan fácilmente le engañan a uno los sentidos, con ser el más seguro medio de conocimiento, que una vara sumergida en el agua nos parece torcida desde el punto de inmersión; y un alimento, agradable en salud, re-

pugnante en enfermedad; si así se engaña la vísta, y el paladar, y los demás sentidos, ¡cómo no se engañará la loca imaginación ante el misterio de lo porvenir! Estos dolores anticipados traen a la memoria aquellas definitivas palabras que Goethe pone en labios de Wérther: «Nada hay en el mundo que no se arranquen torpemente los hombres; la mayoría de ellos por imbecilidad, aunque, según su opinión, con los mejores propósitos: salud, reputación, alegría, tranquilidad; de todo se privan como si ello fuera un placer. Algunas veces desearía suplicarles que tuvieran más piedad de sí mismos y no se desgarrasen las entrañas con tanto furor.»

El miliorismo, doctrina que afirma nuestro poder para disminuir los males del mundo, aunque no posea la extremada eficacia que ciertos cándidos Panglóss le señalan, puede ciertamente aliviarnos si nos desligamos del recuerdo de cosas ya irremediables, que si algún remedio tienen es el olvido, y de aquellas otras que sombríamente concibe la imaginación para lo porvenir. Todos sabemos que son más los males imaginarios que los reales, y que nuestras aflicciones más proceden generalmente de los imaginarios que de los otros. En vez de echar a volar la imaginación, pongámosla con todas sus fuerzas a remediar los

males que brotan de la realidad presente. Y sobre todo, como aguardemos a que los padecimientos nos abandonen, y no nos demos prisa en abandonarlos nosotros, para rato tenemos. «No andéis, pues, acongojados por el día de mañana, que harto cuidado traerá por sí: bástele a cada día su propio afán.» ¿Por qué preocuparnos del enigma del mañana, que, si adverso, podremos combatir con estas energías espirituales que se llaman inteligencia, voluntad, serenidad, experiencia? No hay que ponerse el parche antes del grano.

Y luego, la victoria está casi asegurada con sólo practicar aquella máxima del inmortal estoico y esclavo romano: «Nunca pidas que las cosas se hagan como quieres, mas procura quererlas como ellas se hacen.» Es más fácil concebir un beneficio que hallarlo en la realidad. Nuestro pensamiento actúa en nuestro provecho, pero la realidad se produce sin consultarnos ni tener para nada en cuenta nuestras personales conveniencias.

Los hombres no quieren entender que al decir *la fortuna es ciega*, decimos que la ciega es ella, no nosotros; que si la fortuna otorga a veces sus favores sin reparar en quién los recibe, nosotros podemos conocerla y perseguirla. Y claro está que no con ambiciones sólo, sino con actividad, tenacidad y la brújula del

sentido común. No basta el propósito, que es a modo de puerta de entrada, abierto a todos los ambiciosos, si no hay voluntad ejecutiva. La mayoría examinan la entrada, rondan alrededor, y luego por falta de tenacidad giran en redondo, sin haber entrado a obrar.

Hay que poner, además, la inteligencia en las cosas pequeñas con tanto interés como en las grandes: primero, porque no siempre acertamos a distinguir las pequeñas de las grandes; segundo, porque las cosas grandes suelen ser el conjunto de pequeñas bien ejecutadas.

Lente admirable para obtener la filosófica serenidad de los fuertes, de que habla Cicerón, sería aquel lente espiritual que nos revelase el dolor que en el fondo encierra toda alegría, y la misteriosa porción de placer que, como tenue vestigio o tentadora promesa, guarda en su seno el dolor.

Rosados nos pintamos, otras veces, los ensueños del recuerdo y los de lo porvenir ¿Por qué no poner también, entonces, su poquito de ensueño en la realidad presente? Cuando el verbo *Ser* va acompañado de sustantivo tan prestigioso como *felicidad*, no debe conjugarse en pretérito ni futuro, sino en tiempo presente y modo imperativo. Sobremanera, no hay que acordarse del subjuntivo, que es el *modo* fatal, el que todo lo desenfrena: «Yo sería di-

choso si...» Y estos insaciables puntos suspensivos no hay condición que los ocupe de lleno y perennemente. Es un vacío condicional que a cada triunfo agrandará más la voluntad.

Afirmar con Leibniz en filosofía, o con Panglóss en la farsa escénica, que vivimos en el mejor de los mundos, parece una ironía algo sangrienta. Pero también es fuerte eso de que se les meta a las gentes entre ceja y ceja que éste es el peor de los mundos imaginarios, considerando el natural curso de la vida como reto que el destino, plantándose agresivamente en mitad de su camino, les lanza personalmente. Estas gentes, que suelen ser además buenas gentes, nos declaran entre sollozos, con el alma agarrotada, que la vida les sabe a demonios coronados. Y es que se empeñan en buscar cinco pies al gato, siendo así que tiene cuatro. Ellos son quienes de las dos perspectivas que ofrece la vida escogen, no la risueña de dilatadas lontananzas azules, ubérrimas praderas, gloriosas puestas de sol, sino la perspectiva desolada y triste de los paisajes muertos, terrenos pizarrosos, rocas escarpadas, cielo sombrío y amenazador.

# ¿SUPERCHERÍA?

En Ginebra hay una ignorada y sórdida calleja: Batignolles se llama para los pocos que la conocen. Señalado con el núm. 7 un destartalado caserón.

En su piso tercero existe un círculo de pobretones escolares ginebrinos. Por las noches se reúnen en el saloncillo principal o cenáculo estudiantes de diversas razas y lugares, desde el inglés de afectado y grave continente hasta el feísimo y gracioso ciudadano del Celeste Imperio o República bufa.

En el llamado cenáculo puede verse hasta cuatro desvencijados divanes, una mesa de billar en el centro, varios veladorcitos para servir el café, que allí se consume a todo pasto; en el que parece ser testero principal, una

enorme chimenea, y junto a ella, dos descomunales sillones de vaqueta del tiempo de Calvino; diseminadas, sillas de todos tamaños, colores y calidad, cubiertas algunas con periódicos de diferentes países que tornan cada silla en una inverosímil torrecilla de Babel. Y nueva Babel es el cenáculo.

En las frías noches del invierno ginebrino, este rincón internacional, atestado de una juventud cosmopolita, disputadora y bulliciosa, con su densa atmósfera de humo maloliente a tabaco, café y humanidad, alumbrado por la sórdida luz de dos aparatos de gas, sin pantallas, es de lo más animado, incómodo y dañino que puede imaginarse.

De vez en cuando, alguna que otra persona respetable y seria suele pasar por allí—como sobre ascuas—llevada de la pícara curiosidad o conducida por algún estudiante que en el caserón se hospeda. Una noche—la de mi cuento—encontrábase allí cierto pastor protestante, hombre grave y de la mejor fama, que había ido a Ginebra para investigar algún cabo suelto del proceso y ejecución de nuestro compatriota Miguel Servet. El ambiente parecía más sombrío que de costumbre, la atmósfera más densa, más penetrante el tufillo del tabaco, más amortiguado el fuego del hogar, todo más apagado, más tenebroso. Se hablaba

de teosofía, espiritismo, telepatía y ondas mentales, de apariciones y corazonadas, y, en fin, de los mil y un misterios con que la fantasía y el miedo, mezclados con hechos reales, nos suelen sorprender a veces. A granel surgieron las corazonadas que luego confirmaran la realidad, las circunstancias y coincidencias que parecen misterios. Flotaba en el ambiente algo de superstición y magia. El pastor protestante guardaba silencio, haciendo apenas tal o cual sutil observación. Y cuando uno mencionó entre burlas y veras las apariciones, el pastor nos refirió, certificando bajo palabra de honor, la siguiente historia que por entonces había circulado en la Prensa británica:

—Llevo ya ocho años ejerciendo mi ministerio en uno de los barrios más populosos de Londres. Consagrado al estudio de las ciencias experimentales, al propio tiempo, he sido siempre por natural disposición y por la índole de mis estudios un tanto incrédulo en materia de apariciones y misterios, añagazas y supercherías. Nunca admití otros misterios que los divinos. Pero desde que presencié un hecho realmente tenebroso, y que todavía sigue pareciéndome incomprensible, he perdido algo mi antigua firmeza...

Hizo una pausa el pastor. Con viva curio-

sidad todos se disponían a escucharle. El prosiguió con voz grave y profunda:

—Corría a la sazón el mes de febrero. Cierta noche, a las dos de la madrugada, me despertó un nervioso y desesperado tintineo de la campanilla de mi casa. Vestíme apresuradamente y bajé a abrir la puerta.

—Vengo en busca suya—me dijo una dama de aspecto distinguidísimo, al abrirle la puerta—. El duque de Lóring está en trance de muerte y desea un sacerdote que le conforte y alivie en su última hora.

—Pues vayamos allá, señora.

La dama me condujo a través de varias calles. En silencio anduvimos como una media hora. La noche era desapacible y fría. Espesa niebla grisácea cubría la ciudad. De repente, sin saber por qué, comencé a sentir hondo malestar. Luego, cierto miedo vago, indefinible. Finalmente, declarado miedo de esta mujer misteriosa, tan suntuosamente vestida, que venía a buscarme a pie y sola, a pesar de la gran distancia. Cruzamos en esto uno de los puentes del Támesis, cuyas aguas silenciosas y negras, apenas perceptibles a través de la niebla, me dieron más fuerte impresión de espanto. Caminábamos apresuradamente, precediéndome siempre unos cuantos pasos mi guía. Alta, fina, enlutada, de

breve y elástico paso, más que criatura hubiera parecido a cualquiera un fantasma.

—¿Falta aún mucho, señora?

—Ya llegamos, señor mío. Aquí es—respondió deteniéndose.

Estábamos frente a una suntuosa mansión.

—Aquí vive el duque. Le está esperando a usted.

Llamé al timbre. Pasaron varios minutos sin que nadie respondiese. Al cabo apareció un criado.

—¿Qué se le ocurre?—interrogó entre receloso y sorprendido.

—Vengo a ver al duque de Lóring.

—Esta es su casa.

—Pues bien: me han avisado para que viniera ahora mismo... Soy el sacerdote, ¿sabe usted?

—¿El sacerdote?

—Como el duque está moribundo...

El criado me miró estupefacto.

—¡Pero si el señor no está siquiera enfermo!

—¿Cómo? Pues esta señora...

Y torné la cabeza para señalar a mi acompañante. Me quedé atónito. ¡La dama había desaparecido!

Debió de creer el lacayo que yo era un pobre diablo, loco de remate. Me figuré por mi parte que había sido objeto de una broma in-

comprensible, y traté de explicarme. El lacayo se disponía a darme con la puerta en las narices, cuando se presentó en el vestíbulo el duque en persona, que, sorprendido por lo intempestivo de la hora, venía a enterarse de lo que pasaba.

Entramos en explicaciones y le relaté al duque con todos sus pormenores lo acaecido, dándole también las señas de la dama.

—¡Qué extraño! Entre mis conocidas no recuerdo ninguna cuyas señas coincidan con las de esa mujer. ¡Es verdaderamente singular, muy singular!... Pero pase usted, señor. Con este tiempo y a semejante hora no es cosa de que se vuelva usted a pie. Di al cochero—agregó dirigiéndose al lacayo—que prepare un carruaje para este caballero. Y cuando esté listo, ven a avisarme. Entretanto, pase usted, señor, a descansar unos minutos.

Me condujo a un saloncillo de la planta baja.

—En verdad, es raro el modo que han tenido de mandarle aquí. No puedo imaginar que se trate de una burla, dado las circunstancias que concurren, pero tampoco puedo creer en otra cosa. Realmente no sé qué pensar... En fin, lo que sea ello se verá. Tal vez mañana venga alguien a descubrirnos este extraño suceso. En todo caso, y aunque por fortuna

gozo de cabal salud, no ha perdido usted el tiempo viniendo: hace meses que deseo celebrar una entrevista con algún sacerdote y exponerle mis inquietudes morales. Si tiene usted, pues, la amabilidad de quedarse en mi compañía algunos minutos más, hablaremos de ello.

—Estoy a sus órdenes, caballero.

Más de media hora duró nuestra entrevista.

Luego me acompañó hasta el mismo estribo del carruaje, despidiéndome en términos cordiales y ofreciendo ir a visitarme, entre dos y tres de la tarde, al día siguiente.

No pude conciliar el sueño el resto de la madrugada, y rasgaban ya los rayos del sol la espesa niebla cuando abandoné mi alcoba, preocupado aún con lo sucedido. Toda la mañana anduve distraído, sin poder parar la atención en mis habituales quehaceres.

Por la tarde aguardé con impaciencia la visita del duque. Pero ni se presentó en casa, ni me envió recado alguno excusándose. Lo singular del caso me había impresionado vivamente, y además de preocupado andaba curioso por saber si el duque había logrado, en efecto, descubrir quién era la misteriosa dama y todo lo demás.

Hacia el anochecer, viendo que el duque no parecía, me encaminé a su casa.

El mismo lacayo de la noche anterior, vestido de librea con negros crespones, me abrió la puerta. Al verme palideció, temblando como un azogado.

—¡Usted, usted...!

—Pero ¿qué te pasa, hombre? ¿Puedo ver al duque?

—El señor ha muerto. Murió esta madrugada, minutos después de abandonarle usted... Dicen que ha sido por la ruptura de un aneurisma. Pero ¡vaya usted a saber, con tantos misterios!...

Píntense, caballeros, mi asombro.

—¿Se ha presentado alguna señora con las señas que ya conoces?—le pregunté con la esperanza de coger algún cabo suelto.

—No, señor.

Quise ver el cadáver, y dije al lacayo que me condujera al aposento fúnebre.

Efectivamente, el duque de Lóring había fallecido.

Y cuando, momentos después, abandoné la estancia, al cruzar la antesala atrajo mi atención el magnífico retrato que había en el testero principal. Era el vivo retrato de una dama de arrogante traza señoril, frente tal vez despejada en demasía, rasgados ojos azules, fina nariz, algo pronunciada la graciosa curva, gentil hoyuelo en el rosado mentón, y

un leve gesto que se insinuaba enigmático en la comisura de la boca. No cabía duda: ¡era el mismísimo retrato de la dama que la noche anterior me condujo a casa del duque! ¡Luego el misterio estaba a punto de descubrirse! Al cabo iba a saber quién era la misteriosa dama de la noche precedente... ¿Si se trataría tal vez de un envenenamiento premeditado, o cosa parecida, a fin de recoger la cuantiosa herencia del duque?

—¿De quién es ese retrato?—pregunté.

—Es un retrato de la señora.

—Pásele recado. Deseo verla.

—La señora está muerta. Murió hará quince años.

.....................................

Callóse el pastor, meditabundo. Y un escalofrío recorrió la asamblea, suspensa como si un hacha hubiera tronchado su incredulidad y en sus almas se hubiera aposentado la superstición.

.....................................

Pocos días después, al visitar el manicomio de la ciudad me he topado allí con el pastor protestante, que me ha repetido la misma historia, también bajo palabra de honor. ¡Pero ahora vestía el pobre la camisa de fuerza!

# DEL SENTIMIENTO Y LAS IDEAS

La verdad, no es cosa de tener mucha fe en el poder de las ideas: las hemos visto morir tan lozanas en la cultura egipcia, tan bellas entre los atenienses, tan recias en el Capitolio, tan sacramentales en la callada pausa monacal de la Edad Media, tan confiadas y prometedoras con el Renacimiento, la Reforma y la aparición de la filosofía moderna en los siglos XV, XVI y XVII; tan escépticas en el siglo de los Enciclopedistas, y a poco en las postrimerías de aquél; tan generosas y alocadas con los días revolucionarios; las hemos visto, finalmente, en el correr de todos los siglos tan ensalzadas, tan combatidas, tan altas y señoras, tan caídas y plebeyas, y luego las más tan mustias, tan muertas, tan enterradas

que, la verdad, no es para tener una fe muy grande en el poder de las ideas.

Por fortuna, nos consuela la confianza en el poder del sentimiento. Mientras las ideas, en el continuo tejer y destejer de este lino de Penélope, que es la historia literaria y filosófica, surgen, lucen un instante, y no bien lanzado el primer destello, las más titilan y se desvanecen; los sentimientos se afianzan y consolidan. Sin duda, le cabe mejor suerte al factor sentimental que al ideológico en este fenecer del pasado.

La Historia está hecha por los hombres de corazón, y no es sino la historia sentimental de la humanidad. El sentimiento, las pasiones, han regido siempre la vida en todos sus órdenes. Las acciones esclarecidas, las viles, las que registra la grande historia o la historia chiquita de cada hombre, el entero caudal de la actividad humana, no es más que obra de la emotividad afectiva.

Sobre el poder limitado de la idea impera el poder del sentimiento, que rige en verdad al mundo. En la esfera de la moral privada, de más fuerza que la lectura de moralistas, sería, para sujetarnos al bien, un ruego, una lágrima de la persona amada; y todas las doctrinas de caridad y beneficencia, todas las predicaciones de un San Felipe de Neri, un

San Juan de Dios, un San Francisco de Asís, son menos conmovedoras y ejecutivas que la mano temblorosa, pálida y muda de un anciano que en el pórtico del templo demanda su óbolo; todas las ideas benditas del buen Jesús hubieran pasado a ser letra muerta si no las hubiese escrito en el corazón cristiano la tragedia sublime del Gólgota; las doctrinas justicieras del *Contrato social* habrían quedado sólo en la historia literaria si no hubieran venido a encajar en un alma popular que ya sentía los latidos de la rebeldía y la reivindicación; todas las ideas de engrandecimiento y bienestar de la patria, concebidas como un cálculo matemático, no serían capaces de arrancar al hombre del hogar para llevarle a los campos de batalla.

Sentimientos y pasiones, vida afectiva, y no más que esto, mueven al hombre. Aun en las cosas de carácter más ideológico y abstracto, es el sentimiento lo que prevalece. Nada más abstracto que la justicia, y, sin embargo, mil veces más poderoso que la idea de justicia es el sentimiento de justicia. Márcase aquí la diferencia típica entre el valor de la idea y el del sentimiento: cuando la iniquidad va contra los otros, y sólo entra en juego nuestra idea de justicia, aquélla suele afectarnos a flor de piel; pero cuando la iniquidad

recae sobre nosotros mismos, entonces nos hiere profundamente, por entrar en juego nuestro sentimiento de justicia.

Grandes hechos y humildes acciones, los de noble ejecutoria y los de vil ralea, nacieron siempre del sentimiento más que de las ideas; cuando más, de las ideas hechas sentimiento. Por un sentimiento de amor un hombre sube al Calvario y muere en la cruz; por un amago de miedo otro hombre niega tres veces al Maestro en el huerto de las Olivas.

# EL GENIO DEL AMOR

Un tema llena el pensamiento, el arte, la literatura y el corazón humano: Amor. Y es que tal es la significación real de la vida, su causa y fin, su valor supremo. Amor es la palabra sagrada y el objeto del hombre sobre la tierra. Si no estamos aquí para amar hermosura y bien, y por amor crearlos, ¿cuál puede ser la misión humana? «No temo al infierno por sus penas, sino porque es lugar donde no se ama», expresa nuestra Doctora de Avila. ¿Qué virtud supera al amor, que entraña resignación, porque todo lo sufre; esperanza, porque todo lo espera; fe, porque todo lo cree? Si no hay sentimiento más pujante, tampoco hay mayor virtud que esta del amor, que de todo se desprende, y todo lo enaltece y purifica.

La misma muerte no puede vencerle: perderá el hombre la vida, pero su amor, sus obras de amor le sobreviven. Concede amor la segura inmortalidad. «Mediador e intérprete entre las cosas divinas y las humanas», es el único valor humano que colma la medida, y el único en indemnizarnos cumplidamente de todas las miserias del vivir. Sin este guía, sin este consuelo, sin este objeto, más le valiera a la criatura tenderse y descansar para siempre.

Y del amor, cuánto arde y cuenta aquel que es afinidad electiva, o lo que sea, que simboliza el eterno femenino y, en su misterio, hace que un alma se confunda con otra y en ella se reconozca; aquel magnificado en las letras y en la vida por Beatriz y Dante, Romeo y Julieta, Eloísa y Abelardo, Laura y Petrarca. Se apodera de él y de ella, y es el tirano. Capaz es de tornar al cobarde en arrojado, al rústico en gentil, y de reformar al pródigo, al pícaro y al propio Don Juan con todas sus travesuras, arrogancias y criminal desenfado; hacerle soñar despierto a mozos y mocitas, y escuchar promesas aunque los labios callen, y leer ella en él, y él en ella, en los ojos parleros y brillantes, los pensamientos más recónditos, y sentirse a veces ausente de sí mismo, como si le hubieran robado el corazón y

el sentido, milagros son también del amor.

Mas todo ello, y el ser la voz armonías, luceros los ojos, caricias las miradas, gracia divina la plática, y el permanecer embelesado como ante el símbolo el sacerdote, ocurre entre las latitudes quince y veinte... Después, bueno, después, el ídolo—amor, alma del mundo, dádiva de los hombres y de los dioses, bálsamo que consuela y dardo que hiere, misterio de la creación, tirano del mundo—se convierte, ¡ay, corazón!, en ídolo de oro, y el genio del amor en genio mercantil...

# SOCIALISMO

Mala cosa es el hambre. Peores, sus consecuencias. Por una comida algo indigesta, allá en el Edén, se perdió el mundo. Mala cosa es la necesidad; no mucho mejor, la abundancia, la riqueza. La una acalentura el corazón con el odio de clases; la otra lo hiela un tanto. Y ambas, la extrema pobreza y la riqueza, igualmente injustas. Aquí, como en todo, en el justo término medio está la virtud, si la virtud tuviera voz y voto en la organización económica, como lo tiene en la órbita moral. Pero el término medio, por ser virtud, a pocos satisface. Y menos tratándose de la riqueza. La compara Schopenhauer con el agua salada, que cuanta más se bebe, más sed produce, y acierta.

Yo no sé si la razón estaba de parte de

Proudhon cuando, apropiándose la frase que sesenta años antes había escrito Brissot, exclamó: *la propiedad es un robo*. Pero muchos, sobre todo los que cotizan el papel-idea más que el papel de Bolsa, le dan la razón. La propiedad no será un robo, mas es lo cierto que esa inmensa legión de hombres que trabajan y, no obstante, padecen hambre y van cubiertos de harapos, son víctimas de un despojo. Intermediarios son con el sudor de su frente entre la tierra que todo lo produce y las demás clases sociales que todo lo consumen. Porque ellos se quedan con su hambre, con el día y la noche por todo capital. Por algo se le llama clase trabajadora.

Y hoy como ayer, y mañana como hoy; si no peor. Porque todos los avances del progreso, con su maquinaria industrial, lo que están haciendo es al rico cada vez más rico, y al pobre hundiéndole cada vez más en su pobreza. Así al menos lo aseguran los economistas. En medio del estupendo desarrollo industrial de nuestro siglo, hay más hambre que nunca. El bienestar de las clases trabajadoras, de obreros y labradores, es muy inferior al que gozaban nada menos que en la Edad Media. Que en esto, como en ciencias y letras, a medida que más se la estudia se va descubriendo que sus sombras no eran tantas.

El mundo moderno ha arrancado el Poder de manos de la autocracia, para ponerlo en las manos de la plutocracia: se ha cambiado en el orden político, pero no en el económico, que es el que importa. El Estado sigue ejerciendo actos de poder, en nombre ahora del pueblo soberano, pero no ha empezado todavía con los actos de justicia y razón. Sigue ejerciendo una autoridad, pero no lo que debiera: un sacerdocio. El fin del Estado es hacer posible la vida de todos sus miembros, y general su bienestar. Y el Estado lo que hace no es gobernar en este sentido, el substantivo, sino contribuir al despojo y encauzarlo. La igualdad de derechos, de poco o nada sirve cuando no va acompañada de la igualdad de medios. La libertad y la igualdad, sin pan, no tienen sentido. Los hombres de la revolución rusa han sido los primeros en ver claro y obrar a derechas. A la plutocracia, tras la experiencia rusa, comienza a olerle la cabeza a pólvora en todas partes. Por primera vez el derecho de la fuerza, la fuerza del número y de la necesidad, se ha hecho sublime en la historia.

Mas prospere o no la revolución rusa, sígase o no se siga su ejemplo en los demás países, la evolución natural nos va acercando cada día más al estado socialista. No tal vez al pre-

dicado por esta o la otra escuela, pero sí a un estado que más se asemeja al socialismo que a nuestra presente organización. Cada vez se van nacionalizando más, es decir, socializando, las actividades y funciones que antes estaban en manos del individuo. A la socialización de la justicia señorial, del ejército feudal, de la beneficencia monacal en época remota, vemos irse agregando en nuestro tiempo el de las industrias. La distancia que separa a la organización actual de la socialista es mucho menor que la existente entre la sociedad anterior a la Revolución francesa y la sociedad contemporánea. Para llegar a la sociedad actual fué preciso transformar enteramente el mundo de las ideas y de las realidades del siglo XVIII. Para pasar del estado presente al socialismo, no hay necesidad de cambiar los valores intelectuales, teóricos, que hoy se cotizan, sino darles realidad. Hacia ello caminamos ciertamente. Pero la evolución es demasiado lenta. El hambre no espera, ni acaso tampoco espere mucho la justicia social. Si el papel de profeta no estuviese un tanto anticuado y desprestigiado, pudiera profetizarse que no morirá el siglo XX sin haber dejado antes en manos y posesión de los trabajadores la propiedad industrial y agrícola.

# NOCHE DE PERROS

Consejo de amigo, lector: si eres, por desventura, incrédulo y poco inclinado a las cosas sobrenaturales, dando sólo fe a lo que ves con tus mismos ojos o con tus propias manos palpas; si padeces del estómago y por la noche te desazonan negras pesadillas, y luego andas pálido, ojeroso y malhumorado en las horas de vigilia; si en sueños macabros te martirizan y no aciertas a explicarte la serenidad con que las ancianas montañesas tienen prevenida su mortaja en el caramanchón del cortijo; si los muertos te aterran y sientes unas ansias locas de correr cuando a la media noche pasas por las cercanías de un cementerio, o apresuras el paso volviendo a menudo la cabeza, como si te persiguieran, cuando en la calle solitaria, apenas alumbrada por las

estrellas, ves salir de una ventana el resplandor siniestro y mortecino de cuatro hachones de cera; si cosas tales te quitan el sueño y te ponen como púas de erizo el cabello, vuelve la hoja y no llegues a leer esta página dramática de mi existencia, cuya realidad he vivido, aunque te parezca inverosímil, con plenitud y claridad perfectas; que jamás se presentó la realidad con tal copia de pormenores, tan efectiva y palpitante como aquella noche macabra de mi existencia en que estuve, ¡diablos!, a punto de ser enterrado vivo.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Comencé a experimentar una dulce levedad, como si todos mis miembros se fueran adormeciendo. No sentía ya aquella pesadez en el corazón, aquellos recientes calambres de los músculos, aquella respiración fatigosa y anhelante que se había ido apagando hasta cesar, ni la más ligera sensación física de la pasada enfermedad. Me parecía como si todo mi organismo se hubiera paralizado y sólo el alma funcionara silenciosa en el misterio. Era como un sueño, pero sueño en que el cuerpo, paralizado, dormía, y el espíritu, liviano como un pábilo, funcionando apenas, daba míseras lucecillas de fuegos fatuos. No tenía idea de mi estado ni cabal conciencia de mi ser. Ese *yo* primerísimo y definitivo que tenemos siem-

pre en el pensamiento y en la acción, se había escapado. Sólo percibía esta levedad de la materia adormecida. Era una inanidad absoluta; era como si mi personalidad se hubiera disipado ligera, flúida, imponderable, etérea, dejando aposentado mi *yo* en el vacío de una esfera neumática. Era como una total, paradójica e inexplicable ausencia de mí mismo. Era un soponcio mortal, de padre y señor mío.

Mas luego, semejante estado de microconciencia fué fortaleciéndose gradualmente, y, a Dios gracias, principié a darme ligera, sólo ligerísima y liviana cuenta de mí propio, de que era yo, don Clodoveo Pelicano y Cerdecilla, y no otro, quien experimentaba fenómeno tan raro y sin precedentes. Sin embargo, no podía imaginar aún lo que me pasaba, ni lo que me había arrancado de mi modo de ser precedente, ni las causas inmediatas o remotas de mudanza tan singular, ni del lugar de la tierra o del espacio en que me hallaba, ni de nada. Sólo sabía que era yo, el alma, los despojos, el residuo o lo que fuera, de don Clodoveo Pelicano y Cerdecilla, o Doveito, como en tierna y amorosa abreviatura solía llamarme mi mujer. Era como si de pronto hubiese despertado de un sueño en el limbo. No podía ver, ni oír, ni sentir.

Y ya iba imaginando que mi espíritu había escapado del cuerpo, y por cualquier sinrazón se había quedado a mitad del camino entre el mundo real y el sobrenatural, como una bocanada de humo en el espacio, cuando hube de percibir algo del mundo sensible. Fué primero un ruido levísimo, que, aunque insignificante y desconocido, me hubiese llenado de alegría si yo no careciera, como entonces carecía absolutamente, de facultad emotiva. Al parecer, estaba penetrando en el mundo sensible. Bien sabe Dios que ya era tiempo. Después, un apagado rumor que, por su lejanía y levedad, parecía provenir de otro mundo, y el cual fué tornándose poquito a poco más distinto y preciso. Eran pasos tímidos y lentos de gente que debía de andar de puntillas cerca de mí, voces apenas perceptibles, sordo ruido de carruajes que rodaban sobre el empedrado de la calle.

Fueron aclarándose los rumores. Percibía ya distintamente el bullicio de la calle, el estrepitoso rodar de los vehículos, los pasitos de personas que, hablando a media voz y con pausado andar, que resonaba en el entarimado, entraban y salían de mi cuarto. Pues por lo poco que me fué dado conjeturar, era allí, y no en otro lugar, donde me encontraba. Cualquiera hubiese experimentado cierta cu-

riosidad por averiguar lo que hablaban aquellas gentes que vagaban por el aposento tan pausadas y misteriosas, con la esperanza de que sus palabras le iluminasen un poco acerca de tan extraña situación. Mas yo, desposeído de toda humana emoción, no sentí la menor curiosidad. Y, además, sólo percibía el confuso y entrecortado rumor de sus breves palabras.

En esto, empecé a entrever una ligera claridad, como si ante mis párpados cerrados brillase un foco intenso de luz. Era la misma claridad que vislumbramos al mirar con los ojos cerrados al sol. Lentamente fueron dibujándose, no el astro-rey, ni la que mueve la plateada rueda, sino cuatro tenues llamas pajizas que titilaban en la sombra. Cuando a poco las luces se precisaron, pude ver, con entera calma, un espectáculo tan singular, inverosímil y macabro, que en otras circunstancias me hubiera enloquecido de espanto. Pero ni emociones ni más sensaciones que las de la luz y el sonido yo percibía. Flotaba mi conciencia en indiferencia glacial. Ni el terror, ni la extrañeza, ni emoción alguna humana podía afectarle.

Negras colgaduras de terciopelo con grandes franjas plateadas pendían del techo, ocultaban la pared y se prolongaban cubriendo

también el suelo. Ocupando el centro de la estancia, en medio de cuatro sendos cirios amarillentos, había un pequeño catafalco, y sobre éste, el consabido ataúd. Las llamas pajizas de los hachones, tembladoras, misteriosas, chisporroteaban, difundiendo por el aposento una blanda y amarillenta claridad que, al incorporarse a la luz del crepúsculo que por las ventanas penetrara, producía los más lúgubres reflejos y debía de dar una angustiosa impresión de pavor. El negro lustroso del terciopelo, las anchas franjas plateadas, la pajiza llama de los cirios, toda esta combinación de colores se reflejaba tétrica en las flamantes suelas del difunto. Y el difunto era, ¡oh misterio!, mi propia persona, el mismo don Clodoveo que calza y viste. Al recordarlo hoy, pasados ya algunos años, experimento todavía escalofríos, y se me eriza el cabello, habiéndome costado su recuerdo más de una grave postración nerviosa. Estoy seguro que al más intrépido de mis lectores, aunque sea de la madera de los Leónidas, le sucedería tres cuartos de lo mismo. La cosa no es, señores, para contada, sino para haberla pasado y visto con todos sus pelos y señales.

Pero entonces no me produjo impresión alguna. Nada, ni el menor estremecimiento. Veía todo con una indiferencia y suave placi-

dez que provenían, sin duda, del adormecimiento de mis órganos, o la cesación de la vida física, o de no sé qué. Y todo podía contemplarlo al propio tiempo, en conjunto, como se ve una fotografía o una película animada.

Debía de ser la hora del atardecer, a juzgar por la luz de la calle. La puerta del cuarto permanecía entornada, y por una de las dos ventanas, abiertas de par en par, podía yo observar los semblantes asustados y curiosos de unos cuantos arrapiezos que me contemplaban boquiabiertos y espantados, con un pavor estúpido e irritante, ansiosos de echar a correr, pero retenidos por extraña sugestión; mientras una pordiosera, anciana y piadosa, pasaba compungida las cuentas de un rosario. En la otra ventana, dos golfos de la peor especie tomaban la cosa a risa, haciendo grotescos comentarios y aguardando con malsana avidez que uno de los cirios, que se había torcido más de la cuenta, acabase por prender fuego a los negros ropajes del catafalco.

En el cuarto penetraba de vez en cuando algún amigo, que me lanzaba una rápida mirada de reojo y salía sin volver la cabeza, con más prisa y miedo que dolor y vergüenza.

Evidentemente yo estaba presenciando mis propios funerales. ¿Era que, presa de una extraña y desconocida forma de catalepsia, iban a sepultarme vivo? Por fortuna, ningún destello de memoria vino a recordarme los casos de esta índole que a menudo había leído en los periódicos. ¿Era que, contra la opinión corriente, conservamos al morir un resto de conciencia porque nuestras células mentales tienen vida hasta que la entera descomposición orgánica se ha consumado? ¿Sería que mi estado de difunto era el común y corriente? ¿Sería que yo no estaba muerto del todo? ¿Era que las medicinas que un sabio doctor me administrara no habían sido bastante poderosas para devolverme la salud, pero sí para impedirme que muriese completamente, de pies a cabeza? ¿Era que...? Yo no sé lo que era; mas mi habitual modestia me inclinó a pensar que mi caso era perfectamente normal y no había por qué figurarse, con ciertos ribetes lamentables de orgullo póstumo, que yo estaba representando un capítulo aparte en el historial de las defunciones. Ni un solo destello vino a iluminar las tinieblas que obscurecían mi espíritu en medio de estos cuatro hachones que, en verdad, debían de tener un chisporroteo pavoroso.

A medida que avanzaba la noche, fueron

amenguando las visitas a mi estancia, hasta que, finalmente, cesaron, e igualmente los ruidos de la calle y los blandos rumores del edificio. En toda la noche, nada particular aconteció, fuera de los sobresaltos de algún solitario trasnochador que iba a recogerse a las tantas, con más vino que vergüenza, y que, calle arriba o calle abajo, venía describiendo órbitas. Debía de resultar divertido verle venir, parlando consigo mismo, ameno y distraído con su propia compañía, y luego, al cruzar junto a mis ventanas, en el silencio y soledad de la calle desierta, al resplandor de los hachones, ¡oh imagen espantosa de la muerte!, daba un respingo de sorpresa y miedo y corría que volaba, como alma que lleva el diablo. Nada de particular, digo, porque no merece estamparse aquí, para eterno descrédito de los Cardenetas, la conducta poco ejemplar y lamentabilísima de su más preclaro miembro, Remigio Cardeneta, secretario y tesorero de *Los amigos del pobre*, Sociedad filantrópica, legalmente constituída, de la que había sido yo fundador y presidente. Puntilloso con sus deberes, y considerándolo como tal, habíase quedado el apocado Remigio a velarme.

A maravilla marchó todo al principio; pero cuando se extinguieron los ruidos de la calle y apagáronse los últimos rumores de la noche,

el infeliz Cardeneta encontróse allí, sentado frente a mí, demasiado solo. Vile palidecer un poco, variar una y otra vez la postura, agitarse inquieto y angustiado. El pobrete me pareció más mísero que nunca, y, aunque no me dió lástima, por mi impasibilidad moral, comprendí que la merecía. Quiso reponerse y combatir su incipiente pavor, mirándome al semblante fijamente, con algo de cólera y aire de desafío. En el fondo, tal vez reconocía que era supina cobardía y ridiculez mostrarse tan asustado. Mas en vez de recobrar su serenidad, el miedo le subió de punto, y, desalentado y asustadísimo, retiró la silla junto a una de las ventanas y me volvió la espalda, su joroba, su lomo de camello, insolentemente. Al cabo dió un brinco, y, sin tornar la cabeza, escapó, abandonando a su presidente, desertando con pavor y cólera de su postrer atención para conmigo. Y entonces medité un momento: ¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!

Pasó la noche sin novedad, y la del alba sería cuando de la casa, en hombros, lleváronme al último asilo. Agradecido, vi cumplirse aquella cláusula testamentaria que subrayara enfáticamente, relativa a mi entierro: nada de pompas fúnebres, ni de coronas, ni de carruajes, ni de cortejos, ni de nada. Así,

como lo estaban haciendo, al amanecer, con la fresquita, sin acompañamiento ni vana ostentación. Sí, que hasta mi entierro resultara provechoso, por lo humilde y ejemplar, a mi institución y obra maestra, *Los amigos del pobre*, y acrecentara los prestigios de su fundación con esta cláusula humildísima de mi postrera voluntad. Yo soy así.

Sólo Remigio Cardeneta, mi ex secretario, algo repuesto del susto que pasara, venía a pie tras mí y los cuatro que al hombro me conducían: venía macilento; ojeroso por el insomnio; atormentado por la conciencia, que le mordía y remordía fieramente por haberme abandonado; amoratado y con un refriolero castañeo de dientes, con el cuello del gabán levantado y las manos en los bolsillos.

Apenas llegamos al último asilo, me instalaron de prisa y corriendo junto a una fosa, y, luego de haberme lanzado Remigio una lánguida y fidelísima mirada, partieron todos. Entonces volví a meditar un momento, y ¡caramba, qué solos se quedan los muertos!

Ya lucía el sol en el firmamento, y, agitados por la brisa de la mañana, mecíanse los cipreses con grave y manso campaneo.

Pasaron unos minutos de soledad y silencio.

A poco trajeron y colocaron frente a mí precisamente, a unos cuantos metros, otro di-

funto. Una idea fulgurante como una centella me asaltó el ánimo. Cierto: había llegado la hora de saber a ciencia cierta si yo era un caso normal de defunción, y mi estado, aunque me sorprendiese, era el propio de las circunstancias, o si se trataba de algún fenómeno misterioso y yo no estaba muerto del todo. Evidentemente —pensé—, si mi estado es el común y corriente de defunción, el *otro* conservará, como yo, una facultad cognoscitiva y adivinatoria idéntica a la mía, y nos será posible ponernos en comunicación.

Infructuosamente trataba de averiguar este punto, sin que mi vecino respondiese con el pensamiento, cuando vi aparecer, ¿a quién dirán ustedes?, a Remigio Cardeneta de nuevo. Traía bajo el brazo una minúscula y bien pulida losa de mármol, destinada, sin duda, a campear sobre mi tumba provisional, hasta que se me trasladase a un mausoleo. Pero ¡imagínense con qué ojos le vería encaminarse derechamente hacia el ataúd de enfrente y sobre éste colocarla! Justamente la lápida quedaba frente a mí, y pude comprender la tremenda confusión que el muy acémila de Cardeneta acababa de sufrir poniéndole al otro la lápida sepulcral que pertenecía al *Ilustrísimo señor don Clodoveo Pelícano y Cerdecilla, gran cruz de la Orden de Beneficencia, co-*

*mendador de Almanzora, fundador y presidente vitalicio de LOS AMIGOS DEL POBRE, humanitario y filántropo, ¡¡SUS CONCIUDADANOS AGRADECIDOS!!*

En esto vi penetrar en el recinto un grupo de caballeros enlutados y graves, según es de rigor, que, luego de titubear un instante ante los dos ataúdes, se dirigieron al mío.

Todos estos caballeros, cuyas fisonomías me eran totalmente desconocidas, se colocaron formando semicírculo. Uno de ellos avanzó hasta el centro, y, tras lanzarme una larga mirada de estudiada compunción, empezó una florida oración fúnebre. No bien hubo comenzado, adelantóse un mozo para depositar una monumental corona, en cuyas cintas campeaba la siguiente inscripción: *Cayetano Careaga, 25-X-1920.* Sin duda, era la que correspondía al *otro.* ¡Cómo —pensé sin indignación, pero deseando fríamente agarrotar entre mis manos a Remigio, por su abominable equivocación—, me han confundido con Cayetano, el director de *El Libre Pensamiento,* el funesto demoledor de los buenos principios, el revolucionario de la idea libre, el aciago, el volteriano, ¡el librepensador! ¡Y a mí, el piadoso Clodoveo Pelicano, el hombre de orden, el que consagró su vida a defender la más inmaculada ortodoxia! ¡Confundirme a mí al cabo de

mis días con Cayetano Careaga, el rojo! Y una cólera tremebunda empezó —por vez primera — a caldearme los miembros contra Remigio, causa primera y final de este *lapsus in sæcula sæculorum*.

Y colmóse al concluir el orador su peroración, y, en un brioso arrebato de elocuencia, encararse conmigo, como magistral recurso oratorio, exclamando: «¡Oh Cayetano Careaga, que yaces ahí junto a la abierta fosa, tú has sido la encarnación del libre pensamiento, el libre pensamiento hecho hombre; tú, ¡oh amigo inolvidable, si que también maestro!, has sido el hacha que aniquilara las viejas doctrinas, la llama que incendiara con el fuego sagrado de tu entusiasmo y tu genio el baluarte de la ortodoxia! ¡Tu vida, oh Cayetano amigo, ha sido una epopeya.., sí, lo he dicho y no lo retiro, una epopeya contra toda esa farándula de hipócritas y granujas que capitanea Pelicano y Cerdecilla! ¡Ah, inolvidable epopeya, inolvidable, Cayetano, inolvidable!...»

En este punto me entraron unas ganas tremendas de armar bronca; mi exaltación y terrible cólera por semejantes injusticias y capital confusión llegaron al colmo, y con todas las fuerzas de mis pulmones quise gritar y, sin duda, grité:

—¡Miserables!

.........................................

Bañado en sudor, secas las fauces, desencajado, como una persona que acaba de llegar del otro mundo, yo, don Clodoveo Pelicano y Cerdecilla, desperté al fin.

# DOLOR Y VIDA

Impresiona el dolor más vivamente que el placer. Se vuelve uno loco de alegría, en labios de la gente; en brazos de la vida, de dolor. Los sufrimientos morales afectan con tal intensidad todo el organismo y de modo tal lo trastornan, que a una pena profunda suele acompañar o seguir general y persistente postración física. Los experimentos de Gratiolet y Fontana demuestran que, bajo la acción de la congoja, la pupila se dilata tanto como a causa de la fatiga corporal (1). El sufrimiento moral debilita la respiración; contrae la laringe, que entonces produce esa voz cavernosa característica de los que dicen *ahogarse de pena;* hace descender la temperatura del organismo; disminuye el jugo de lactancia en las mujeres; atrae la fiebre y provoca general

(1) *Revue Philosophique*, 1890, t. I.

enervamiento. En cambio, el placer, *flor del acto*, como lo denominó bellamente el Estagirita, si actúa benéficamente sobre el organismo en los primeros momentos y lo estimula con superabundáncia de vida, luego lo sume en postración que predispone el espíritu a la tristeza: *Eodem enim vitio est effusio animi in laetitia, quo in dolore contractio*. Y si, como afirma el clásico maestro, Cicerón, mal análogo produce la efusión del alma por la alegría que su contracción por el dolor, es porque placer y dolor actúan sobre el organismo como la brasa y el mercurio helado sobre la piel: ambos extremos la queman.

Productos de una sensación material o de una impresión moral, físicos son siempre el dolor y el placer: en ambos casos, fenómenos del sistema nervioso. Las denominaciones de placer y dolor corporal, alegría y tristeza moral, sólo denotan el origen sensorial o intelectual. Sea sensación o sentimiento, proceda de una impresión nerviosa transmitida al cerebro o de una representación con su origen en la mente, en ambos casos hallan expresión en el sistema nervioso. Por eso ambos acarrean la fatiga, y el placer se resuelve en la predisposición al dolor o en el dolor mismo, y el sufrimiento jamás en la alegría. Por otra parte, la tristeza puede provocar una fatiga física, y

el dolor corporal una tristeza; pero ni la alegría disipa un dolor corporal, ni el placer orgánico una tristeza.

Cualquier placer gozado repetidamente llega a resultarnos indiferente, y aun desagradable. Las penas, penas siempre, y jamás acaban por placernos, aunque no haya faltado quien, como Sully, afirme lo contrario. Deseando el placer, se sufre; obteniéndolo, se sufre a menudo por afán de conservarlo; perdiéndolo, se sufre; prolongándole, causa tedio, que no dista mucho del sufrimiento. Y más grave que el físico es el dolor moral; porque si aquél no puede ser sino presente, éste puede abarcar el presente, el pasado, lo porvenir. Los pequeños sufrimientos, de otra parte, equivalen al cero aritmético: solo, nada o poco vale; pero si sigue a la unidad, al dolor grave, la decuplica, centuplica, multiplica. El pequeño dolor jamás parece leve cuando acompaña a un gran dolor: crece a medida que éste se agrava. Y así, en esta lucha que sostienen dolor y placer, el dolor triunfa.

Los médicos, endurecidos en ese arte tremendo que les tiene constantemente entre las miserias humanas, no suelen preocuparse del dolor. Como si tal síntoma de enfermedad no fuese tan importante como la enfermedad misma. A menudo, la sola enfermedad en sí es el

dolor: en el parto normal, por ejemplo, y en otro caso que no hay para qué mencionar. Un descubrimiento de nuestro tiempo, demasiado tardío, cuando la humanidad está ya vieja de sufrir, le hubiera ahorrado, de haberse hecho en los comienzos de la vida humana, la mitad de sus dolores corporales: el descubrimiento, que merece la gratitud eterna de nuestra carne dolorida, de los anestésicos y analgésicos. Y adviértase, en este punto, los incesantes progresos de la fisiología del dolor en los dos últimos siglos, y cómo permanece estacionaria, sin avanzar un paso, la fisiología del placer. Verdad es también que, a pesar de aquellos progresos, *aegroti curantur in libris et moriuntur in lectis*...

Grande es la desproporción entre el máximum de placer y de dolor que los órganos pueden alcanzar. No puede decirse de ambos, empleando terminología de las Matemáticas, que sean un mismo valor con signo diferente, positivo o negativo, que, según creo recordar, estimaba Guyeau; pues su valor es bien diferente. Sirvan de ejemplo los placeres y los padecimientos del estómago, o compárese, respecto del paladar, el goce de un manjar suculento con la repugnancia, náuseas y trastornos digestivos de un alimento nauseabundo. Y recuérdese, sobre todo, el ejemplo que

pone Schopenhauer sobre el placer que experimentaría la bestia que devorase a otra, con el dolor de ésta.

Al gozar, generalmente gozamos sin darnos cuenta. Lo que prueba que no se apodera de nuestro ser el goce, como se apodera el dolor, que nos mantiene la atención en él clavada. Opina Max Nordau que las sensaciones desagradables no sólo son más abundantes, sino más intensas, siendo la actividad que provocan en el exterior, tanto como en el interior, incomparablemente mayor. Las sensaciones gratas las recibimos pasivamente: el espíritu no necesita percibirlas con entera claridad, y los músculos y el cerebro pueden reposar mientras se producen, en tanto que las sensaciones dolorosas las percibe claramente nuestra conciencia (1). En las sensaciones de placer jamás se desvanece el elemento significativo; en las dolorosas, por el contrario, se sobrepone a menudo el elemento afectivo, de tal modo que anula el primero, en virtud de la ley enunciada por Hamilton de que *la sensación y la percepción*—elementos afectivo y significativo, respectivamente— *están en razón inversa*.

Leibnitz atribuye al dolor un carácter pu-

(1) Max Nordau, *Las mentiras convencionales de la civilización*, cap. II, 2.

ramente negativo; Schopenhauer, al placer. Pero, en rigor, ambos poseen el mismo carácter positivo. Para el filósofo de Francfort, el placer tiene una causa indirecta; el dolor, una directa. En el mismo concepto positivo del dolor descansa la proposición de Aristóteles: «El sabio persigue, no el placer, sino la ausencia del dolor» (1). Lo verdaderamente negativo es la paz del alma, su quietud, la ausencia de placeres o dolores que la agiten. Estado negativo será aquel sin sensaciones ni sentimientos, o, lo que para el caso es lo mismo, cuando la impresión nos resulte indiferente. Según Condillac y Spencer, no pueden existir sensaciones indiferentes, porque serían sensaciones no sentidas, lo cual es contradictorio, a su juicio; pero la doctrina opuesta, defendida por Reid, Hamilton y Bain, la confirma la experiencia personal. Es más bien cuestión de palabras. En el fondo, todos comprobamos que existen sensaciones que dejan el espíritu indiferente.

Existe una ley ineludible: la de la lucha por la existencia. *Vivere, Lucili, militare est.* Y si vivir es guerrear, el dolor es su derrota. Y toda la vida es guerra, desde las querellas infantiles hasta los combates míticos y gigan-

(1) *Moral a Nicomano*, lib. VII, cap. XII.

tescos de ángeles y demonios. Conservar la vida es perenne batallar; por ello podría decirse, reduciendo la significación que a la frase conceden los budistas, que la existencia humana es un incesante «renacer a la vida». Lucha y equilibrio es la existencia: lucha contra los hombres a menudo, contra la naturaleza siempre. Equilibrio, soberano afán de equilibrio del alma, que se mantiene inquieta y vacilante. Si no fuera por este dolor del equilibrio, no se enteraría la criatura humana de que existe. «Así camino vacilante y lleno de tormentos; rodeado de cielo, tierra y fuerzas activas, en las que no veo sino un monstruo afanado eternamente, eternamente devorando» (1). La vida humana es esencialmente dinámica, y a toda acción sigue una reacción, como en el funcionamiento de los pulmones a toda aspiración sigue una espiración. El sufrimiento no es sino reacción interior o que del exterior proviene a consecuencia de la propia actividad, inconsciente o reflexiva, voluntaria o fatal. Cada día de nuestra existencia es página del historial de nuestra vida que estamos precisados a escribir: cada tachadura es un error, un tropiezo que lamentar; cada línea

(1) Goethe, *Amarguras del joven Wérther*, carta 18 de agosto.

en blanco, un descuido, una indolencia que lamentar. Hay que llenar esas páginas con incesante actividad e incesante acierto. Si no, dolor es el castigo.

Fugaz y leve es la alegría; pesada y duradera, la tristeza. No existe proporción entre el júbilo del triunfo y el dolor de la derrota. Parece como si el hombre estuviese constituído para triunfar siempre. Y luego, ¡qué rápida transición del placer de la victoria a la inquietud de las nuevas aspiraciones!

Y aún no marcó en su sentido
el gusto una vana huella,
cuando imprecando a su estrella,
suspira y dice: «¡Ya es ido!» (1).

Se deja ver que el espíritu no descansa en busca del dolor. Sócrates, el maestro, el primero, el solo, nos habla de cierto dios que, queriendo fundir en un solo fenómeno el placer y el dolor, y no pudiendo, se le ocurrió enlazar sus extremos. Día de risas, víspera de llantos, augura el vulgo con superstición infalible, y asimismo el poeta:

Nuestros pérfidos cantos
preludio son de venideros llantos;
que es el dolor la puerta
lo que el gozo al pasar nos deja abierta.

---

(1) Ramón de Campoamor, *Vaguedad del placer* *(Doloras)*.

Y en todas partes, la humanidad, que sufre demasiado, procura aturdirse, y aun envenenarse lentamente, por medio del alcohol, del opio, del éter, del cloral y la morfina, para aliviar el peso de melancolías y dolores. Los niños, hombres sinceros, se pasan más tiempo entregados al llanto que a la risa. Comienzan a vivir y comienzan a padecer. Vienen al mundo entre dolores físicos y anunciando ya su protesta contra el dolor. El espectáculo que más tarde, al abrir los ojos del alma a la vida, se les ofrece, no es nada consolador: espectáculo de tragicomedia, que tal es la vida. «Importa mucho a quien raciocine acerca de los hombres —advierte el divino Platón— que contemple también como desde una atalaya lo que sucede en la redondez de la tierra, cada cosa en su género: los ejércitos, las labranzas, los matrimonios, las treguas o pactos, los nacimientos y muertes, el tumulto de los tribunales, los países desiertos, las fiestas, los funerales, las ferias, una total confusión, y, por fin, el universo, que se compone de cosas entre sí contradictorias.» La tragicomedia humana, en fin. Triste cosa humana es que los dos hechos más transcendentales de la existencia, el nacer y el morir, sean fatales; que nuestra voluntad para nada intervenga en ellos, sin saber tampoco adón-

de venimos, ni al partir adónde vamos. Elévase el alma en superioridad, prueba entonces los goces de la fortuna y la gloria; pero también se eleva en dolor. A mayor entendimiento, mayor sensibilidad y voluntad; es decir, dolor, porque quien acrecienta el saber, también acrecienta el dolor: *Eo quod in multa sapientia, multa sit indignatio, et qui addit scientiam addit et laborem.*

Carlos Richet ha deducido, en sus notables experimentos sobre el dolor, esta conclusión, no impugnada todavía: «El dolor es una función intelectual tanto más perfecta cuanto más desarrollada está la inteligencia.» Y Hártmann, parafraseando la fórmula económica de Malthus, asegura que, mientras los recursos de la cultura crecen en progresión aritmética, la sensibilidad aumenta en progresión geométrica. Y así también lo vislumbra el poeta:

Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura, porque ésa ya no siente,
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
ni mayor pesadumbre que la vida consciente (1).

El espíritu humano padece una esencial antinomia, la oposición irreductible y tenaz de

(1) Rubén Darío, *Cantos de vida y esperanza. Lo fatal.*

sus dos impulsos más vigorosos: el egoísmo y el altruísmo, cuya importancia ha hecho notar con su intuición filosófica Spencer, aunque sus predicciones acerca de la evolución de entrambos no lleven traza de cumplirse tan pronto como profetizara. Y esta oposición perturba más cuanto más grande es un alma. Schopenhauer confirma igualmente que, a medida que se eleva la inteligencia, se agranda en proporción la capacidad de sufrir (1). Mayor que el sufrimiento del vulgo es el de esas almas generosas que ven en la vida, no la lucha por la existencia, sino la lucha por la verdad; esas «que, percibiendo las cosas en ojeadas generales, descubren en el hombre mil y una miserias que el vulgo no percibe: la inmensidad de nuestra ignorancia, la incertidumbre de nuestra ciencia, la brevedad de nuestra vida, la lentitud de nuestro progreso, la impotencia de nuestra fuerza, la ridiculez de nuestras pasiones, la hipocresía de nuestra virtud, las injusticias de nuestra sociedad, los dolores sinnúmero de nuestra historia. Juzga, no sin razón, que la vida es un mal, y, si no cae en la misantropía maligna de Swift, no tiene más refugio que la alegría dolorosa de Cándido o la quietud matemática de Espino-

(1) *Ueber das Fundament der Moral*, cap. III, § 20.

za: refugio inútil, que deja a la herida toda su agudeza» (1). Entendiéndolo así, se halla sentido, en lo intelectual, al consejo de Pascal: «Es preciso bestializarse.»

En principio, dos fuentes tiene el dolor: la vida exterior y la interior. El caudal de la primera procura irlo amenguando el progreso, porque todos los ideales colectivos, en el fondo, tienden a aumentar la suma de felicidad común, y tal es el objeto y la razón de su existencia. Mas la segunda fuente del dolor, el alma, en su batallar de deseos imposibles, en su lucha entre el bien y el mal; ésa, no hay sabiduría ni progreso espiritual que la amengüe. En este género de sufrimientos morales, que con frecuencia no poseen otra realidad que la imaginaria que el espíritu les concede, es donde puede admitirse con mayor justeza la distinción de voluntad irrealizable y voluntad posible; admitirse en teoría, porque en la práctica se nos figura empresa poco hacedera disciplinar absolutámente la imaginación y la voluntad, intelectualizarlas, por así decir, si bien a Payot y sus discípulos les parece, respecto de la voluntad, posible.

Predispone a la tristeza la invencible limi-

---

(1) Taine, *Les Philosophes classiques du XIX[e] siècle en France* (París, 1868), pág. 215.

tación del espíritu humano, que la impedirá siempre conocer uno de los tres objetos que, conforme el kantismo, despiertan sus ansias de saber: el mundo del infinito. El alma, esencia luminosa, vive envuelta por un velo impenetrable de misterio; ignora el objeto de su existencia, su origen, su destino, su causa primera y su fin último. «El hombre, el animal hombre, no tuvo, hasta ahora, finalidad alguna. Su existencia sobre la tierra carece de objeto: ¿por qué existe el hombre? He aquí una pregunta sin respuesta» (1). Sólo sabe que es la afirmación de una vida enigmática y febril, y que, luego de consumir sus esfuerzos y energías, jamás sus inagotables ambiciones, viene una muerte que desde el primer instante de su existencia le inquieta, porque en ocasiones la desea y casi siempre la teme. Y lo único que con viva claridad descubre la mirada del espíritu es que las ideas de la mente y las obras de la voluntad viven en desacuerdo, y que las mismas ideas no siempre pueden conciliarse entre sí. En lenguaje vigoroso ha traducido ese estado un gran poeta, Racine: *¡Qué guerra tan cruel! Dos hombres hallo dentro de mí.* Y semejante lucha del espíritu es la expresión sintética de la lucha universal, tal como la

(1) Nietzsche, *La genealogía de la moral*, cap. III.

concibe Hártmann, cuando nos enseña que la vida universal es el combate entre el instinto inconsciente y su voluntad, de una parte, y, de otra, la idea representando al elemento consciente: lucha de lo consciente humano contra lo inconsciente universal.

El amor al placer y la esperanza de conseguirlo componen el motor infatigable de la voluntad. Pero resulta que el placer, la dicha, no es realidad inmutable y puramente objetiva, sino la concordancia de la realidad con nuestros deseos. Hallamos placer en una cosa por haberla apetecido; mas en sí el placer es insuficiente. Nos deleita la música mientras la deseamos; pero cesa la voluntad y cesa el placer, y acaba por resultarnos inaguantable lo que antes nos deleitaba. «Si perseguimos y queremos las cosas —piensa Espinoza—, no es porque las encontremos buenas, sino que las encontramos buenas porque las queremos y perseguimos.» La esperanza, entre todos los lazos que sujetan al hombre a la existencia, entre todas las fuerzas que le agitan en este torbellino del vivir, es la más poderosa y la que más fascina. La esperanza, que no es virtud ni vicio —porque virtud es resignación, y no esperanza, y vicio es fe ciega, que no esperanza—, se nos ofrece como el mayor consuelo de la vida. Y subsiste siempre por ser

la esencia moral del instinto de vivir, indestructible como, en lo físico, lo es el átomo. «Antes sufrir que morir: esta es la divisa de los hombres» —escribe La Fontaine—. Y ello es cierto, porque un impulso natural, el instinto de conservación, y un impulso moral, la esperanza, hacen avanzar siempre al hombre en el camino de la vida, por áspero y pedregoso que sea; siempre, mientras hay vida, hay esperanza: *Aegroto, dum anima est, spes est.*

# C A R M E N

Celebrábase un concurso no ha mucho tiempo en cierto diario neoyorquino; tratábase de averiguar este peregrino punto: ¿Cuál es la mujer de más linda mano? Los jueces, tras examinar, severos y ceñudos, las manos femeninas de diversas razas, todas con tal o cual tacha, declaraban de la española con laconismo de sabor griego: «mano perfecta, de belleza clásica, y la sola mano femenina que sabiamente posee la gracia del ademán».

Y por tu cuenta, si la cosa te place, lector amigo, podrías añadir que esta mujer de mano sin tacha—mano cálida cuyo ademán es más parlero que sus mismos labios, mano que no es de hada, ni de ensueño, sino simplemente de mujer que, si bonita, es mucho más que todo eso—, podrías añadir, repito, que esta mu-

jer de mano impecable suele ser, además, de rostro un tantico ovalado, de frente despejada, con bien plantados y graciosos rizos, de nariz que tiene la belleza de no ser del todo aquilina, ojos y cabellos negros como la endrina, cuello que es gentilísimo soporte y hombros que merecen ser altar de tanta hermosura, busto firme y arrogante, cadera firme y opulenta; y todo esto, en el ejemplar de la raza, en el arquetipo de belleza castizamente española, muy en su punto y sazón, sin afeites ni composturas, sino por graciosa merced de la gran escultura de la raza: la madre Iberia.

Y en las líneas y acción de su semblante, una cosa resplandece, el alma, capaz de echarse a volar en brazos del ensueño y perderse allá tras el azul del cielo. Mujeres son estas mujeres españolas que saben forjarse ensueños, y saben darles realidad; que, de jóvenes, sienten la nostalgia sagrada de la maternidad, y cuando madres, la apasionada ternura y amor de la doncellez; blandas y dóciles, domésticas y caseras, mujeres pícaras como todas las mujeres, cuando así se tercia, pero con picardía que trasciende a ingenuidad; mujeres de callado heroísmo, de alma recia, que saben reír con los ojos arrasados en lágrimas; de apacible condición, pero que tienen

allá en el fondo, en el rinconcito donde el amor se asienta, una venilla sangrienta y trágica. Existe en el fondo de cada hembra española un fiero sentimentalismo que mueve su corazón con hondos latidos de pasión, cariño y sacrificio; que eso, cariño y santo sacrificio, no más, suele ser su vida.

Mujer amante de su hogar y de los suyos, que no sólo quiere al hombre—padre, hermano, esposo—, sino que también lo respeta; discreta y sufrida, con dulcísimos óleos en el alma para todos los dolores; mujer de sana alegría, sin las complicaciones espirituales de la hembra que se ha incorporado las nerviosidades de la vida contemporánea; que todavía sabe, para delicia y recreo de los hombres, bailar y cantar como los propios ángeles, amén de muchas cosas más.

No necesitarás traer a colación, lector, en este recuento de sus gracias, la virtud de la fidelidad, porque ello es sinónimo de mujer española, que siempre hizo de la lealtad un culto. Tan firmes, tan austeras son estas hembras españolas, austeridad que es cuño de la raza, que, como diría la doncella de Avila, «parecen hechas de raíces de árboles».

# LA GALANTERÍA

A pesar de nuestros pecadores defectos nacionales, con ser muchos y graves, conserva nuestro pueblo limpiamente la virtud de la galantería. Es el español, pueblo por excelencia de hombres galantes, aunque otra cosa puedan opinar ellas, cuando, severas como monjas bernardas, se complacen en soltarles pullitas al sexo feo y sacarle a relucir sus faltas. Pero en el fondo ellas, que no son ni pizca de tontas y que a veces han visitado el extranjero, saben a qué atenerse. Claro está que en todas partes es la galantería patrimonio de los hombres decentes; pero en pocas ha llegado a ser, como en el pueblo español, virtud castizamente popular. Y no es porque se sepa hacer el amor, que desde luego, modestia aparte, es casi lo primerito que los espa-

ñoles aprenden—y con más limpieza que los franceses—, sino por el natural señorío, finura y gentileza para tratar a las mujeres de que a diario hace gala nuestro pueblo bajo. Sorprende hasta qué punto posee el instinto de la galantería, y sabe y quiere ser galante.

Esta proverbial galantería española, que recorre el mundo como noble ejecutoria de la raza, es factor característico de nuestras costumbres populares, disposición natural de la índole mujeriega—aunque la palabra suene algo plebeya—de esta raza, que apenas ha tenido grande hombre en cuya biografía no salga a relucir aquello de que fué *fino y galán amador,* cualidad, en fin, tan española, que hay que dejar de ser español para perderla. Un español puede estar cargado de todos los pecados capitales y veniales, quizás no tenga el diablo por dónde cogerle; pero si por rara ventura le queda un asomo de pundonor, un puntillo de vergüenza, es para ser fino galán con las hembras.

En España la galantería es cosa tan popular como las castañuelas y el mantón; pertenece a la clase más humilde de la sociedad española. Si otros pueblos gozan honor y fama de galantes, como el francés, por ejemplo, no es por la galantería del pueblo bajo, que desde luego en Francia es, como en pocos países,

insolente con las mujeres, sino por la de esa clase social educada que en todas partes suele ser galante.

Por sobrentendido que nos referimos a la galantería ejercitada entre personas que no se conocen—que para las otras, amistad apareja galantería—, entre gente anónima que se pone en contacto en los sitios públicos, en la calle, en el tranvía, en el teatro, en el paseo; con quien si uno es galante, lo será por natural disposición. Entre el pueblo bajo español, y por supuesto entre las demás clases, no hay, como todos sabemos, turno que no se quebrante para dar lugar preferente a una mujer, ni asiento en el parque, en el tren, en el tranvía, que no se le ceda gustosamente. Esto parece cosa natural, pero corriendo mundo vemos que sólo es natural del pueblo español.

Fruto espontáneo de semejante galantería es el piropo. Demasiado recargadito en ocasiones con la mirada y el ademán, hay que confesarlo, porque claro está que ni nuestro pueblo es tan discreto ni nosotros tan ciegos que vayamos a negar ahora cómo a veces se acalora en su entusiasmo más de la cuenta. Pero bien vale la pena de perdonarle en tales ocasiones cuando tan cumplido y generoso se muestra en caso de apuro. No hay que negarle su ingenio para el piropo, su entusiasmo

para sentirlo y su donaire y fácil palabra para encajárselo a la primera bonita que se tropieza. Sus piropos son espontáneos, pintorescos y hasta en ocasiones fulminantes...

El requiebro discreto me parece un hábito de suprema galantería, y lo que no comprendo es que haya países donde las buenas mozas puedan pasarse sin él. Eso de ser mujer bonita y no toparse en la calle con un cristiano que se lo diga, debe de ser algo así como un insulto. La primera obligación de todo hombre de bien y con decoro es piropearla; la segunda, admirarla de veras. Que una mujer se arregle y se atavíe, poniendo en ello sus cinco sentidos y todos los primores de su buen gusto; que se ponga de veinticinco alfileres y aun se valga de ciertos inocentes ardides, como los ricitos graciosamente plantados sobre la frente, los polvos, algún lindo lunar, todo para recreo del anónimo transeunte, y que éste tenga luego la desfachatez de hacerse el sueco y no reparar en la bella, es de una crueldad inaudita.

Mientras tengamos ojos para contemplar en la calle a las bonitas y mostrarles que nos enteramos de que lo son, ellas nos lo agradecerán presentándose en público con coquetería, majeza y... asesinas intenciones.

# EL PESIMISMO RELIGIOSO

> Júpiter — según un canto órfico en que le invocan los griegos—creó a los dioses con su sonrisa, y con sus lágrimas a los hombres.

Los dolores de la existencia, el temor y desconfianza hacia el ser invisible y supremo, despierta en la conciencia de los hombres primitivos el sentimiento-idea religioso. Y como esa deidad, por caprichosa y maligna condición, se goza en torturarles el alma y las carnes, los hombres le conciben como un dios-demonio, cuyo culto se designa en la historia con el nombre de religiones demoniacas. Y en esto há ocurrido a la humanidad lo que al

adolescente que, en las *Ceguedades de la fe*, de Campoamor, recuerda

............ con espanto
que, de niño, recé un día
ante un busto que creía
que era la imagen de un santo.
Mas supe, cuando llegué
a la edad de la razón,
que el santo ante el cual recé
era un busto de Nerón.

El progreso del pensamiento alcanza a concebir después la dualidad de dioses propicios y dioses nefastos: Ahrimán, ese injusto que no comprende más que el mal, contra Ormazd, que le combate para salvar al hombre; Tifón frente a Osiris; Satánás contra Jehová; el infierno contra el cielo. Dualidad que ha pasado al fondo de todas las religiones, las cuales, cuando menos, admiten semidioses o ángeles malos, excepto la mahometana, única religión esencialmente deísta. El hombre, impresionado por la universalidad del dolor, busca consuelo en un ser supremo y quiere aplacarle primero con los sacrificios humanos, que sustituye después por el sacrificio de animales, y, finalmente, por los simbólicos. El cristianismo es el que trastorna, sublime, todos los valores religiosos, y brinda a los hombres la esperanza de una vida ultraterrena.

Para Sidarta Gautama, fundador del budismo, el mal es la vida misma. La verdadera sabiduría consiste en comprender la nada de las cosas y desear la extinción para entrar en el nirvana. «Todos sus esfuerzos y afanes—expresa el P. Zeferino González en su *Historia de la Filosofía*—se dirigen a buscar y señalar los medios conducentes para libertar el alma humana de los sufrimientos inherentes a la existencia, que es el problema fundamental y general para todas las escuelas y religiones de la India.» En la transmigración de las almas estriba el pesimismo brahmánico y el budista. Por esa eterna peregrinación a través de todos los cuerpos, lugares y estados, el tormento de la existencia sólo puede cesar con el anonadamiento final. La transmigración es el castigo impuesto al espíritu como expiación de sus pecados. La dicha única, hallarse libre de tales reencarnaciones. Donde la transmigración cesa, allí principia la diferencia entre la doctrina brahmánica y la de su reformadora, el budismo: para la primera, con la disolución de la esencia individual en la esencia divina; para la segunda, con su anonadamiento final o nirvana.

Conforme Buda, la vida entera es dolor, y dolor, por tanto, el nacimiento y la vejez, la enfermedad y la muerte, la unión de dos al-

mas y su separación, dolor es el deseo, y nada se produce sin dolor ni se disipa sin él. Sufrimiento y vida son dos palabras sinónimas (1). «Brahma produce el mundo por una especie de extravío, y se queda en él para expiar ese pecado hasta que sea redimido. ¡Muy bien! —exclama Schopenhauer en *El mundo como representación y como voluntad*—. En el budismo el mundo nace a consecuencia de un trastorno inexplicable, produciéndose después de un largo reposo en la claridad del cielo, en la serena beatitud llamada *nirvana*, que se reconquistará por medio de la penitencia. Es como una especie de fatalidad que es preciso considerar en el fondo en sentido moral, aun cuando tal explicación tiene exacta analogía e imagen correspondiente en la naturaleza por la formación inexplicable del mundo primitivo... Pero los mismos errores morales hacen el mundo físico gradualmente más malo, hasta llegar a su triste estado actual. ¡Perfectamente! Para los griegos, el mundo y los dioses eran obra de una necesidad insondable. Esta explicación es soportable en el sentido de satisfacernos provisionalmente. Ormazd vive en guerra con Ahrimán: también esto

(1) H. Oldenberg. *Buddha, his life, his doctrine, his order*. London, 1882.

puede admitirse. Pero un Dios como ese Jehová, que por su capricho, y con ánimo alegre, produce este mundo de miseria y lamentaciones, y hasta se aplaude y felicita de ello, ¡esto es demasiado!»

El ideal del hombre, según las Sagradas Escrituras, consiste en triunfar de todos los males de la vida, de los tres enemigos del alma: mundo, demonio y carne. Y el supremo triunfo, conforme el ideal ascético, está en la última agonía. Sólo por el dolor puede el hombre purificarse y redimirse. Lugar de tránsito y de expiación, en expectativa de la vida eterna, es la presente. Antes que Jesús trajera al mundo su sublime mensaje, en cuyo amor y reverencia todos comulgamos, el sentimiento religioso del pueblo hebreo debía de entrañar un tremendo pesimismo, mezcla de desconfianza hacia el Dios mosaico, que aun al acariciar parecía acariciar a contrapelo y de temor. La vida era una expiación. La maternidad, dolor. El trabajo, no goce ni deber, sino dolor. «Porque el hombre nace para trabajar y padecer como el ave para volar» (1). Y de los tormentos del mundo nadie había de escapar, cualquiera que fuera su posición en la vida, su sabiduría, virtudes, riquezas, ho-

(1) *Libro de Job*, V, 7.

nores. «Nunca negué a mis ojos nada de cuanto desearon, ni vedé a mi corazón el que gozase de todo género de deleites y se recrease en las cosas que tenía yo preparadas; antes bien, juzgué ser ésta mi suerte, el disfrute de mis trabajos o industria. Mas volviendo la vista hacia todas las obras de mis manos, y considerando los trabajos en que tan inútilmente me había afanado, vi que todo era vanidad y aflicción de espíritu, y que nada hay estable en el mundo. Por tanto, he cobrado tedio a mi propia vida, viendo que debajo del sol no hay más que males, y que todo es vanidad y aflicción de espíritu. ¿Quién podría regalarse y abundar en delicias tanto como yo? Y, con todo, soy infeliz. He visto debajo del sol la impiedad en el lugar del juicio, y la iniquidad en el puesto de la justicia» (1). Así le hablaba al pueblo hebreo quien ellos tenían por predilecto de Dios. Y el paciente Job les enseñaba: «La vida del hombre en la tierra es una perpetua guerra, y sus días son como los del infeliz jornalero. Una sola cosa he afirmado: y es que el Señor consume con trabajos así al inocente como al impío. El hombre nacido de mujer vive corto tiempo, y está atestado de miserias. El sale como una flor, y lue-

---

(1) *Libro del Eclesiastés*, II, 1, 11, 17, 25; III, 16.

go es cortado y se marchita; huye y desaparece como sombra, y jamás permânece en el mismo estado» (1).

Jesucristo, sublime encarnación del hombre ideal, nos ofrece la absolución de su eterno Padre; pero declara que el diablo, encarnación del mal, es el príncipe de este mundo. «Ya no hablaré mucho con vosotros porque viene el príncipe de este mundo, aunque no hay en mí nada que le pertenezca» (2). «No tenéis que pensar que yo haya venido a traer la paz a la tierra; no he venido a traer la paz, sino la guerra...» (3). Jesús declara cerradas las puertas del cielo para los ricos: es más fácil que pase un cable — no un camello, como suele traducirse erróneamente—por el ojo de una aguja, etc. «Oídas estas proposiciones por los discípulos, estaban muy maravillados, diciéndose: según esto, quién podrá salvarse?» (4).

La concepción de la vida en labios de los teólogos, por faltarles aquella divina gracia y sublime dulzura de Jesús, por su sequedad escolástica, es más pesimista y desconsolado-

(1) *Libro de Job.* VII, 1; IX, 22; XIV, 1, 2.
(2) *Evangelio de San Juan*, XIV, 30.
(3) *Evangelio de San Mateo*, X, 34.
(4) *Ibidem*, XIX, 23, 24, 25.

ra que la de los libros sagrados. La tierra es un desierto, una prisión, un hospital, una imagen del infierno; el mundo es una reunión de enfermos, de miserables, de ciegos, de pestíferos, de muertos, de cuyo venenoso contacto, que corrompe las almas puras, hay necesidad de huír. Hay que procurar no cobrarle afición y apartarse de las cosas del mundo como si muriésemos para la vida presente. «Reflexionad, ¡oh hombres! —escribe San Eufronio —, en lo que es nuestra vida: hediondez, tribulaciones, padecimientos, dolor, carrera sin tregua, injusticia, avaricia, mentira, robos, envenenamientos, envidia, bandolerismo, naufragio, rapiña, angustia, odio, homicidio, vejez, enfermedad, pecado, muerte. ¿Oyes, hombre, de lo que se compone nuestra vida?» La enfermedad es el estado natural de los cristianos — agrega Pascal—, porque mediante ella estamos como deberíamos estar siempre, sufriendo males, privándonos de los bienes y de todos los placeres de los sentidos, exentos de todas las pasiones que trabajan durante el entero curso de nuestra vida, esperando siempre la muerte. Y le parece a Pascal tan propio de la vida cristiana, que considera natural que los servidores de Dios hagan lo posible por padecer enfermedades, no debiendo estimarse dignos de

ser cristianos si gozasen de buena salud. En el siglo XVII fué objeto de acaloradas controversias la doctrina pesimista dentro de las órdenes religiosas. Defendíanla singularmente los jansenistas, quienes querían «devotos pálidos y melancólicos, enemigos del placer, amantes de la soledad acompañada del dolor y del trabajo, extraños a las bellezas del arte y de la naturaleza, estatuas inconmovibles a las afrentas, al honor y a la gloria; que prefirieran al trono, al palacio, a la bulliciosa calle, el cementerio, el tronco de un árbol o una gruta, y a las que el bello sexo pareciera un espectro, y sus miradas y sus encantos hicieran el efecto de los rayos del sol a los ojos de un buho» (1). Para los jansenistas, el hombre se encuentra sujeto a los caprichos de un Dios cruel que condena a casi todas las criaturas fieramente. Y de aquí que la vida humana no debe ser sino vida de penitencia, de maceraciones y torturas para destruir los vestigios del pecado que sobreviven al bautismo sacramental, los cuales no pueden extirparse sino por la misma acción de penitencia que borra los pecados. Los jesuítas combatieron vivamento a los teólogos de Port-Royal.

---

(1) Guillermo Graell, *Hártmann, su sistema filosófico, religioso y moral*, en *Revista de España*, t. LXIX.

La religión entendida así era para provocar más angustias y desesperación que la propia hostilidad de la naturaleza. Era destruir insensatamente los lazos humanos, trastornar todos los valores morales y llegar al suicidio de la especie. El amor, en fin, no el dolor, nos purifica. Y con el ejemplo de virtudes sanas e inteligentes, y no torturas, se reforma a los demás. ¿Qué culpa tienen nuestros sentidos de las acciones de la voluntad? *O miseri! quorum gaudia crimen habent...* ¡Desdichados, sí, de los que consideran como crímenes su propios placeres!

# CATEDRALES ESPAÑOLAS

Cuando penetramos en una de estas viejas catedrales españolas, tenuemente alumbradas por las altas vidrieras que descomponen los rayos de sol en resplandores de luna, sentimos la levedad de nuestra existencia, la insignificancia de nuestro destino en la tierra; en estos grandiosos templos que han resistido la pesadumbre de los siglos, percibimos cuán breves son las pulsaciones de nuestra vida. Augustas catedrales que son templo, museo de todas las artes y panteón de reyes y santos, donde, suspenso el ánimo, no sabemos qué admirar más, si la profunda fe de nuestros mayores, o la imponente masa de granito, o la inspiración de sus artífices, o la austera y grave majestad que en su recinto impera: vie-

ja catedral de Tarragona, puro ejemplo del arte hispano; catedral de Toledo, joya del estilo góticogalaico; catedral de Barcelona, la mejor entre las góticoespañolas; catedral de Granada, templo y fortaleza en la que alienta la inspiración pagana del Renacimiento; catedral de Burgos, la de impecable estilo ojival; catedral de Sevilla, en dimensiones la segunda del orbe; catedral de Córdoba, a un tiempo mora y cristiana; severas, imponentes catedrales españolas: ¡templos dignos sois de la gloria de Dios!

No cabe nada más soberbio que esas moles de piedra, trabajadas con el más fino y espiritual arte. «Elevemos un monumento que haga creer a la posteridad que estábamos locos», dicen los buenos canónigos del capítulo de Sevilla al planear la construcción de su catedral: a poco más que les hubiera apretado la locura, hacen la primera iglesia del orbe. Y gentil símbolo de la gracia es su Giralda, común reliquia del arte sarraceno y del arte cristiano, la torre más gallarda y señoril que visita el sol.

En ninguna parte se halla la historia nacional tan bien escrita y elocuente como en las viejas catedrales. Aquí están registrados en piedra los sentimientos, ideas y hechos de la raza. Sus muchedumbres de estatuas de prín-

cipes, guerreros, prelados y próceres, y sus pinturas y grabados de acontecimientos célebres, ilustran la historia de España. Aquí el pintor ha traído sus mejores cuadros, y el escultor y los artistas todos su genio, el magnate sus dineros, el pueblo su devoción, la posteridad su admiración y gratitud. Uno de aquellos soberanos del Olimpo, la propia Minerva acaso, diosa de la sabiduría y de las artes, semeja haber presidido esta asamblea de grandes artistas y dádoles inspiración y consejo.

La Arquitectura es la poesía misma, y canto épico a la grandeza de la raza, escrito en roca, jaspe, oro, cedro y marfil son las catedrales españolas. Y cuando han venido a unirse al genio la inspiración mística, unas ansias locas, y casi la certidumbre del artista, de inmortalizarse en su obra; cuando éstos se han contado por centenares entre los mejores de varios siglos, y les ha acompañado el entusiasmo de todo un pueblo y la prosperidad de una época, el monumento no puede ser sino una maravilla.

Y no es sólo su arte, ni sólo sus riquezas, ni sólo su imponente masa de granito, sino lo que más nos impresiona es la sensación del pasado que en ellas se percibe, la conciencia de hallarnos contemplando una obra que con

el pensamiento puesto en nosotros, la posteridad, concibieron y ejecutaron nuestros antepasados; es la visión de épocas lejanas y la percepción de que por ellas han desfilado muchas generaciones con el mismo gesto de asombro; es la de su inmutabilidad: estas catedrales han visto pasar hombres e ideas, guerras, calamidades, glorias, y mientras todo pasa, ellas permanecen inmutables, tan invencibles del tiempo como la propia eternidad. Luego, hemos dicho, estas catedrales son capítulos de la historia, la historia misma en forma y color. Por personalísimo que sea el artista, no puede sustraerse al ambiente, al gusto, al sentir de su tiempo. Por ello, las artes, especialmente las plásticas, son, más que una manifestación del genio del artista, expresión del espíritu de su pueblo, de los sentimientos e ideas de su tiempo.

# ¡ P A X !

La locura y el crimen se enseñorearon, en día no lejano, de Europa. Nos creíamos en el apogeo de la civilización intelectual, moral e industrialmente, a dos pasos del Olimpo. Una mañana se despertaron enfurecidas todas las bestias, el oso moscovita, el gallo de las Galias, los leones y águilas imperiales, y secundadas por pueblos que parecían haber perdido la paciencia para morir en casa, desatan la tormenta cruel y devastadora que hizo temblar al mundo, y después de tantos siglos de predicarnos unos a otros el sermón de la Montaña, nos sentimos capaces de remedar el gesto bélico y homicida del hombre primitivo. Como si dentro del flamante sombrero de copa guardásemos todavía el penacho del salvaje. Y cuantos contemplábamos cómo se odiaba,

robaba y asesinaba en nombre de la patria, nos moríamos de hastío ante la pertinaz e irremediable insensatez de los hombres, cuando no de vergüenza en presencia de aquellos hechos que nos abofeteaban el rostro por su brutalidad. Al contemplar las pasiones y crímenes que el amor de la patria provoca contra el amor a los hombres, dan ganas de volar con dinamita este planeta, gran presidio, gran manicomio, gran hospital, donde los hombres rugen y se devoran.

Que los pueblos antiguos, enamorados de la fuerza, deslumbrados por el fulgor de la guerra, que era a modo de acto soberano de la conciencia popular y la más alta expresión de la justicia y voluntad de los dioses, se destrozaran en continuo batallar, se explica. La brutalidad de sus costumbres y la imperfección de sus instituciones brotadas al calor de la lucha, la convicción de su superioridad que algunos pueblos profesaban, creyéndose destinados a realizar una obra providencial imponiendo al extranjero, al bárbaro, su religión, sus instituciones y costumbres; la aversión con que miraban a los países vecinos, a los cuales ninguno vínculo les unía, por su aislamiento recíproco; la rudeza de aquellos tiempos bárbaros que erigían los ejércitos en supremo tribunal de justicia, y de ellos se valen

señores y Estados para abastecerse de esclavos y apropiarse territorios; todas estas y otras causas, les mantiene naturalmente alejados de todo concierto pacífico.

Pero en los tiempos que corren no puede concebirse la guerra sino como un fraude y colosal asesinato, ni más, ni menos. Disfrázase de patriotismo, habla lenguaje sonoro y épico: heroísmo, lealtad, sacrificio. Pero su realidad sólo un nombre tiene: asesinato. ¿Cómo justificar la guerra en nuestros días, que viven los pueblos en estrecha fraternidad, por una comunicación permanente de sus hábitos, lenguas, instituciones, ciencias, letras, difundidos por el mundo civilizado con asombrosa uniformidad, sin que esta universal cultura quede reservada a ningún pueblo como patrimonio exclusivo? Unidos están por sentimientos e ideas comunes en las cuestiones fundamentales de la vida; entrelazados por espesas mallas en el mundo mercantil; uniformados en su legislación, que respeta al extranjero y custodia sus derechos, facilitando su convivencia con los naturales en el seno de una organización jurídica que a todos ampara igualmente.

Hoy día, que va extinguiéndose la pureza étnica por la frecuente comunión de los individuos de todas las razas; que declina y lan-

guidece el imperio de la fuerza en el orden internacional, a pesar del tremendo ejemplo que acabamos de tener a la vista; hoy, que los ciudadanos no juzgan como misión permanente la guerra y la conquista de territorios para ensanchar imperios en gloria del soberano; que, más que nunca, interrumpe y trastorna la vida nacional, agota las fuentes de producción, arruina a las naciones con costosos armamentos y aniquila por igual a vencedores y vencidos, que sufren juntamente la derrota que les impone el común enemigo: la guerra. Hoy, que vibra el sentimiento universal de lograr una superior moral, y el sentimiento natural de que por la muerte no puede realizarse el bien; que todos nos hallamos persuadidos de que la guerra no es más que un homicidio colectivo, y la incorporación de un país verdadero despojo, acto de barbarie militar y atentado contra los derechos individuales de sus habitantes; que la conquista de un territorio no permite la apropiación de sus bienes y la servidumbre de los vencidos; que todas las discordias pueden dirimirse pacíficamente y con garantías de verdadera justicia por medio de los tribunales de arbitraje. Hoy día, finalmente, que la conciencia universal reprueba todo acto de violencia, no puede concebirse el más cruel y arbitrario de to-

dos: la guerra, barbarie militar y patriótica.

Nada tan contrario a los intereses de la humanidad y su progreso como la guerra, y nada más paradójico en estos tiempos razonadores y benévolos, en que se proclama tan calurosamente el imperio de la idea, la soberanía de la razón y el dogma de la justicia universal, sin distinción de pueblos ni razas.

Y no se objete con José de Maistre, Proudhon, Le Bon, que la guerra será siempre necesaria, que es ley del linaje humano y de todo el mundo orgánico, y que por tanto no es contraria a ningún estado social; porque no es la guerra, sino la lucha por la existencia, la ley que preside la vida de los seres: lucha brutal, guerra, en el mundo animal; lucha intelectual, económica, industrial, nuestra lucha por la existencia.

No queda, de ser forzosa, más que una guerra legítima y una gran revolución: la del proletariado. Porque si no debemos matar al extranjero, tampoco debemos dejar morir de miseria y fatiga a los desheredados.

# EL TRATO SOCIAL

En su famosa *Política*, escribió el Estagirita: *natura esse hominem civile animal, et sociabile,* según la versión latina que tenemos a la vista, y todos han repetido: «el hombre es un animal sociable». No obstante, muchos hombres sabios o virtuosos, príncipes o humildes, gentes de toda clase y condición, como Esopo, Diógenes, Demócrito, Pirro, Numa Pompilio, Diocleciano, Petrarca, Descartes, han huído del trato social, creyendo descubrir en él la fuente de sus aflicciones. «Muy difícil es hallar la felicidad en nosotros mismos, e imposible hallarla fuera», máxima del experimentado Chamfort, que La Bruyère había anticipado en el siglo anterior al asegurar que todo mal nos proviene de no hallarnos solos. La envidia, la ingratitud, la ambición y el egoís-

mo rodean al hombre en el trato social. No siempre; a menudo. Si la mayoría se acuerdan de él, no es ciertamente para facilitarle el paso por la vida. La diversidad de temperamentos, educación e ideales, hace también molesto con frecuencia el trato social. Es raro que dos personas estén al mismo *tonus:* no falta alguna que desafine, cuando no son las dos, como generalmente ocurre. No hay derecho a adelantar un paso más que los otros, quienes entonces gruñen, ladran y muerden. Ni tampoco compasión para el que se queda a la zaga. A éste le pisotearán de paso, mientras se ensañan con aquél. La piedad en la lucha por la existencia no viene sino después de la derrota. Schopenhauer lo considera como caso único en que la envidia y el odio ceden su puesto a la clemencia. Cuando el adversario cae humillado, el enemigo comienza por sonreír y acaba por compadecer.

Júzgase feliz al hombre que se eleva sobre nuestro positivo valer o nuestra positiva insignificancia, y se le envidia: con pesar o melancolía, más o menos dulcemente, según la condición y quilates de virtud de cada uno, pero en el fondo, no todos, los más, sienten la picadura de los celos. Su triunfo amarga. A las almas viles, se sobrentiende. No se piensa en las ambiciones que habrán sucumbido

en el camino del triunfo, en medio del silencio.

Y ¿quién puede penetrar en el misterio de otra conciencia y adivinar si el dolor de las esperanzas muertas no se sobrepone a la satisfacción de aquellas que, con mejor fortuna, se realizaron?

Y porque la envidia es el vicio más común y más perverso de esta naturaleza humana que Fichte tuvo la ingenuidad de divinizar, hemos de tener siempre presente que a los hombres se reduce mejor con la simpatía que con el talento. El sentimiento es el factor más decisivo en las relaciones humanas. La afinidad de sentimientos o el respeto que infunden la tolerancia y la probidad, valen infinitamente más que una evidente superioridad intelectual. Aunque, como nota Lucrecio, cosa frecuente es ver la maldad y la bajeza ganando los ánimos y las voluntades. Y aquello, no sólo para reinar en los corazones, sino para figurar también en el mundo. El carácter, más bien que el entendimiento, lo da todo, o todo lo quita, en la vida.

Los hombres continuamente repiten, y poco practican, el consejo latino: *extrema vitanda sunt*, *in medio stat virtus*. Los más, aduladores o rudos, pocos amables; coléricos o flemáticos; avaros o pródigos; sólo uno entre ciento,

liberal; temerarios o apocados, pocos viriles. No hay que aguardar, para verlo, que hablen las acciones: hablan antes los ojos. Espejos del alma son éstos, no la cara. Aunque en ocasiones, los espejos del alma mientan más que los de vidrio. Cautela aconseja el deleitable Juvenal, porque *fronti nulla fides.* Con ser excusables los peores extremos, porque hay que aprender la gran ciencia de entender, excusar, perdonar, sólo un extremo o, mejor dicho, dos extremos en una misma persona, son inexcusables y no tienen perdón de Dios: el de esos cascaciruelas que no pinchan ni cortan sino con la lengua, que tienen dos orejas, generalmente de borrico, pero cien lenguas agudas, viperinas, que por detrás — donde ellos siempre debieran besar—desacreditan a uno, y por delante le rompen las narices con su incensario.

Los más de los hombres, en este torbellino del vivir, giran marcando una doble fuerza: centrípeta, para todas las venturas, propias y ajenas; centrífuga, para todos los dolores, aun los que le hayan tocado en justa suerte. Podríamos denominar esto, si es que hasta el nombre no está ya inventado, *ley de la gravitación moral* de la criatura humana, que se considera como centro en la vida de relación y hace gravitar hacia sí intereses, ideas y

sentimientos, como quien dice, el sol, la luna y las estrellas, gritando a voz en cuello el bochornoso *pereat mundus, ego salvus sim*... La mayoría ensalzan la abnegación, mucha abnegación, pero para los otros.

Los británicos resumen el trato social en una sola frase: *struggle for life*, que concuerda con el clásico *afán de mantenencia* del Arcipreste de Hita. Justo: si excluímos las nobles almas que frecuentemente, por fortuna, encontramos en la vida, en el universo no hay más que lucha por la existencia, impenetrabilidad y un soberano egoísmo. Al hombre suele darle el prójimo gustosamente un palmo de tierra donde caiga para no levantarse; pero ese palmo de tierra no se lo dará sino gruñendo, para que viva. Y como el prójimo al hombre, el hombre al prójimo; los dos han aprendido que quien da primero da dos veces, el *bis dat qui cito dat* que enseñó Séneca, y los dos se apresuran a dar a más y mejor. Y así anda el mundo, Facundo. «No sólo la naturaleza es nuestra enemiga — escribe Palacio Valdés en *Tristán o el pesimismo*—y se halla siempre dispuesta a traicionarnos sin compasión, sino que los riesgos más tristes, por ser los más insidiosos, nos llegan de nuestros semejantes, de aquellos que juzgamos nuestros amigos, nuestros hermanos. De tal suerte

que el mísero humano vive en el mundo como el pájaro en el bosque, afinando la vista y el oído para huír ante la sombra más fugaz y al menor ruido. El egoísmo es la esencia del mundo, es su mismo sostén, y jamás podremos guardarnos los hombres bastante los unos de los otros. *El hombre es el lobo del hombre*, ha dicho con razón Hobbes.»

Los zoólogos, al establecer la escala de los seres, han tomado al hombre físico como tipo para juzgar la superioridad o inferioridad de los seres según se aproximen o alejen de aquél, en sus caracteres orgánicos. Pero hoy se ha entrado en duda acerca de si la escala zoológica debe ser establecida tomando por tipo de aproximación la naturaleza física o la intelectual de los seres respecto del hombre. Pues bien: por si los señores zoólogos intentan cualquier innovación, téngase en cuenta la siguiente protesta de *Un mono*, que apareció años ha en cierta publicación, y el cual, bien conocedor de todas las castas de animales, decía burla burlando: «El que subscribe, en nombre de la monería universal, y como representante de los cuadrumanos de ambos hemisferios, protesta contra la injuria de que nosotros seamos progenitores de la humani dad. Por mucho que hayamos degenerado, no es posible que lleguemos a la imperfección fí-

sica y a la maldad humana... Nosotros no estafamos, ni robamos, ni incendiamos, ni violamos como el hombre; nosotros queremos a nuestros padres, a nuestros hijos, a nuestras esposas, a nuestros semejantes y desemejantes... No diré que no procedáis del tigre, por la crueldad; de la culebra, por el servilismo; de la zorra, por la insidia; del milano, por la rapacidad; de la hiena, por la cobardía; pero de nosotros, ¡jamás!»

# DEL EPISTOLARIO FEMENINO

De Gloria a Leonor, lo que se leerá:

Queridita prima: Perdona mi largo silencio. He dejado pasar más tiempo del justo sin consagrarte una línea; pero ya sabes que, con cartas o sin ellas, ocupas un lugar preferente en mi corazón, que no en vano nos une el vínculo de la sangre, afianzado por la vida en común que durante los años colegiales pasamos en el internado del convento de las Siervas de María. Pero, en fin, para lo que he de comunicarte, acaso valiera más guardar el silencio. Mis impresiones de recién casada, que según me dices tanto te interesan, están bien lejos de ser eco de aquellos felices en-

sueños que a los quince años tenía yo la candidez de forjarme, y que tantas veces fueron tema predilecto de nuestras pláticas a las horas de recreo, en la huerta del convento, a la sombra de aquel copudo roble... ¿te acuerdas?

No son felices y amables como entonces mis días de ahora, sino bien doloridos y amargos. A veces siento una pena tan negra, que mis ojos se anegan en llanto, y mi corazón se estremece como si lo rondase la muerte. Ya sabes que siempre se resintió mi carácter de una fina vetilla de melancolía que no pocas veces, en nuestros días colegiales, venía indiscreta a aguarnos la fiesta. Pues bien: de tal modo y gravedad ha ido acentuándose y ramificando por acá y por allá, que me figuro como si tuviese el alma aprisionada en una red, prisionera del dolor. No gozo ni dejo gozar a los demás. Adolfo me dijo ayer—acaso un poco rudamente—que hay razones para pensar que estoy enferma de veras, según el grado de irritabilidad, descontento y perenne sinsabor en que vivo y hago vivir a los que me rodean... El otro día parece que Adolfo quiso consultar con un médico acerca de mi estado, ¿y sabes lo que mi propia madre le respondió?; pues que probablemente el único remedio sería abrirme la cabeza y meterme

dentro algunos sesos más. Ya ves que hasta mamá se ha puesto del otro bando.

El hombre es, para unas mujeres, tentación, para otras, distracción; enemigo, para algu; nas; pagano, para muchas. Para mí era un- ideal; hoy, ideal... de arcilla. A veces me pregunto cómo será posible no entenderse con una persona a quien se le puede leer el pensamiento en los labios, en el semblante e intuitivamente; y, sin embargo, yo no logro entenderme con Adolfo. Ayer justamente cre llegado el momento de hacer un examen de conciencia y escudriñar en sus misteriosos escondrijos la callada razón de estas fastidiosas sinrazones que me marean y excitan mi nerviosidad. Mas nada saqué en limpio que no conociese de antemano. Toda esta balumba de fieros males viene de lo mismo que pude comprobar a las dos semanas de casada. Durante mi noviazgo con Adolfo me forjé ensueños muy lisonjeros para lo futuro. No hallaba razón alguna que no viniera a afianzar mi esperanza de prolongar más allá del noviazgo la ventura que entonces disfrutaba. No esperaba más cambio sino el de poderla gozar después a mi sabor y a todas horas.

Mis propósitos, como ves, querida primita, eran los mejores del mundo. Si no se han cumplido, atribúyelo a la crueldad de mi destino,

que donde yo siembro una esperanza, me cosecha una desilusión. (Aquí, en confianza, si acuso a mi mala estrella, es porque ciertos respetos me impiden señalar descaradamente a quien, con razón, quizás señales como verdadero autor de mi desventura...)

Imagínate, querida Leonor, que al día siguiente de casada, como quien dice, parecióme Adolfo otro hombre. Mi marido no era, y valga el decir, mi mismo novio. Fuese mi propia ceguera que me engañase, o fuese la suya —que es la ceguedad de ellos la que más suele cegarnos a las mujeres—, yo no había conocido a Adolfo, y ahora me parecía que no estaba casada con el mismo hombre. Si cosa tal cupiese en nuestras costumbres, hubiera pedido la anulación de mi matrimonio por fraude en la persona del marido.

Adolfo, que siempre había dado pruebas de buen carácter, y habíale conocido yo siempre risueño y tierno, pendiente, como de sentencias inapelables, de mis más leves caprichos, mostrábase —y así continúa al presente —serio, con un cariño lleno de gravedad, un tanto solemne, sin la amable frivolidad de otros tiempos, distraído y preocupado a veces, con harta frecuencia, como si mi presencia no le mereciese la menor atención; su mirada, que me seguía antes como sombra de mis propios

ojos, no era ya efusiva y acariciadora: mirábame con una mirada serena, la mismo de mi abuelo, una mirada demasiado protectora y reflexiva...; eso es, demasiado reflexiva y cargante. El, que de novios había mostrado ejemplar solicitud y fineza por complacerme, adelantándose a mis deseos, parábase ahora a examinar mis peticiones con mucha gravedad y pausa, como si de mi antigua facultad de decisión sólo me quedase el derecho de proponer; ¡él, que de soltero hubiera hecho las mayores atrocidades sin pararse en pelillos, sólo por darme gusto! Adolfo, que siempre había sido un manirroto para prodigarme regalos y golosinas, que quería comprarme cuanto sus ojos veían, estaba ahora hecho un judiote, reparando en gastos y ajustando cuentas; eso sí, discretamente y sin caer en las ridiculeces del marido de Manolita Ortega, pero también resuelta y serenamente. Te confieso que esta serenidad es lo que más me saca de mis casillas, porque, ¡Señor!, tanta serenidad y cálculo es un soberano fastidio.

El novio que yo había visto sentarse a la mesa de mis padres con la mayor cordialidad y fineza, se había tornado en marido que llegaba tarde al comedor, y a menudo malhumorado y ceñudo pasaba la comida sin decir más que las cuatro palabras reglamentarias; él,

tan pulcro y mirado de su persona, lo cual dióle, como sabes, fama de elegantón — cualidad que me enamoró de él más que nada, aunque también entrasen en cuenta la rivalidad que para cazarlo mantenían contra mí la tonta de Fernandita Ródenas y la cursilona de Lola Ramírez—, mostrábase ahora harto descuidado en el vestir; ¡él, que había sido modelo de buen tono y casi árbitro de la elegancia!, como dicen de aquel fastuoso Petronio, quien no sé a punto fijo si fué patricio romano o es modisto parisién. (Si acaso resultara modisto, como presumo, dame su dirección: Paquin es cada día más cara para nuestro presupuesto, según me dice Adolfo.)

Mi marido, que antes me recitaba lindos versos y me murmuraba al oído cosas peregrinas, me hablaba ahora de cosas insípidas, del estado de sus negocios, lo mismito que si yo fuera su socio comercial. De novios, tan amante de fiestas, y luego no se le ocurría nunca llevarme a parte alguna. El teatro, sobre todo, que tanto le agradaba, ya le aburría.

En resumen, queridita mía, que esto ha sido un engaño; que mi marido no es el mismo hombre que conocí de novios, y que la firme persuasión de mi engaño me mantiene en callada pero amarga hostilidad contra mi mari-

do. ¡Cuidado con los hombres! ¡Qué cambio, Señor, qué cambio! Pero si te digo que hasta en lo más pueril me he equivocado de medio a medio; no sé por qué me había imaginado de soltera, al percibir su aliento perfumado y la dulce expresión del semblante, que su dormir había de ser sereno y tranquila su respiración... como duermen los angelitos del cielo...; pero, ¡ay, querida prima!, que Adolfo, aquí en secreto, junto al oído, pues esta confesión me parece una traición, tiene un dormir que marea a fuerza de ser un puro ronquido.

Dame noticias tuyas y de tu marido; ¿ronca también tu marido?

Fraternalmente tuya,

GLORIA.

De Leonor a su prima, sin variarse punto ni coma:

Querida Gloria: Al fin te resolviste, pícara primita, a mandarme memorias tuyas con la carta que acabo de recibir. La he leído entre risueña y dolorida al ver mezcla tan peregrina de pueriles motivos y *¡fieros males!* Su lectura me ha dado un saborcillo agridulce nada más, sin que me amargase tanto como amar-

gada debías tú de parecer al escribirla. No veas en ello, ¡por Dios!, despego ni tibieza de mi cariño, sino a lo sumo la leve importancia que a tus fieros males concedo. Sin embargo, Gloria, tales son las cosas de la vida, que bien pudieras, si en ello te empeñas, tornar en males reales lo que ahora no pasa de ser ligereza y frivolidad—no frunzas el gracioso entrecejo—, agravadas por tu condición de hija única, independiente, caprichosilla y mimada. Y en dando en que el perro rabie, ha de rabiar.

Piensa que si siendo la felicidad el objeto de todos nuestros pasos, difícilmente la alcanzamos, inasequible será si para nada nos cuidamos de mimarla. Y para una casada, mimar a su marido es punto menos que mimar la dicha en persona. Esto de empeñarse en ser desventurada es cosa que tal vez parezca un contrasentido, pero créeme, Gloria, que acaece muy a menudo. Yo, por mi parte, me he empeñado en ser feliz, es decir, lo más posible; así como por tu carta me figuro, valgan verdades, que te esfuerzas todo lo posible en no serlo. Lo que me dices son disculpas de mal pagador—y perdona, chica—, y a través de ello vislumbro el carácter de tu Adolfo, franco, enérgico y sensato, conforme siempre nos pareció a todos; cualidades que, si pren-

das del marido, deben ser orgullo de la esposa.

Por supuesto, que Adolfo, casado, no es el mismo que de novios. Y no es él quien ha variado, sino vuestro género de vida; no ha mediado fraude, sino de parte tuya algo de ensueño imprudente antes de la boda, y después cierta frivolidad, que es casi, casi, el más certero atentado contra tu dicha y la dicha de los tuyos. Fué un sueño imprudente aquel ensueño tuyo de que el matrimonio sería una mera prolongación del noviazgo, sin comprender que, al contrario, implica un cambio radical, y peligroso además cuando la discreción no ha medido de antemano su trascendencia. El noviazgo no representa en nuestra vida más que una sola parte: la amable, tan fácil de halagar, de los sentimientos. Mientras el matrimonio es la vida en toda su plenitud, con todas sus minucias del vivir de cada día, con todos sus inevitables rozamientos y asperezas, con sus exigencias ridículas o crueles, por lo que a la mala cuenta se refiere, que en conjunto con sus excelencias, es la vida real, la vida, en fin, con toda su complejidad, que exige mucho tacto y discreción si no queremos andar siempre a la greña y condenarnos de por vida a un infierno.

Cuando novias nos dejamos simplemente

vivir en nuestro amor; cuando casadas, somos quienes hemos de conducir nuestra vida y esforzarnos en salvar el amor del naufragio con que las crudezas de la vida real en común le amenazan durante los primeros meses del matrimonio, acaso durante los dos primeros años. Pasado este tiempo, la tormenta suele disiparse, coincidiendo casi siempre con la maternidad que, cumpliendo misión de amor, baja como bendición de Dios y estrecha las almas y borra las diferencias e impurezas de carácter. Lo que te está haciendo falta es un chiquillo rollizo y coloradote, que te ocupe el ánimo y el tiempo. Buen calmante para tus nervios. Trabaja, hija, trabaja. El ser feliz requiere su arte. Así como hay coquetas de nacimiento, que lo mismo le hacen guiños al adolescente que al octogenario, existen pesimistas por naturaleza. Ayuda a corregirte, que Dios te ayudará.

Sería pueril que esperases del hombre que vive a todas horas en tu compañía las mismas caricias, igual transigencia con tus caprichos, igual ternura, que cuando sólo pasaba junto a ti un par de horas al día. ¿Quieres figurarte un imposible? Pues figúrate que tu marido fuera el mismo que de novios; y ¿estás muy segura que la cosa no te resultaría algo empalagosita, y hasta poco o nada seria? ¿Cómo

iba el novio, blando y meloso, a mantener el prestigio de su ministerio en el hogar, que requiere amor y dulzura, pero no menos entereza? Y tratándose de un marido recto y justo, como pienso, a pesar de lo que me escribes, que es Adolfo, nada mejor que entregarse a él con completa obediencia de amor, que deber suyo es apreciarla y corresponderla con benigna y amorosa autoridad. Como es natural, yo, que estoy lejos de hallarme en olor de santidad, durante los primeros tiempos de matrimonio quise hacer mis pinitos en estas cuestiones de autoridad doméstica, en esa lucha que, aunque templada a veces por el amor, se entabla dondequiera que existen dos caracteres y dos voluntades. Porque cuando el héroe y la heroína de los días del noviazgo se encuentran que son de arcilla, a los dos les entra por igual el deseo de moldear al otro; pero resulta casi siempre que la arcilla está endurecida. Pues en mi caso te aseguro que con el pecado llevé la penitencia, hasta que un día caí en la cuenta de que sólo me faltaba para ser feliz suprimir este espíritu de silenciosa y perenne rebeldía. Y, chica, buen peso me quité de encima. Ahora, mi marido, con su experiencia del mundo, que los hombres poseen naturalmente mejor que nosotras, con su ternura y firmeza, me conduce en este oleaje de los he-

chos que es la vida, tan ricamente. Y lo raro es que ahora hago más que nunca mi santísima voluntad, pero dándole a entender con buenas maneritas que es la suya. Primero, mucha sinceridad, pero más tacto aún, es decir, según la ocasión, silenciosa, habladora, considerada, jovial. Luego, mucha suavidad en las palabritas: los truenos y el sol de la alegría son incompatibles. Después, aquello de recordar que el Creador nos dió dos ojos, dos orejas, y sólo una boca, para que miremos y oigamos dos veces lo que hemos de hablar. Porque se suelta una palabra imprudente, y es como un guijarro que se arroja al estanque: no produce una onda, sino infinitas. Además las malas palabras se enredan como las cerezas. No hay que pronunciar la primera. Cuando te dé un arrechucho de nervios, toma dos píldoras de cualquier calmante en el acto, y cuando se repita, píldoras y más píldoras. Pero no te desahogues con tu marido, si no quieres ahorcarte moralmente. Es tan difícil que un desahogo dé provecho, como una ortiga fruto.

Para terminar, pues ésta se alarga más de lo debido, haz todo lo que nos encanta en un buen compañero de viaje, que larga jornada es la del matrimonio.

Todas estas cosas, por supuesto, tienen ya

muletas de puro viejas; por eso no me propuse, querida Gloria, poner paño al púlpito, sino decírtelas a la buena de Dios y como mi corta experiencia me dió a entender.

Tuya de corazón,

LEONOR.

# GITANERÍAS

La pícara leyenda de la vida gitana está a punto de pasar a ser eso, pura leyenda. Incompatible en sus tradiciones y costumbres con los reglamentos y cortapisas de la civilización contemporánea, esta raza pintoresca parece condenada a desaparecer en fecha no lejana; es otro romance más que pasa. Los que aman la vida en plena naturaleza, y hallan encanto en vagar por tierras desconocidas y entre nuevas gentes, sin prisa, sin objeto, parándose acá y allá, donde la curiosidad más les atrae; los que gustan de viajar a pie o en caballería, contemplando de verdad el paisaje y gustan de dormir a cielo raso, junto a un fresco arroyo, a la sombra de un árbol frondoso, cuando el tiempo lo permite; los que, viviendo una existencia febril y cargada con las inquietu-

des del hoy y del mañana, nacieron para campar por sus respetos y libres de tantos cuidados; todos los que, en resumen, por esto o lo de más allá se ahogan en las ciudades modernas, no pueden por menos de simpatizar con esa raza libre y andariega que vaga incesantemente por la tierra, como el sol y la luna —con los que la leyenda gitana ha identificado su vida—por el firmamento. Raza peregrina que en nuestro tiempo se esfuerza en mantener gallardamente los prestigios de la taumaturgia. No pequeño misterio hay en esas vidas errantes, en esas criaturas singulares que, mal reputadas y peor recibidas en todas partes, llevando siempre a las ancas los perros de la justicia, ejercen, sin embargo, en las gentes sencillas tan viva fascinación. Raza libre de prejuicios sociales, incrédula y mordaz, que es al propio tiempo la más supersticiosa del mundo, aunque la primera en burlarse de la superstición que más a su bolsa atañe: la predicción del futuro. Cosa que muchas palomitas ingenuas y curiosas parecen ignorar.

Toda la moral de la familia gitana española se reduce a los tres consabidos preceptos: *sé fiel al gitano* (para las mujeres), *paga tus deudas al gitano* y *no te separes del gitano* (para toda la casta). Son rumbosos estos gitanos es-

pañoles, hasta el punto de arruinarse para toda la vida en el día de su boda. Y aunque entre sus oficios de cestero, chalán, esquilador, herrador, contrabandista y decidor de la buena ventura, figura el de *ustilar a bastes* —que en buen castellano sólo quiere decir «robar» —, estos caballeros de los caminos reales suelen mostrar entre sí lealtad, buena fe y respeto de la propiedad; entre sí, y ya es bastante, pues de los extraños ni al divino *chaboró* respetan:

En el portal de Belén
gitanitos han entrado,
y al Niño recién nacido
los pañales le han quitado.

Es cierto que son falsos, rapaces y mal criados; cierto que no afrontan la muerte con valor, y no menos cierto que entre ellos únicamente los atontolinados necesitan del trabajo para vivir, como en los siguientes versos declara Solís en *La Gitanilla en Madrid:*

de suerte que al inútil ocupamos,
y los útiles todos nos holgamos.

Mas igualmente cierto que no hay raza más ingeniosa, fuerte y pintoresca. Y ¡qué arte, señores, en el manejo de las tijeras! ¡Qué fina diplomacia al vender un *matalón!* ¡Con qué primor lo esquilan, lo parchean, le trenzan

crines y cola, y lo ponen y venden como nuevo! Y ¡qué manos, señores, qué manos! Bien ha cantado uno de su pueblo aquello de

No hables mal de los gitanos,
que llevan sangre de reyes
en las palmas de las manos.

Dos notables características tiene esta raza en España y fuera de ella: su facundia en el decir y sus ojos fulgurantes. El ideal gitano es triunfar por la palabra. De aquí que sean tan amigos de la charla y de las buenas razones, y que entre las gitanas particularmente que, como mujeres, en palique y curiosidad se llevan la palma, abunden tantas sibilas elocuentes; ¡con cuánta astucia y conocimiento del corazón humano saben predecir a cada edad y condición lo que más le cuadre! ¿Quién, como una gitana del Albaicín, de Triana o de cualquier andaluza gitanería, puede leer el pasado, el presente y lo porvenir, y leerlo con más salero y más de corrida, en las estrellas del cielo, en el viento y la palma de las manos? Sus ojazos negros, escrutadores, insolentes, ojos gitanos, son dignos en verdad, y en fuerza de hermosura, de leer en el misterio de las almas.

***

Entre los textos más curiosos del gitanismo español se encuentra el relato de la aparición de la primera gitana en Sevilla, en el estío de 1491, escrito acaso (si no es pura invención moderna, como el lenguaje parece indicarlo) por un cronista de aquella época. Francisco Quindalé, en la noticia histórica que precede a su brevísimo opúsculo intitulado *Diccionario gitano* (1867), reproduce este relato sin citar el autor ni la obra de donde lo tomara, si bien añade que «en ese relato nada hemos inventado nosotros; así lo han transmitido los contemporáneos de entonces». Aunque sea conjetura poco piadosa, nos inclinamos a creer que lo ha copiado del libro de Jorge Borrow, *The Zincali*, *or an Account of the Gipsies of Spain* (1841); de ser esto cierto, lo ha traducido literalmente. Borrow debió de hallarlo, a su vez, en alguna obra antigua cuyo título y autor tampoco menciona. Escuchad lo que aquella mujer de extraña apariencia dice al presentarse en una casa de la ciudad, no sin hacer antes exclamar de susto a las doncellas: ¡Ave María Purísima! «El Dios de Egipto sea en esta casa. Él os bendiga, mi noble dama. (Mal fin tenga tu cuerpo, vil cortesana!) Bendiga Dios también a estas tres rosas virginales que os acompañan. (¡Mil moros furiosos os las deshojen con violencia insana!)... La pobre

mendiga entra en esta casa para deciros vuestra buena ventura. (¡Las llamas devoren la casa y los que en ella moran!) Mi noble dama (¡Mil serpientes te muerdan!), vuestro marido se halla ante los muros de Granada con el rey Fernando combatiendo al bárbaro moro. (¡Alcáncele una bala y deshaga en mil trozos su cabeza!) Antes de tres meses estará de vuelta con veinte cautivos agarenos, ostentando en su cuello rico collar de acendrado oro, premio de su valor heroico. (¡Que cuando entre en esta casa se derrumbe un poste y su cuerpo aplaste!) Y a los nueve meses justos de su regreso, Dios os dará un hermoso niño, fruto merecido de bendición por vuestro prolongado anhelo. (¡Que la sal que le pongan al bautizado tenga veneno!) Vuestra mano, señora, vuestras manos, doncellas, que a todas pueda decir la ventura que os espera. (¡Que un rayo sea el que espere para consumiros a vosotras todas!) Mas permitidme antes cantar la canción de Egipto para que el espíritu de la sabiduría caiga de lleno sobre la pobre vagabunda.» Y diciendo esto, la gitana cambia súbitamente de expresión. Antes su lenguaje, aunque rápido, era acompasado, sin violentas inflexiones. Pero comienza a entonar su voz, a agitar sus miembros, a lanzar agrestes miradas. Su acento es desconocido,

sus posturas son singulares, sus ademanes causan pavor. Acompaña su cántico con las manos, bien batiendo ambas palmas, bien apoyéndolas sobre sus dos caderas... El chiquillo que lleva colgado a la espalda lanza también agudos gritos en compás con su madre; y ésta, arrebatándole en sus brazos, lo lanza en el aire, lo recoge al caer, vuelve a lanzarlo como una bala, vuelve a recogerlo... Ni la noble dama, ni sus hijas, ni las sirvientas que presencian aquella escena, mudas de espanto, comprenden el estribillo de la canción gitana:

Caraja y diquelo abillar,
ta ne asislo chapescar, chapescar.
*(Al moro veo venir,*
*pero no acierto a huír, huír.)*

«Vuestras manos, vuestras manos, que a todas os diga la buena ventura—añade la gitana en lenguaje comprensible. Y la noble dama, las lindas hijas y las curiosas sirvientas, aunque aterradas y con supersticioso temblor, alargan a una las manos.»

***

En la literatura española, donde más papel, si no bueno, han hecho los gitanos es en los entremeses; figuran a menudo en ellos, ya

para ejercitar aquella condición ladronesca que Cervantes les atribuye en las primeras líneas de *La Gitanilla*, robando niños y cuanto puedan, ya para danzar.

En la novela o el teatro, quien ha tratado de los gitanos con mayor extensión, tino y elocuencia es Cervantes; no podía ser de otro modo. De ellos habla en *La Gitanilla*, el *Coloquio de los perros* y *Pedro de Urdemalas*; también les saca a escena en el saladísimo entremés de *La elección de los alcaldes de Daganzo*, pero aquí sólo cantan y bailan brevemente, sin nada que desde el punto de vista gitano pueda interesar. Es Cervantes el único escritor español que, sin dejar de reconocer la repícara condición de los gitanos, les concede algunas brillantes cualidades y aun hace el panegírico de su vida. Según Cervantes, son los gitanos ágiles y libres, saludables y fuertes, corredores, bailadores, alegres, listos, tozudos e indomables; de día trabajan y de noche roban; nada les importa la honra, ni los bandos políticos, ni los magnates y reyes, ni la religión; en cuanto a esta última, a pesar de haber frecuentado el autor los templos, jamás ha visto ninguna gitana al pie del altar comulgando, y si piden limosnas, no es con devociones, sino con invenciones, chocarrerías y buenaventuras. «Cásanse siempre

entre ellos—continúa Cervantes—porque no salgan sus malas costumbres a ser conocidas de otros», y como su libre y ancha vida «no está sujeta a melindres ni a muchas ceremonias», dan al galán a escoger entre la flor y nata de las doncellas aquella que más les agrade, ya como esposa, ya como amante. Mas, escogida la que le place, no ha de abandonarla ya ni se ha de entremeter con las demás mujeres de la comunidad, casadas o solteras, pues entre gitanos ha de guardarse la ley de la amistad inviolablemente. Y como con las malas hembras no van a la justicia, tomándosela ésta con su propia mano y de modo capital, las gitanas son castas y los hombres viven exentos de la pestilencia de los celos; en lo demás, todas las cosas son comunes. Los mozos pueden dejar a la mujer vieja y unirse a otra joven. Que los gitanos son de condición ladronesca asiéntalo una y otra vez Cervantes con vivo empeño. Conocidas son aquellas primeras líneas de *La Gitanilla*: «Parece que los gitanos y gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, críanse ladrones, estudian para ladrones y, finalmente, salen con ser ladrones corrientes y molientes a todo ruedo; y la gana de hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes insepara-

bles, que no se quitan sino con la muerte.»

Desde luego, aparte su valor artístico, tan alto que en ninguna otra novela ejemplar Cervantes lo supera, *La Gitanilla* (1612), como novela de costumbres, es el mejor documento literario que tenemos para conocer la vida y milagros de la andante gitanería de su época. Encuéntranse en ella, además, noticias que no aparecen en ninguno otro texto literario o legal de entonces. Se ha dicho que los personajes de la novela hablan con sobrada elocuencia, y, en efecto, nadie les tomaría en el hablar por gitanos, sino por señores de muchas campanillas y ciencia. No es la suya gramática parda en el decir, como lo es en el obrar, sino que ponen cátedra de Retórica y Poética: el gitano viejo es, sin duda, archielocuente orador, y su discurso no queda muy por bajo de aquel otro famosísimo de la Edad de Oro. Que la protagonista es tipo artificial, con poco o nada de gitana, ya que siempre procede con decoro y alteza de miras, es cosa natural, puesto que no corre por sus venas una sola gota de sangre gitana; ya dijo Cervantes que «descubría en ella ser nacida de mayores prendas que de gitana, porque era en extremo cortés y bien razonada». El cuadro es, por lo demás, de incomparable colorido, fiel pintura de la vida y usos, pasiones y

afectos de los gitanos españoles; basta cotejarla con las descripciones de los edictos y pragmáticas contra ellos dictados.

***

Si de los textos literarios se pasa a los legales, veremos que monarcas, concejos, jueces y corregidores han perseguido a los gitanos a sangre y fuego. Da grima echar una ojeada a la historia legislativa en este punto y revisar los terribles procesos criminales contra ellos seguidos. El año 1499 dictan los Reyes Católicos la primera pragmática contra los gitanos; les obligan a establecerse de modo permanente en los pueblos, bajo pena de expulsión del reino. En el reinado de Carlos V se promulgan nuevas leyes contra los gitanos; se les prohibe particularmente la vagancia, llevando la severidad del castigo hasta declarar que «a la tercera vez que se hallaren vagando sean cautivos por toda su vida de los que los tomaren.» Felipe II, en 1586, insiste en que los gitanos cumplan las leyes especiales que les prohiben la vagancia, disponiendo además que no puedan vender ni comprar nada sin hallarse provistos de documento notarial donde conste que tienen residencia fija y donde se especifiquen los articu-

los en que trafican, para evitar, sin duda, que comercien con mercancías robadas. El rey Felipe III dicta un decreto en 1619, conforme el cual, gitano que no se estableciese de modo permanente en cualquier ciudad, habría de abandonar el reino en el plazo de seis meses, y si, eligiendo salir de él, tornase a España, sufriría la pena de muerte; cuanto a los que prefiriesen instalarse en poblados, quedábales prohibido el uso de sus trajes, su jerga y hasta el nombre de gitanos o castellanos nuevos, a fin de que llegaran a confundirse con el resto de la población; prohíbeles igualmente la venta de cualquier género de animales.

En vista de las quejas que de todas partes llegaban contra los gitanos por su mala vida e incredulidad, y puesto que las leyes especiales contra ellos dictadas habían resultado ineficaces para poner coto a sus excesos, Felipe IV vuelve a prohibirles, en 1633, el uso de sus trajes, jerga y nombre de gitanos, bajo severísimas penas; habían de abandonar las gitanerías y vivir en lo sucesivo separados, cumplir como fieles cristianos y no contraer matrimonio con personas de su raza; finalmente, para que se perdiera su nombre y memoria, declara que el llamarles gitanos se considerará como injuria grave, castigándola como tal. Además de reproducir las anterio-

res prohibiciones, Carlos II les veda, en 1692, que se establezcan en villas cuyo vecindario no alcance a mil vecinos, y que ejerzán cualquier oficio que no sea el cultivo de la tierra; niégaseles también el uso de armas de fuego. Pasan tres años, y lanza un decreto más severo aún, prohibiendo a los castellanos viejos que presten a los gitanos cualquier clase de auxilio o que les reciban en sus casas, bajo la multa de seis mil ducados si se tratase de un noble, y si no, pena de diez años de galeras.

En 1705 el Concejo municipal de la villa y corte promulga un edicto, en el que, tras hacer referencia a las fechorías que por doquiera cometen los gitanos, hasta el extremo de constituir un peligro para la paz y seguridad públicas, se exhorta a los corregidores y ministros de justicia para que les traten como enemigos del público bienestar, les apliquen sin dilación las leyes anteriormente dictadas y les impongan los castigos más severos. La Junta formada en 1721 de orden de Felipe V para dictaminar sobre la situación de los gitanos en el reino, declara en su consulta de 23 de junio de 1723, entre otras cosas, y después de haber trinado por todo lo alto contra la irreducible irreligiosidad de los gitanos: «Que el ejercicio de los hombres es el trato de ventas y trueque de caballerías, que las más

son hurtadas, cometiendo en ellos grandes engaños. Que son ladrones públicos y salteadores de caminos. Que no hay rebaño de ganados seguro de ellos, siendo en ellos frecuentísimo el delito de abigeato. Que las mujeres entran en los pueblos, y unas con sus embustes de decir la buenaventura, registrando las rayas de las manos, estafan a todas las personas seculares; otras piden limosna, y todas roban de camino en las casas lo que hallan. Que son inhonestas y livianas... Que las que son ancianas se ejercitan en...», etc., etc. Tres años después, esto es, en 1726, Felipe V promulga, no uno, dos decretos contra los gitanos que vaguen por los caminos y no tengan residencia fija, ordenando que se les persiga a todo trance, y aun dentro de lugar sagrado, cuando a él se acogieren.

Varias disposiciones más se dictan contra los gitanos hasta llegar el año 1783, verdadero año de gracia para el gitanismo español, cuando el rey Carlos III, sabio siempre en sus resoluciones, promulga nueva ley. Difiere ésta en mucho de las precedentes: viendo la ineficacia de los castigos más severos, el soberano, al par que les prohibe la vida errante y el uso de sus trajes y jerga, así como llamarse gitanos, permíteles el ejercicio de cualquier profesión u oficio a aquellos que abandonen sus

hábitos y lenguaje, imponiendo de paso penas rigorosas a cuantos pusieren obstáculos a tales gitanos.

Durante tres siglos, pues, se les ha perseguido a muerte, si no de veras—pues bien parecen haberse entendido siempre los gitanos con corchetes y cuadrilleros a las mil maravillas—, sí con toda una formidable balumba de edictos, pragmáticas, leyes y reglamentos. Se les ha prohibido, según hemos visto, hablar su jerga, vestir al estilo gitano, contraer matrimonio con los de su raza, residir juntos en el mismo barrio, llevar consigo armas de fuego, traficar libremente; se ha tratado de expulsarlos del reino, o de fundirlos con el resto de la población, o de exterminarlos; hanles amenazado con las penas más rigorosas en caso de que quebrantaran las disposiciones contra ellos dictadas; y ni aun en los templos, dentro de cuyos muros eran inmunes hasta los parricidas, podían ampararse los gitanos. La gente, acusándoles de crímenes atroces, les ha perseguido con su odio. Y a pesar de todo ello, por encima y por debajo de los edictos de los Concejos, las pragmáticas de Sus Majestades, las leyes de la nación y la general animosidad del pueblo, los gitanos siguen en España, campan por sus respetos y todavía hacen las delicias de las muchachitas senti-

mentales, de los inseguros galanes y de no pocos vejetes que tienen en la palabra gitana más fe que en los sacramentos. Pobres y miserables—pobres como cuerpo de gitano—, han conseguido vencer con sus mañas y artes gitanas, con su festivo humor, con sus buenas y malas venturas y chispeante ingenio, toda suerte de persecuciones, y quedarse en santa paz y gracia del Señor en España; ¡lo que no lograron razas fuertes, industriosas y ricas, como la morisca y la hebrea!

Gitana de ojazos negros, escrutadores, insolentes, dignos en fuerza de hermosura de leer en el misterio de las almas, ¡aquí tienes una amiga mano más que se te ofrenda!...

# EL PESIMISMO Y EL ESCEPTICISMO CONTEMPORÁNEOS

El pesimismo es la disposición de la humanidad que a sí misma se conoce.

Hártmann, *La religión del porvenir*.

## I

El pesimismo no tiene en nuestro tiempo fronteras espirituales. El pueblo, con su intuición y experiencia; el filósofo, con sus especulaciones y conocimiento del mundo; el poeta, reflejando en sus versos el espectáculo de la vida, todos parecen entender hoy mejor que nunca que la ley del dolor es esencialmente democrática e igualitaria. Y si en alguna manifestación pudiera revelarse la vitalidad de

una fuerza suprema y consciente, de un poder inteligente y suprasensible que juzgue del destino humano, equilibre sus padecimientos y presida la vida universal, sería por medio de esta fatalidad del dolor que a todos alcanza igualmente. Sobre el sabio cubierto del polvo de oro de las bibliotecas, que arranca secretos al misterio del universo, igual que sobre el ignorante destajista de la Pomerania, sobre el sano y el enfermo, sobre el privilegiado del amor, la gloria y la fortuna, y el desvalido, sobre todos pesa igualitaria e inexorable la ley del dolor. No sólo la muerte iguala a todos los mortales, que el dolor tampoco tiene privilegiados.

No es el pesimismo cuestión de razas, ni de escuelas, sectas o climas. La religión pesimista por excelencia, el budismo, que, merced a su inestimable elevación moral y a su flexibilidad, se mantiene en todo el Oriente, es profesada por razas diversas y en las más extremas latitudes. En la genealogía de todas las religiones—salvo el paganismo heleno y el islamismo árabe, genuinamente optimistas—, y en todas las escuelas filosóficas, ha palpitado el pesimismo más o menos perceptiblemente, y halla su eco genial en Buda, Zoroastro, Sócrates, Platón, y, como en todos, en el dulce Nazareno, y en los escolásticos y teólogos. En

toda la Edad Media, singularmente en el siglo X, un pesimismo popular flota sobre la conciencia del mundo cristiano, que aguardaba a cada instante la terminación del mundo anunciada por el Salvador (1). El Renacimiento, con su retorno al optimismo heleno, alejó de la literatura el sombrío pesimismo que hasta entonces, en general, le había caracterizado. Con el deísmo inglés y francés del siglo XVIII se vuelve a la vieja concepción pesimista de los Santos Padres de la Iglesia. Y más acentuado que en teólogos y pensadores, alienta siempre el pesimismo en el alma de los grandes poetas. Que aquí, como en todo, el corazón es el último en engañarse. Desde los cantos belicosos y tristes, con efluvios de sangre, del padre Homero, hasta las suaves estrofas, húmedas con lágrimas, de Musset, la poesía ha traducido conmovida los males del mundo y los dolores que afligen a la criatura humana. Todos los grandes poetas fueron profundos pesimistas, y no ya porque cantaran pesares íntimos, sino por haber vertido también en sus estrofas de oro los grandes dolores humanos. Los maestros de la poesía, como los

---

(1) *Evangelios:* San Mateo, XVI, 28, XXIV, 34; San Marcos, IX, 1; San Lucas, IX, 27. *Apocalipsis*, VII y siguientes.

egregios de la filosofía, todos los que han ceñido la diadema de la inmortalidad, padecieron, con su clara visión del mundo, aquella «tristeza del genio» de que Aristóteles habla.

## II

El positivismo y el materialismo han venido a vigorizar en nuestro tiempo la tendencia pesimista. Entraña vital de aquéllos: que la existencia no es un medio, sino un fin. Las grandes decepciones que ha sufrido la sociedad contemporánea han intensificado y generalizado más que nunca el pesimismo. Todas las venturas que se prometían nuestros bisabuelos con la instauración de sus ideales políticos y sociales y con el progreso de las ciencias, no se han realizado. Hemos visto progresar la Humanidad científicamente, socialmente, pero sin que el hombre avance un paso siquiera hacia la felicidad. Cambio de postura, pero no reducción de males, es lo que hemos observado. «Cual otro Fausto de Goethe, la Humanidad busca la ciencia y la dicha; pero quizá nunca se halló tan lejos como hoy de poder exclamar: *¡Oh, no pases! ¡Eres tan hermoso!* La civilización y el cultivo de la in-

teligencia se difunden por todas partes y toma posesión de las comarcas más salvajes. Diariamente surge un nuevo y maravilloso descubrimiento que hace habitable la tierra en mayor grado y disminuye las molestias de la existencia. Pero no obstante el mejoramiento de todas las condiciones del bienestar, la humanidad se encuentra descontenta, inquieta, agitada como jamás. El mundo civilizado no es más que una inmensa y repleta sala de enfermos que pueblan los espacios con sus dolorosos ayes y se retuercen en medio de todo género de sufrimientos. Recorred todos los países y preguntad de puerta en puerta: *¿Vive aquí el satisfecho? ¿Os encontráis tranquilos y dichosos?* Invariablemente se os responderá: *Buscad más lejos, que aquí no tenemos eso de que habláis...* Mas si es cierto que la humanidad ha sufrido siempre, y siempre se ha lamentado, que sintió en todo tiempo el contraste entre el deseo y la posesión, el ideal y la realidad, no es menos cierto que el descontento del hombre jamás fué tan profundo y general como al presente, que jamás se ha manifestado por tan variadas causas y en formas tan radicales» (1). Todos, positivistas e idealistas, sentimentales

(1) Max Nordau, *Las mentiras convencionales de la civilización*, cap. I, 1, 3.

y razonadores, claman contra el presente. Hártmann exagera, sin embargo, cuando asegura que el progreso de la felicidad y el de la cultura están en razón inversa; que los males aumentan en progresión más rápida que los remedios; que por un mal que la civilización suprime surgen diez nuevos males, y que, finalmente, el estado de naturaleza es el más feliz. El filósofo alemán se engañaba tanto por lo menos como, en el otro extremo, Schélling con su fe optimista en lo porvenir, anunciando el progreso de la felicidad parejo al de la sociedad. Entrambos incurren en extremos inaceptables. La dicha o desdicha del hombre es en su esencia inmutable, aunque sus manifestaciones varíen. El día en que el verdadero concepto de la historia, el psicológico, se consolide, comprobaremos que no existe ningún motivo de justicia histórica o providencial, ni existe razón alguna para inferir que los hombres de un siglo sean más desventurados o felices que sus antepasados o sus sucesores. Porque si la humanidad del siglo presente es más dichosa por gozar de superior cultura, ¿qué suma de dolores no sufrirían los que hace un centenar de siglos vivieron? Caminad con el pensamiento hacia atrás, y restad por cada progreso no aparecido una suma imaginaria de dicha, y concluiréis que la existencia de

remotas generaciones había de ser tan insufrible que, antes que vivir, se hubieran dejado perecer.

Por otra parte, aunque la dicha humana acreciese al compás de los progresos, como el progreso es indefinidamente perfectible, en cuanto se va realizando gradualmente, y su horizonte final jamás lo descubrirá la mirada del hombre, la perfecta dicha tampoco puede ser alcanzada. *¡Luz, más luz!*, será exclamación eterna en labios de los humanos. Esos genios tutelares de la humanidad, que merecen tener por emblema el águila, la encina, la cumbre de las montañas; esos que, depositando su fe en el ideal, laboran en bien de las futuras generacionos, predicando, como Hérder, la doctrina de que el individuo ha de sacrificarse a la especie y preparar el bienestar de los hombres del futuro; ésos son los más nobles optimistas del ideal, pero también los más ilusos. El progreso no acrecienta la dicha de los humanos, aunque tampoco la disminuye.

Schopenhauer y su discípulo Hártmann aseguran que ni el perfeccionamiento de la libertad que predicen los espiritualistas, ni el triunfo de la justicia profetizado por Kant, ni el de la soberanía de la razón, de Schélling, surgirán del progreso humano. Ninguno de estos tres ideales acabarán por imponerse por la

evolución de los demás ideales. Hártmann, menos radical que su maestro, o con menos fe en sus propias doctrinas, atenúa el pesimismo absoluto de aquél, y lo deriva a un pesimismo relativo, conforme el cual no es ya el mundo esencialmente malo, sino peor únicamente que la no existencia. El discípulo califica de ilusorias las tres concepciones optimistas que acerca de la vida humana han abrigado los hombres: la del paganismo, depositando la dicha en esta misma vida, en consecuencia del desenvolvimiento y perfección de las facultades humanas; la concepción cristiana, colocando la dicha en la vida futura, y la concepción optimista del progreso. Y con Schopenhauer, Nietzsche, Tolstoi y Ruskin, profesa la doctrina, que Rousseau fué el primero en defender, de que el progreso aumenta el infortunio. A la cual agregaba el filósofo de Ginebra, conforme es sabido, la consecuencia de que la humanidad debía de retroceder al pasado, retornar a su infancia, único estado de dicha para el hombre. Opinión que, entre otros muchos, comparte uno de los más reputados economistas y pensadores de nuestro tiempo, lord George: «Creo firmemente—escribe en *Progreso y miseria*, lib. V, cap. II—que si en el umbral de la existencia pudiera elegir el hombre entre vivir formando parte de los guegui-

nos, los negros de Australia, los esquimales del círculo ártico o de las clases bajas de un país civilizadísimo como la Gran Bretaña, haría una elección mucho mejor aceptando la suerte del salvaje.»

## III

En la época contemporánea, en la cual «las antiguas respuestas, negadas o combatidas, dejan el alma presa de la duda, sacudida por el viento de las opiniones contradictorias-conmovida y separada de todos sus apoyos» (1), al pesimismo religioso, popular y poético, únese el pesimismo científico que, apenas nacido, difundióse rápidamente por todas las tierras del viejo continente. Schopenhauer, con su obra *Die Welt als Wille und Vorstellung* (1819), inauguró la nueva escuela.

Como sistema filosófico adolece el pesimismo del defecto común a todos los sistemas de escuela: de estrechez, unilateralidad e intransigencia. Mas, contra la opinión de Huber, que le rechaza como sistema filosófico por la

---

(1) H. Taine, *Les philosophes classiques du XIXe siècle en France* (1856), cap. XI, 1.

inmutabilídad del principio pesimista que «no se transforma a través de los hombres que piensan, ni se enriquece cuando surge un gran espíritu» (1), y contra la objeción de Max Nordau, en *Degeneración*, apoyándose en la necesidad de que el hombre sea el centro y el objeto del universo, sin cuyo fundamental antropocentrismo juzga imposible la construcción científica del pesimismo; frente a ambas, posee éste tal virtualidad sistemática al fundarse sobre la concepción simplicísima de que el mundo está presidido por una inexplicable fatalidad del mal. Esto es, frente a los demás sistemas que consideran el mal como contrario a la naturaleza o indiferente a ésta, sostiene el pesimismo que el mal es la propia esencia de aquélla. Principio, ley y fin del universo es para los pesimistas el mal y, su consiguiente, el dolor. Y tal es el simplicismo absoluto, que ellos, frente a la opinión de Krantz, presentan como un progreso sobre el optimismo. El principio enunciado no entraña una explicación absoluta del universo, mas sí de cuanto la vida humana encierra. «Los sufrimientos son el fondo de toda vida», ha dicho Schopenhauer.

Defecto capital del sistema pesimista es el

(1) *Der Pessimismus* (1876).

de su unilateralidad. El universo y la vida humana no pueden encerrarse en un sistema pesimista ni optimista. No en la cerrazón exclusivista, sino en la amplitud comprensiva, ha de establecerse cualquier sistema aceptable. Mas si aquél es defecto, delirio es el procedimiento de redención de los dolores y males del mundo que los dos principales maestros del pesimismo preconizan: el ascetismo, el celibato universal o la muerte espontánea por inanición, señala Schopenhauer, quien al par rechaza el suicidio porque éste sería una expresión de la voluntad de vivir, que prolongaría la acción del universo; no le satisface a Hártmann tal solución, porque teme que lo inconsciente universal cree un hombre nuevo o semejante, y así concibe y aguarda un suicidio cósmico para el día en que la humanidad, persuadida de la irremediable desdicha de la existencia, acuerde espontánea y unánimemente la destrucción del cosmos. Imagina que, cuando la humanidad haya alcanzado ese estado de vejez, dispondrá de medios físicos, suministrados por la invención científica, capaces de llevar a cabo la total destrucción del universo.

Ni más ni menos reprobable que otros mil sistemas es este moderno del pesimismo. Pero hay que convenir que en el fondo, como todos

los demás sistemas también, encierra una gran verdad: la que anticipó Hégel afirmando que el mal es la causa de todo desenvolvimiento dentro de nuestra especie. «El hombre—había ya declarado Kant—desea la concordia, pero la naturaleza, que sabe mejor lo que es conveniente para la especie, quiere la discordia.» Y luego, toda invención en el campo científico y toda revolución en el social, frutos son en gran parte del escepticismo y del pesimismo; ambos son motores de la investigación y de las reformas. En el Edén pusieren hebreos y cristianos la edad de oro; en los Campos Elíseos, los gentiles; en fecha remota colocó la dichosa edad el Príncipe de los Ingenios, recogiendo la vieja leyenda atribuída a Hesiodo; en lo porvenir, el otro Príncipe, el de la poesía británica. Sólo puede ocurrírsele a los optimistas de sistema descubrirla en el presente. Entre todas, la ciencia de nuestro siglo, si escoge alguna, es la más consoladora concepción del lord británico, creando así, con su pesimista condenación del presente, una energía propulsora.

Otra verdad rotunda, de plena evidencia, encierra el pesimismo, aunque sea éste inadmisible como sistema filosófico: la universalidad del dolor. Puesto que no es posible concebir la dicha sin el dolor, como para admirar

la hermosura del sol necesitamos de la obscuridad de la noche. «El hombre no puede descansar en la alegría», declara Kant, y Stévenson agregará con razón que «no conservar la alegría es perderlo todo». Y claro está que aquella universalidad del dolor implica la universalidad del mal, universal como el bien. «Si no es un mal—escribe Voltaire en una de sus más interesantes piezas filosóficas, *Il faut se resoudre*, XVI—que el único ser de la tierra que posee idea de Dios sea desgraciado por su inteligencia; si no es un mal que el adorador de la divinidad sea casi siempre un injusto y un doliente, que vea la virtud y siga el crimen, que sea tantas veces defraudador y traidor, víctima y verdugo de su prójimo, etcétera, etc.; si todo esto no es un mal espantoso, no sé qué es el mal.» La doctrina que leibnizianos y espinozistas defienden de que el mal es únicamente un «bien menor», me parece cándida cuestión de palabras, si no sofisma para anticiparse a la objeción contra la bondad divina.

Cuando Fichte afirma que éste es el peor de los mundos posibles, sin duda yerra, pero a la zaga del error va igualmente Kuhner (1) al considerar este mundo como el más perfec-

(1) *Kritik des Pessimismus* (1888).

to de los concebibles, y que, desde el punto de vista teológico (¿qué valor, fuera del histórico, puede concederse a este factor?) y antropocéntrico (¿quién se atreve a hablarle a la ciencia moderna de antropocentrismo?), los males conocidos son necesarios para la realización de los destinos de la humanidad. Doctrina antes sostenida, en el extremo teológico, por Leibnitz (1), y que Balmes, en su *Historia de la filosofía*, ha censurado valiéndose de los argumentos de San Anselmo, Santo Tomás, Bossuet y Fenelón, hallando sólo defendible el optimismo relativo: «Al querer Dios escoger entre los mundos que pudiera crear, es necesario suponer un motivo a su elección; y la razón de este motivo sólo puede hallarse en los grados de perfección de los mundos posibles.» De aquí el famoso sistema del optimismo, según el cual nuestro mundo es el más perfecto de los posibles. «Esta teoría —agrega por su cuenta Balmes—se opone al poder divino; y, además, no se funda en razón alguna. ¿Por qué se afirma que Dios debió escoger lo más perfecto? ¿Podía Dios dejar de hacer el mundo? ¿Sí o no? Si podía, se infiere que

---

(1) Leibnitz, *Essais de Theodicée sur la bonté de Dieu, la liberté de l'homme et l'origine du mal* (1710), II, 194.

Dios no está precisado a hacer su obra lo más perfecta posible, porque hasta podía no hacer ninguna, en cuyo caso no habría el mayor grado de perfección, pues no habría ninguno. Si no podía, resulta que la creación es necesaria y el optimismo quita la libertad a Dios. ¿Cómo podemos saber la razón que la sabiduría infinita ha tenido para escoger esto o aquello? En pro de la menor perfección, ¿no puede haber motivo que se oculte a nuestra flaca inteligencia?» Ahora bien: Diderot hubiera, sin duda, argüido al filósofo catalán que si Dios no pudo o no quiso hacer el mundo mejor, ¡sí pudo o debió desear dejarlo en reposo!

En nuestro tiempo, comprendiéndose que el gran problema de la vida es el problema de la felicidad humana, se han hecho converger todos los afanes de la ciencia sobre la vida social, se ha indagado la verdad práctica para mejorar la condición moral y material de la criatura humana. Y en esta generosa orientación del positivismo, que tiene por principio el amor, por base el orden, por fin el progreso, se ha llegado a reemplazar la finalidad de justicia pura e ideal por un práctico concepto materialista que, si persigue el restablecimiento de la justicia objetiva, es para mejorar las condiciones de la existencia social. Este positivismo moderno, cuyo supremo

intérprete es Spéncer, enseña, como el epicureísmo en la antigüedad, que la dicha es el fin de la filosofía, la dicha de cada hombre, es decir, de todos los hombres, así como la razón debe encaminarse a libertar al hombre de los males de la existencia, y proporcionarle cuantos placeres sean compatibles con su salud corporal y espiritual. No se invoca ya la justicia, de otra parte, en nombre de una abstracción ideológica, sino en nombre del supremo derecho a la felicidad. Y trátase por medio de la ciencia de aliviar el sufrimiento de los humanos, persuadidos hoy de que, frente al juicio de Aristóteles, la ciencia es tanto más alta cuanto más útil. Pocos son en nuestro tiempo los que, estimando la supresión del dolor como un ideal negativo, sostengan, cual Poincaré (1), que la investigación de la verdad, sin aplicación práctica, debe ser el objeto principal de nuestra actividad.

## IV

Entremos ahora en el examen del escepticismo. En religión, en moral y en filosofía,

---

(1) H. Poincaré, *El valor de la ciencia,* Introducción.

aparece en nuestro tiempo más acentuado y manifiesto que jamás.

La incredulidad reinante en materias religiosas es, por desventura, bien patente y general. En ciertos órdenes, en el de la beneficencia, por ejemplo, nuestra época es más ideal y fundamentalmente cristiana que ninguna época anterior, pero, en general, prevalecen el positivismo en filosofía y el materialismo en la ciencia. En la primera mitad del siglo XIX ya consideraba Lamennais que la antigua fe estaba extinguida: «Cada uno de los cuatro grandes sistemas religiosos ha tenido su período, más o menos duradero, de poder y gloria. Ahora todos declinan, todos se precipitan conjuntamente hacia una ruina próxima y aun consumada para algunos» (1). Y el conde de Maistre, el fundador del ultramontanismo, confesaba que Europa no tenía ya religión, que el cristianismo estaba aniquilado hasta en los países católicos, por no responder la religión tradicional a las necesidades sociales. La segunda mitad del siglo XIX y las dos décadas del presente no han hecho

---

(1) Véase *Reflexions sur l'état de l'église en France pendant le XVIIIe siècle, et sa situation actuelle* (1808) y *Essai sur l'indifférence en matière de religion* (1817-1823).

sino confirmar sus palabras. Apenas hay tratadista que no señale la decadencia de las religiones positivas, si no del espíriture ligioso, en nuestro tiempo (1). Una de las notas características de la literatura contemporánea es también la incredulidad; desde aquellas tremendas palabras de Heine: «Nuestros corazones se angustian movidos de una piadosa tristeza, al pensar que el viejo Jehová se prepara a morir... ¡Nada ha podido salvarle! ¿No oís tocar la campanilla? ¡De rodillas! ¡se administran los sacramentos a un dios que muere!», hasta la sobadísima frase de Anatole France: «El catolicismo no es otra cosa actualmente que la forma más elegante de la indiferencia religiosa», apenas si se encuentra literato de renombre con centellas de fe.

Claro está, que el cristianismo ni ha muerto ni podrá morir; porque su esencia es inmortal. Cristianismo es el fondo de sentimien-

---

(1) Bunsen, *Hyppolitus und Seine Zeit* (1852-1853); Renán, *Etudes d'histoire religieuse* (1857); Schérer, *Melanges de critique religieuse* (1860); Reville, *Essais de critique religieuse* (1860); Dollinger, *Kirche und Kirchen Papstthum und Kirchenstaat* (1861), obra capital por su documentación; Rothe, *Le disciple de Jésus-Christ* (1865); Vacherot, *La Religion* (1868); Burnouf, *Le catholicisme contemporain* (1879); Róbertson, *A Short History of Freethought* (1899), etc.

tos altruístas que contiene nuestra civilización; cristianismo es ese desenvolvimiento prodigioso alcanzado en la esfera de los derechos individuales; cristianismo, la proscripción de la tortura en los procedimientos penales, y la tolerancia religiosa, la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, la extinción de los privilegios tributarios y políticos, y suprema encarnación del ideal cristiano la caridad de nuestro tiempo para el enfermo, el loco, el desvalido. La religión interior y moral que predicó Jesús nunca ha hallado más fuerte eco en las conciencias. Jamás se ha inspirado la tendencia social, tanto como hoy, en los Evangelios.

No son los principios ni las enseñanzas del Nazareno lo que hoy está en decadencia, ni es el amor a su obra ni la fe en su misión. Lo que se cuartea es el edificio que los hombres, obedeciendo a razones de momento, y como tales transitorias, imponiendo sus personales opiniones, han levantado sobre los divinos cimientos del verbo del Salvador. La decadencia religiosa, especialmente en los países católicos, consiste en negar su fe a aquellos elementos transitorios y postizos que resultan incompatibles con el progreso intelectual y social del presente. Es que la religión positiva no se reajusta sino tardíamente a las ne-

cesidades sociales. Acaba por reajustarse y transigir con el progreso, pero no a tiempo. La historia se repite: lo que pasa en nuestro tiempo tuvo ya ejemplo en el Renacimiento. Entonces, cuando se declaró que la ciencia humana era locura y chanza, y se prohibían las investigaciones anatómicas a causa del dogma de la resurrección de los cuerpos, y se quería reemplazar el tratamiento médico con rogativas y el contacto de reliquias, y se condenaba el uso del telescopio porque permitía al hombre ver más lejos que Dios quiso permitirle al organizar el ojo humano, y se excomulgan las doctrinas de Copérnico y Képler relativas al movimiento de los cuerpos celestes, y se persigue a Galileo por descubrir las leyes fundamentales de la dinámica, y niegan que la Tierra sea redonda; entonces vino aquella tremenda crisis del mundo cristiano que acabó a poco en la Reforma. El cristianismo siguió triunfante, y la iglesia no tuvo más remedio que ajustarse al nuevo orden de cosas. Pero lo hizo demasiado tarde, cuando Roma había perdido ya su imperio sobre medio mundo.

En nuestro tiempo vemos repetirse el mismo fenómeno. Ante la democracia política, continúa proclamando la monarquía patrimonial y de derecho divino; condena el libera-

lismo y el socialismo, aunque, como muestra la Iglesia belga, comienza ya a transigir con ambos; denuncia la doctrina, universalmente aceptada, de que la libertad de cultos constituya un derecho del hombre; frente a la curiosidad intelectual, tan característica del presente, condena el libre examen, como si la verdad conocida por nosotros mismos no debiera preferirse a toda autoridad humana, y declara que están sujetos a excomunión *latae sententia* quienes lean libros no conformes con el dogma y la doctrina católica; y, finalmente, cuando el mundo proclama la soberanía de la razón, aunque teniendo en ella menos fe que nunca, la Iglesia declara el principio de la infalibilidad.

De esta antítesis debe de provenir lo que se ha dado en llamar decadencia religiosa del catolicismo. Pero en el fondo no hay tal decadencia, pues aun alienta en las almas esa fe en el inmortal seguro, sino falta de concordancia, necesidad de reajuste.

## V

Los grandes problemas del destino humano, que a la filosofía toca resolver, permanecen sin solución. En el frontispicio de las aca-

demias continúa sin borrarse el *ignoramus*. De la descomunal balumba de sistemas filosóficos y morales quedan pensamientos aislados, pero no doctrina orgánica que a todos satisfaga y convenza. «La ciencia necesita una justificación. Preguntad a los filósofos antiguos y modernos; ninguno se percata de que necesita justificación. En todos hay esta laguna. ¿Por qué? Es que el ideal ascético ha dominado en todas las filosofías, y la verdad fué puesta como esencia, como dios, y no como problema» (1). Esto podría explicar, hasta cierto punto, el fracaso del método especulativo para resolver los problemas fundamentales; pero hay todavía una razón más poderosa para explicar el fracaso de la filosofía. La unidad de las ciencias, que constituye la materia propia de la filosofía, no se ha realizado. Y ésta no puede ser, respecto de tal unidad, sino una construcción *a posteriori*.

La historia de la filosofía comprueba que filosofar es, no ya dudar, sino errar. De viajes al país de la verdad, en los que el viajero se extravía siempre, ha calificado Bonald los sistemas filosóficos. Mientras la ciencia, que estudia las cosas, progresa de modo increíble, la filosofía, que estudia las ideas, permanece

(1) Nietzsche, *La genealogía de la moral*, cap. III.

estacionaria. Cuando una de las ramas de la antigua filosofía llega a lograr positivo desarrollo, se emancipa y constituye una nueva ciencia. Tal es el caso, por ejemplo, de la psicología experimental. Así, lo que continúa formando el contenido de la filosofía—la filosofía general, la lógica y la metafísica—apenas si ha avanzado un paso desde los tiempos de Aristóteles. El sentido de la causalidad, que constituye el más positivo avance de la mentalidad moderna, ha aprovechado en el cultivo de todas las ciencias, menos en el de la filosofía.

Todas las ciencias han adquirido, como sabemos, un desarrollo estupendo en los dos últimos siglos. Sobre la sólida base de los descubrimientos matemáticos y mecánicos de los siglos XVII y XVIII, y los químicos y eléctricos de fines del XVIII, se descubre en el pasado siglo la naturaleza de los meteoros, apareciendo con esto la valiosa rama científica que Meunier denomina *geología comparada*; se comprueban, y aprovechan en la industria, las relaciones del calor con el movimiento y su equivalente mecánico; con el descubrimiento del planeta Neptuno se confirma la ley de las masas; fúndase la *astronomía física*, con el descubrimiento del análisis espectral; se enuncia la teoría cinética de los gases; los ra-

yos X, las transformaciones nutritivas de los animales y las plantas, el nuevo gas de aire, la fabricación industrial del acetileno, el horno eléctrico de Moissán, los experimentos sintéticos de las substancias orgánicas, la *patología celular*, a consecuencia de haberse descubierto la célula como elemento primordial de los seres organizados; la revelación del protoplasma, el descubrimiento de los fenómenos íntimos de la reproducción, y de cómo el nervio animal es generador, además de conductor, de la electricidad; la *anatomía patológica*, la *histología patológica*, la auscultación, las inyecciones subcutáneas, el descubrimiento de los organismos patógenos, que da lugar a la aplicación de antisépticos y anestésicos; la sueroterapia, la electroterapia, la vacunación antirrábica, la ciencia biológica, la telegrafía, la telefonía, la fonografía, la fotografía, el cinematógrafo, la aerostación, la navegación submarina, triunfales creaciones o descubrimientos son de los dos últimos siglos. Pero mientras todas las ciencias progresan, sólo una, la que se tuvo por madre de todas ellas, permanece inmutable: la filosofía. Se arrancan secretos al misterio del universo, pero no se averiguan los del mundo moral ni se resuelven los grandes problemas del destino humano.

«Creemos invencible para siempre el escepticismo—ha escrito Jouffroy—, porque lo consideramos como la última palabra de la razón sobre sí misma» (1). Y porque la humanidad se conoce hoy mejor que nunca, prevalece el escepticismo. Acrecentado éste por las contradicciones sustantivas del mundo moderno, que nos alejan cada día más del ideal ético.

De las innumerables teorías filosóficas que se disputan la verdad ética, la que concebida por Béntham, ennoblecida por Stuart Mill—que exige desinterés y sacrificio—, y remozada por Spéncer, con su concepción evolucionista, que predice el triunfo gradual de los sentimientos altruístas sobre los egoístas, parece la más conforme con la naturaleza humana, y es desde luego la que mayor boga gozó en el siglo XIX; y con todo, no satisface. No cabe desechar la doctrina de que la bondad de un acto depende de su utilidad prevista e inteligente; es decir, que examinado desde cualquier punto de vista ofrezca mayores ventajas que inconvenientes, y que esta utilidad sea conocida por el agente qne la promueve. Mas esta doctrina adolece, como sistema, de establecerse, no sobre principios,

(1) *Melanges philosophiques* (1833), pág. 219.

sino sobre consecuencias. El positivismo va perdiendo terreno. Y perdido del todo lo tiene desde antes el de la moral teológica. Como ha dicho Jouffroy, «la moral no depende de la teodicea: es posible concebir el bien sin concebir a Dios» (1). La moral filosófica ha de revestir el carácter de universalidad de la ciencia. La moral repudia toda entidad teológica, lo mismo que rechaza todo elemento metafísico. La moral no puede fundarse sobre agentes sobrenaturales ni fuerzas abstractas. Una ciencia que se basa en lo que es inaccesible al espíritu humano, no puede ser ciencia, sino quimera. Entre los sistemas de moral altruístas o sentimentales, concebidos por Hútcheson (benevolencia), Adam Smith (simpatía) y Augusto Comte (amor a los demás), es este último el que aparece presentado de modo más sólido y sistemático. Pero envuelve un altruísmo excesivo, injusto e impracticable, puesto que anula el derecho individual e implica el sacrificio recíproco, y a nadie, por tanto, es provechoso.

Teoría que hoy encuentra ardientes defensores es el de la moral natural. Se la proclama como la única inmutable a través del tiempo y del espacio, porque en sí misma lle-

(1) *Cours de droit naturel*, lec. II.

va la sanción de los actos humanos, independientemente de las concepciones sociales y jurídicas. La naturaleza, dicen, sanciona todo acto con las consecuencias que de él se derivan. A todo fenómeno subsiguen derivaciones que ocasionan el bien o el mal que a su esencia moral o inmoral correspondan. De igual modo sucede con los actos humanos. Esta doctrina parte de un supuesto inadmisible: que la naturaleza sea moral. Y la naturaleza ni es moral ni inmoral, puesto que en sus sanciones no atiende a la intención del agente. Ella procede con absoluta indiferencia del bien o del mal. No puede negarse que el hombre es naturalmente moral, mas no con moralidad conformada a un tipo permanente e inmutable, sino que su condición ética consiste en una natural predisposición a adaptarse a la moral establecida. Alienta en el hombre la natural inclinación a cumplir la regla de conducta moral que la sociedad le trace. Pero ni la naturaleza exterior, ni el corazón, ni el cerebro, le señalan esa regla de conducta. «Es más fácil cumplir nuestros deberes—oímos decir—que saber en qué consistan.» El criterio de Kant para descubrir la ley moral, el imperativo categórico de la conciencia, que representa el término más absoluto de la moral intuitiva o natural, no puede servir de

guía. ¿Cómo entregarnos al imperativo categórico cuando recordamos las iniquidades históricas sancionadas por la conciencia colectiva de ciertas épocas? ¿Bastaría que la criatura atendiese al imperativo de su conciencia moral, de este *hombre interior*, como la denomina San Agustín, para realizar el bien? ¿Puede admitirse que el hombre, renunciando a conocer el porqué de este imperativo, deba obrar intuitivamente, aun en la aventurada hipótesis de que estas intuiciones revistan un carácter de universalidad? La volubilidad del espíritu humano, las mudanzas que sufre bajo la acción del tiempo y de las influencias del mundo exterior, que no sólo diferencia a los hombres, sino al hombre de hoy del hombre de ayer—«de alguno que viste ayer puede preguntarse hoy: ¿quién es? Tanto ha cambiado» (1)—, hacen imposible la existencia de un permanente concepto moral que no tenga más apoyo que el de la conciencia.

Prodúcese en la ética el mismo fenómeno de relatividad y mutabilidad que en la estética. Y en ningún orden se evidencia más claramente que en el jurídico lo relativo y transitorio de los conceptos morales.

---

(1) Séneca, *Epístolas morales*, CXX.

Cuando la escuela italiana vino a rectificar los errores del viejo espiritualismo jurídico, ya se había comenzado a estudiar el sujeto del delito antropológica y socialmente, pero no se había tratado aún de indagar la naturaleza íntima del delito. La escuela italiana lo ha intentado, pero sin obtener otras conclusiones que las desde antiguo conocidas, sin determinar en qué consista el delito natural.

Si estudiamos el delito a partir del instante en que la ley lo declara, y admitimos lo que en él ha visto el legislador, cómodamente puede establecerse la división primordial de delitos *juris naturalis* y legales. Pero determinar el delito conforme un principio ético, es empresa menos sencilla. ¿Hay delitos naturales? En caso afirmativo, ¿qué criterio apoya el presente término de la clasificación penal?

Unos entienden por delitos naturales aquellos que condena la conciencia social. Para otros, tales delitos son los que van contra la propiedad o la vida de las personas. Pero, históricamente, ninguno de ellos da la clave del delito natural. La historia nos revela que actos condenados como gravísimos por la conciencia social en una época, fueron en otra considerados permisibles y aun morales. Y así vemos que el incesto y el adulterio se han calificado de laudables. En Persia juzgábase

un crimen abominable la unión con persona infiel, permitiéndose la celebrada entre madre e hijo. En la India, el bracmán que causaba la muerte a un hombre de otra casta no era castigado. El robo, el fraude y el asesinato se han considerado en Nueva Caledonia como diversiones familiares. En Vate, según Wilkes, «es una vergüenza para la familia de un jefe de edad no enterrarle vivo.» «Preguntaba Darío a algunos griegos a que precio querrían adoptar la costumbre de los indios, que se comen a sus padres cuando mueren, por estimar que éstos no pueden hallar sepultura mejor que sus mismos cuerpos. Respondiéronle que por nada en el mundo harían tal enormidad. Y habiendo intentado persuadir a los indios para que abandonasen aquella costumbre y adoptaran la de los griegos, los cuales quemaban los cadáveres de sus padres, rechazaron la idea con horror» (1). Aun en nuestro tiempo, en que tan grande uniformidad se ha logrado en las instituciones, conceptos morales y legislación, existen notables disentimientos respecto a la naturaleza de ciertas acciones, como el adulterio, por ejemplo, que, condenado con el más duro rigor en ciertos países (Bélgica, Italia, España, Portugal, Sue-

(1) Montaigne, *Ensayos*, lib. I, cap. XXII.

cia, Dinamarca, Austria), no lleva aparejado en otros responsabilidad penal alguna (Cantón de Ginebra, Inglaterra, Estado de Nueva York).

Ni la historia ni la filosofía jurídica nos dan una conclusión definitiva sobre el delito *juris naturalis*. «Preguntad a un legislador: ¿qué es el delito?, y os mirará con asombro, tratando en vano de daros una definición que no conoce. Pero ¿quién definió justamente el delito? Buscad en los tratados y hallaréis centenares de definiciones, todas diferentes y todas equivocadas... Pero ¿quién puede definir lo indefinible? Para la burguesía dominante, es delito todo lo que a ella disgusta; delito para el proletariado mártir es aquello que la burguesía halla glorioso; delito es robar una peseta a un millonario, y no es delito dejar morir de hambre al pobre que se tiende a la puerta de nuestra casa; delito es matar al hombre que os persigue, y no lo es matarlos a millares en los campos de batalla; delito es corromper a una pobre criatura en sitio público, y no lo es en privado; delito es decir la verdad y decir la mentira... Y ahora, señores legisladores, filósofos, definidnos el delito. Pero la verdad verdadera, que nadie se atreve a decir, porque de decirla y aceptarla derrumbaría todo el estado de desorden del presente, es ésta: *el deli-*

*to no existe*. Existen las enfermedades mentales, existen las rudas necesidades que hoy empujan a tantos desgraciados por el camino de la locura a cometer actos de que no son responsables; pero el delito no existe» (1).

Garófalo no cree imposible obtener la noción del delito natural, y formar un catálogo de hechos universalmente condenados y punibles, sin tener en cuenta tiempo ni lugar. Mas juzga preciso sustituir el análisis de las acciones por el de los sentimientos. «El crimen es siempre una acción nociva que ataca a alguno de los sentimientos que se ha convenido en llamar el sentido moral de una agrupación humana.» Pero tal criterio nos parece tan inseguro como los demás. El sentimiento no puede ser conocido ni analizado sino en cuanto se traduce en el exterior mediante actos. De manera que los sentimientos o no se revelan, y es imposible conocerlos, o se revelan, y en este caso hemos de atender a los actos. Desechar, pues, las acciones humanas para analizar los sentimientos, a fin de indagar el delito natural, constituye, como expresa Vaccaro, una cándida cuestión de palabras.

La razón humana puede llegar, mediante

---

(1) L. Molinari, *El ocaso del Derecho penal*, cap. III.

comparaciones, a establecer un orden moral. Mas este orden moral está sometido a la transición y mudanza que impone la evolución social. Por ello, cabe considerar la moral como una página en blanco que cada pueblo, cada época y aun cada hombre llena como piensa; ya que el orden moral, a semejanza del físico, está sujeto a una ley ineludible de renovación. Galba ve en el derecho la imagen y la vida de los pueblos. Y esto puede extenderse a la moral. La ley moral, colocada como humana ley al fin bajo la advocación del *deus eventus*, ha de seguir el giro de los tiempos.

La gran dificultad no está en enunciar un principio verdaderamente universal, sino en aclarar su contenido. Se habla de una intangible ley moral, del imperativo de la conciencia, de la idea absoluta del bien, de la razón como luz de nuestra conducta. Mas todo ello resulta vago e indefinible a la hora de su aplicación. Escójase cualquier principio evidente. Verbigracia: *la justicia consiste en dar a cada uno lo suyo*. El principio no puede ser más claro y universalmente aceptado. La conciencia humana lo ha admitido siempre en todo tiempo y lugar. Pero ¿qué es lo que a cada uno pertenece, *lo suyo?* Cada época, cada pueblo y cada hombre dará una respuesta diferente. Y si todos están de acuerdo en el principio, nin-

guno lo está en el alcance que deba darse a su contenido. Justicia, libertad, igualdad, nobles palabras; pero ¿de qué manera adoptar estas fórmulas que han satisfecho a todos los tiempos, Buda, Zoroastro, Jesús, Renacimiento, Reforma, 1682, 1789, y que han simbolizado la panacea de todos los males sociales? ¿En qué consiste la igualdad? ¿Cómo conciliarla con la justicia? ¿Cómo pueden coexistir la libertad y la igualdad? ¿Cómo acoplar la igualdad de hecho a la igualdad de derecho? ¿Y cómo darles realidad?

La ciencia de la moral es, sin duda, la que más interesa al hombre. Por su carácter de plenitud, que bien puede llamársele *la ciencia humana*, sólo puede cimentarse sólidamente sobre las cuatro ciencias que estudian al hombre: la psicología, la fisiología, la higiene y la sociología. Vida psíquica, vida fisiológica, vida social y vida moral, son las integrales de la vida humana en toda su amplitud. La actividad moral no es sino un conjunto de funciones espirituales, fisiológicas y sociales del hombre. Hasta nuestros días no ha podido fundarse la ciencia de la moral, por haberse hallado fuera de la órbita científica dos ramas del saber, necesarias para la formación de aquella ciencia: la sociología, apenas nacida ayer, y la psicología, que como verdadera

ciencia no se constituye hasta la aparición de la psicología experimental en el pasado siglo. Cuando el progreso de las enunciadas ciencias nos permita conocer psicológica, fisiológica y socialmente al hombre real, entonces será hora de establecer científicamente un sistema de moral. El antiguo moralista ha sido metafísico, teólogo o filósofo. El verdadero moralista será psicólogo, fisiólogo y sociólogo. «¡Adelante! — repitamos con Nietzsche —, nuestra vieja moral pertenece también al dominio de la comedia.»

# CAMPOAMOR

Entre las figuras literarias de la España contemporánea, destácase con cierto relieve la de este anciano bonachón, plácido y satírico, de patillas serranas, apuesto y gallardo continente, que se llamó don Ramón de Campoamor. Realista y escéptico, que sólo cree «en lo único en que se debe creer, que es en las ideas», somete a una disección crítica los valores especulativos y poéticos tradicionales, y esto con tal ecuanimidad e ingenio, que apenas lastima, y más bien hace sonreír a los ortodoxos de la moral, la metafísica y el arte.

En Campoamor, como en el norteamericano Emerson, encontramos al iniciador de nuevas orientaciones literarias, que al ritmo del sentimiento poético acompaña el ritmo del pensamiento filosófico, con su lirismo *realista*, di-

dáctico y trascendental. «Campoamor—escribía bastante lisonjero don Manuel de la Revilla en la *Revista Contemporánea* de febrero de 1877—ha verificado una profunda revolución en nuestra literatura, y ha logrado ser digno de figurar en el número de esos atrevidos innovadores que son punto de partida de una época literaria. Su influencia e importancia en la historia de nuestra lírica serán por esto no menos grandes que las de Boscán y Garcilaso, Quintana y Espronceda. El autor de las *Doloras* y los *Pequeños poemas* es uno de los poetas más originales, innovadores y profundos; uno de los espíritus más revolucionarios, y una de las inteligencias más poderosas de nuestra patria, y su nombre ilustre y sus producciones admirables serán el lábaro poético de la nueva generación, como su numen ha sido el de la nueva idea.» Y no sólo revolucionario en el fondo; fuélo también en la forma, hasta codearse con los anarquistas de la Preceptiva, dando mayor desenfado y naturalidad a la expresión literaria. Cuando a bien lo tenía, apartábase con el mayor desembarazo de esas «reglas de una Retórica convenida en la cual—declaraba—yo nunca he podido convenir».

Como Lord Byron, «despertó una mañana y se encontró famoso». Apenas si tuvo que lu-

char, y apenas si este hombre de corazón de oro tuvo enemigos; aun los que pudieran haberlo sido—los recalcitrantes en ideas y los puristas de la moral y el dogma—quedaban desarmados por la forma amable y hábil de sus ataques. «Damas aristocráticas—escribe Revilla en la mencionada publicación—que contribuyen al dinero de San Pedro y son enemigas del artículo 11; gentes que se cuentan en el número de las personas sensatas *que tienen que perder;* niñas románticas y llenas de ilusiones, devoran con placer estas máximas que en otros labios les parecerían impías, escandalosas y dignas de anatema.» Y el señor Pidal y Mon, que cual apóstol bíblico, guardián del dogma y la ética, arremete colérico contra el poeta, en el prefacio a *Ternezas y flores* (1840), confiesa con dolor que «viejos, y mozos, y viudas, y doncellas, aspiran sonriendo los mortales y embriagadores perfumes de las vistosas flores de su ingenio». Plácido y regocijado, pensador y artista, ingenuo, picaresco, fué Campoamor, y sigue siendo, el poeta de las bellas que se mueren de mal de amores, cuyas mejillas arrebola con su picante malicia, al par que las consuela; fué y sigue siendo el poeta de los ancianos, a quienes con ternura y blanda emoción les habla lenguaje fraterno, y el cantor de los niños, que adora;

fué y continúa siendo el poeta de todos, aquel que, conforme Hartley Dewart, se postra ante el altar de la Naturaleza:

> To offer reverent worship for his race;
> To coin in burning language golden truths,
> Bodied in nature's hieroglyphic forms;
> And to word the grateful joy and trusting love
> And hope, which thousands feel but cannot speak.

Aun saborean nuestras mocitas la miel de sus estrofas, y no hay muchacho que no recite sus versos rutilantes, ni anciano que no pronuncie con unción su nombre. Poeta, clavó los ojos en las lontananzas azules del ensueño; filósofo, supo leer muchas cosas del Misterio y platicar a ratos con la Esfinge; humorista, encaróse con la vida, risueño y bonachón, y le dijo socarronamente, con imperceptible dejo de amargura, todo lo malá que es. No cabe duda que fué escéptico: en su obra chispean a veces rasgos, frivolidades que hielan, decires que se meten alma adentro como daga florentina; escéptico que nos extasía ante un rosal y luego, de repente, con un detalle, con un tallo curvado, nos evoca la guadaña; parece acecharnos para después, en pleno entusiasmo, enfriarnos el alma con una leve sonrisa de ironía. El opulento rimador de los poemas, de verbo robusto y grandilocuente; el jugoso poeta de las doloras; el jo-

vial y lozano de las humoradas, fué en verdad poeta amado de las Gracias; las musas, embrujadas con su arte, le otorgaron el don magnífico de cincelar estrofas que hablan al corazón del pueblo.

Así como de cierto naturalista o geólogo, tal vez Linneo, se ha dicho que vió a través de la tierra, de Campoamor pudiera decirse que buceó como pocos en el reino de las almas. Casi pasma su conocimiento del mundo y de la humana naturaleza. Este viejecito que vió tanto, que tanto leyó en los espíritus, había de ser forzosamente un irónico y un escéptico. Porque era al par demasiado filósofo para sentir la vida al modo de la tragedia. De ahí, de su conocimiento del mundo, proviene esa paternal benevolencia para con los vicios, esa crítica ecuánime del error y el mal, ese perdonarlo todo porque todo lo comprendía. «Su moral es tan blanda—expresa Valera en *Estudios críticos sobre literatura*—que cuando se pone serio y nos reconviene, no asusta ni a los niños de escuela.» Bajo capa de humorista, es en realidad filósofo pagano, bonachón en vez de austero, que está más allá del bien y del mal. Y semeja repetir constantemente el *¡todo es vanidad!* del Eclesiastés, con una sonrisa de hombre satisfecho de la vida. Tiene el escepticismo, la ironía y el optimis-

mo de un neopagano del Renacimiento. No importa que nos diga:

En mi vida infeliz paso las horas,
mientras llega la muerte,
convirtiendo en doloras
las tristes ironías de la suerte,

porque ésta no le fué nada ingrata. Ni hay que tomarle en serio cuando exclama con acento patético:

¡Ay! feliz el que olvida,
que en el mundo no hay dicha verdadera;
y dichoso también el que en la vida
sufre, llora y trabaja, ¡pero espera!
¡Esperar! ¡esperar! ¿Tendré la suerte
de encontrar la ventura apetecida,
al librarme la muerte
de este abierto presidio de la vida?

No, no hay que creerle aunque él lo diga; en sus restantes poesías nos deja entrever lo contrario; de casi todas ellas mana flúidamente el optimismo, algo amargo, cierto, pero al fin optimismo. Aquella confesión:

Es mi fe tan cumplida,
que adoro a Dios aunque me dió la vida,

trasciende a pura literatura. Cuando se muestra optimista es cuando vemos al hombre fuera del oficio. Aun cuando se ponga sentimen-

tal y nos diga cosas conmovedoramente tristes y bellas—sin llegar a llorón, por supuesto—, deja trascender su risueña musa, y si escribe endechas tristes son como aquellas del inmortal ingenio: «tristes, que cantándolas encanten, y llorándolas alegren».

Después de familiarizarse con la obra poética de Campoamor, nadie le juzgará como una de esas *cajas de música* de que habla Emerson: nuestro poeta siempre tuvo algo sustancioso que decir, algo que, por ligero que parezca a primera vista, encierra una enseñanza provechosa, un aviso o comentario, una idea que no perdería valor alguno, aparte el musical, al trasladarse en prosa. A continuación va una muestra, si bien cabría citar con igual título, poesía por poesía, casi toda la labor campoamoriana: está tomada de su poema *La música:*

I

Responde, Carmencita encantadora:
un pájaro que canta, ¿rie o llora?
Lo digo porque oyendo la dulzura
del ruiseñor que canta en la espesura,
tú sonríes, tu hermana se divierte,
tu madre os mira a entrambas con encanto;
y pensamos, al son de un mismo canto,
tu padre en vuestro amor y yo en la muerte.

II

¡Ay! ¿por qué ríes cuando yo me quejo?
¡Es para mi alma un insondable abismo
el que haga un ruiseñor a un tiempo mismo
reír a un niño y sollozar a un viejo!
Y es que, seguramente,
la música es un hada complaciente
de nuestra dicha amiga,
que dice solamente
lo que quiere nuestra alma que nos diga.
Por eso, al lisonjear su melodía
con más fe al corazón que a la cabeza,
dando al triste tristeza,
aumenta del contento la alegría;
y por eso, al oírla, convertimos
la fría realidad en ilusiones;
pues al recuerdo de sus buenos días,
ponen en cuanto oímos
los ojos de nuestra alma sus visiones,
nuestro oído interior sus armonías...

Y continúa rimando cosas muy lindas y jugosas:

Ella es la musa que el amor provoca,
pues buscando un esclavo, o acaso un dueño,
todo el que canta o toca,
si no ama en realidad, ama algún sueño...

Diciéndonos del amor que es una armonía:

que hoy se canta y el aire se la lleva;
y que luego, mañana o el otro día,
con nuevo ardor la misma melodía
la vuelve a repetir otra vez nueva;

y así, en curso variable,
cuando nace, se espacia, se disuelve,
y, en giro interminable,
lo que del aire viene al aire vuelve.
Y en raudo movimiento
se disipa en el viento
lo que en el viento por amor vivía:
¡ideas, armonías, sentimiento,
flores, músicas, luz y poesía!

Tiene doloras que valen por un cursillo de filosofía, en particular del *ars amatoria;* aquella, verbigracia, que nos enseña que:

Todo en amor es triste;
mas, triste y todo, es lo mejor que existe,

o esta otra, que tanta ciencia ovidiana del amor entraña:

Por más que me avergüenza, y que lo lloro,
no te amé buena y pérfida te adoro.

Y si no, la siguiente lozana y fácil:

I

Porque lleno de amor te mandé un día
una rosa entre fresas, Juana mía,
tu boca, con que a todos embelesas,
besó la rosa sin comer las fresas.

II

Al mes de tu pasión, una mañana
te envié otra rosa entre las fresas, Juana;
mas tu boca, con ansia, y no amorosa,
comió las fresas sin besar la rosa.

En negocios de amor, nada parece ignorar. Y *como en cosas de amor yo lo sé todo...* sus consejos a las mocitas casaderas y enamoradas son inestimables. Muestra de encantadora frivolidad exterior y aguda intención es la dolora *Amar al vuelo:*

.................................
Sigue el plan a que te exhorto,
amando al vuelo; hazte cargo
que el viaje es largo, ¡muy largo!...
y el tiempo corto, ¡muy corto!...
Sé ligera, no traidora;
sopla el fuego que no abrasa;
quiere como el que no quiere;
sea siempre como ahora,
tu llanto nube que pasa,
tu risa luz que no muere;
ama mucho, mas de modo
que estés siempre enamorada
de un cierto todo que es nada,
de un cierto nada que es todo.
Si ríes, olvida el duelo;
si lloras, pasa a la risa;
así... de prisa, de prisa,
todo al vuelo, todo al vuelo.

A veces, la musa de Campoamor raya en fuerza de picante malicia en un si es o no liviana. Así lo anota al final del siguiente juicio sobre el poeta astur, don Alejandro Pidal y Mon, en el precitado prólogo: «Este loco de atar, literariamente hablando, tiene lucidos

momentos en que se levanta a toda la altura de sus prodigiosas facultades. Entonces, poeta, su musa irritada tiene acentos proféticos dignos de la lira de Israel; filósofo, su mente fulgura con las iluminaciones espiritualistas y escupe fórmulas que parecen sentencias de Pascal... Su palabra, tajante como una hoja toledana, penetra hasta la medula de los huesos, y deslumbra, al caer, los ojos. Su estilo, semejante al cincel del escultor, labra en el ánimo más endurecido la reproducción de sus afectos. Entonces se ve la fuerza que puso Dios en aquella cabeza extraordinaria. Subyuga y avasalla su estro potente... Pero todo esto es un relámpago pasajero y fugaz; como si le molestase ostentar las energías de su naturaleza, corre a deponer la clave, como Hércules afeminado, para empuñar la rueca, reposando su cabeza sobre la liviandad ataviada con los atributos de una musa.» Como se ve, nada más lisonjero ni más ceñudo al propio tiempo. Y en otro pasaje agrega: «Como poeta, lo es de nacimiento. Eslo, además, porque *piensa* tanto como *siente*, aun cuando piensa generalmente mal.» Naturalmente, no era el apostólico don Alejandro, quien a todas horas parecía estar recordando a los humanos, con aire de profeta, la bestia del Apocalipsis, el llamado a fallar impar-

cialmente la obra de Campoamor: representaban los dos polos de las ideas españolas. Sin embargo, al carmenar tan áspero al poeta que reposa la cabeza «sobre la liviandad ataviada con los atributos de una musa», no le faltaba su poquita razón. Pues semeja imposible que la musa venerable que con sencillez sublime cantó:

¡Es un sueño de amor su triste historia!
Nació, fué amable, candorosa y bella.
Amó, reinó, murió, se abrió la gloria,
entró, y el cielo se cerró tras ella,

y en otro lugar inspira este delicado pensamiento:

La cuna y el altar son dos moradas
donde viven las madres prosternadas;

imposible parece, repetimos, que fuese la misma que en la siguiente humorada, y no de las más recargaditas de mostaza, le hiciera exclamar:

Se asombra con muchisima inocencia
de cosas que aprendió por experiencia,

o esta otra, que, a ser posible, la diríamos en secreto:

Ya sé que con formal empeño
soñaste en resistir, pero fué un sueño.

En composiciones de carácter amatorio, dos versos tiene nuestro vate que no pudiera haberlos escrito sino él, y que retratan al poeta y al hombre:

Las hijas de las madres que amé tanto
¡me besan ya como se besa a un santo!

Quien conociera a Campoamor y leyera sin firma tal melancólico arranque, no vacilaría en atribuírselo a este ingenio que rindió en la poesía y en la vida férvido culto al amor. Y ni la vejez ni los achaques le impedían al galante octogenario el susurrar discretamente algo muy expresivo, al oído, a cierta Amalia de sus pecados:

Tengo, Amalia, un secreto aqui escondido
que me hará enloquecer:
escúchale... más cerca... así, al oido:
«Aunque soy ya tan viejo, has de saber...»

Que Campoamor sólo creyó en las ideas (y esto tampoco con muchísimo calor:

¿Qué ha conseguido al fin la ciencia mia?
dudar y más dudar...)

es, aparte su propia confesión, bien patente. Y así le oímos exclamar con triste acento:

¡Quién de su pecho desterrar pudiera
la duda, nuestra eterna compañera!

Si bien en otra humorada, hablando de su fe, nos dice:

Es mi fe tan cumplida,
que adoro a Dios, aunque me dió la vida.

Desde luego, esto de adorar a Dios puede ser tan pagano como cristiano, y reducirse al fin de cuentas a malísima fe desde el punto de vista católico. En sus poemas resulta creyente unas veces; incrédulo, rematadamente incrédulo, casi siempre; más nos sorprende su tono místico que sus sonrisitas volterianas. Como en todos los poetas, nótase en él, ya en materias religiosas, ya en las profanas, abundantes contradicciones. Es difícil toparse con un poeta que lleve debajo del brazo la *Lógica* de Hégel. Todos, punto más o menos, adolecen de la misma inconsecuencia espiritual. Cantan al acorde de mudables y pasajeros estados de ánimo sus impresiones del momento. Pedirle lógica y constancia al poeta, que más que nada por la imaginación y el sentimiento se rige, sería mucho pedir; e imponerle las frías reglas de la lógica equivaldría a ponerle puertas al campo. Claro está que en el curso de una labor poética, cabe, y desde luego existe tratándose de grandes poetas, trabazón de ideas, sistema, lógica espiritual. Y juzgado por la totalidad de su obra,

don Ramón de Campoamor era un muy amable hereje. Basta recordar los tremebundos apóstrofes que en alguna ocasión tuvieron para él los píos católicos, apostólicos, romanos, de ambos sexos, nuestros pilares del dogma, beatos y beatas gruñones que lo pusieron verde, verde como los tales y las tales estaban de ira. Para el rebelde asturiano, en religión como en ciencia,

> Saber y no saber, todo es lo mismo,
> porque el fin de la ciencia es el abismo.

*Sé bueno y te sentarás a la diestra de Dios Padre:* tal era su pensamiento y toda la concesión que hacía en materias de fe.

Fué Campoamor satírico y festivo ingenio, no a la manera de su paisano *Clarín* o de Larra, que desgarran, sino con dulce sátira, fina y diluída, en que brillaban todas las sales de su ingenio. Ciertos poemas satíricos, como *Los buenos y los sabios* (1882), como *Los amores de una santa* (1886), tan jocosos y admirables, son dignos de figurar junto a aquel famoso del Señor de la Torre de Juan Abad intitulado *Contra los peligros del matrimonio;* pero bastante más finos. Muchas de sus humoradas, poesía lapidaria, «que es la más propia para que se graben los pensamientos, no sólo en las piedras, sino en las inteligencias», son nota-

bles. Lo que pasa con tales composiciones, a diferencia de las doloras, casi todas de positivo mérito, es que, «junto a una idea que estalla en dos versos y que permanece en el cerebro, iluminándole como una luz eléctrica», se encuentran a menudo trivialidades y rapsodias; y al lado de esta delicada humorada:

Odia esa ciencia material que enseña
que el que muere es feliz, duerme y no sueña,

figura aquella otra de vulgaridad aplastante:

Para él la simetria es la belleza,
aunque corte a las cosas la cabeza.

Y tras la siguiente humorada, fina y señoril:

¡Dichoso ser! ¡Muere con el consuelo
de pensar que morir es ir al cielo!,

se leen estos versos villanos:

¿Pues no quiere que crea
que vió en Valencia una hortelana fea?

Adviértenos ya Campoamor, en el prefacio que puso a la primera edición de sus humoradas, que son «bagatelas escritas para los álbums y los abanicos de mis amigas, o recogidas de los retazos sobrantes de las doloras y

poemas». No todo, empero, es broza en estas composiciones; muchas de ellas son dignas de la celebridad del poeta, bien por encerrar un pensamiento original o delicado, ya una llamarada de su chispeante ingenio, una imagen que deslumbra bruscamente: éstas, una máxima; aquéllas, una picardía galante o una aguda nota de dolor, un rasgo de melancolía. En estas poesías «cortas, tristes, risueñas, galantes o satíricas —como califica a sus humoradas el poeta—, prepondera la tendencia cómico-sentimental que se entiende por humorismo». Fuéle concedido a Campoamor también el don excepcional, que él sólo atribuye a Cervantes y Shakespeare, de hacernos llorar y reír al propio tiempo. Pero, a menudo, su humorismo es una punzada que lastima:

La que ama un ideal, y sube... y sube...
suele morir ahorcada de una nube.

Una vieja muy fea me decia:
«—En cuanto a la virtud, creo en la mia.»

Tu epitafio grabé; mas vi que un dia
lo de *amor* ya el polvo lo borraba,
la palabra *virtud* no se entendia,
y tu *nombre* ya el lodo lo empañaba.
¡Dios odia lo superfluo, muerta mia,
y en cualquier epitafio que se graba,
gracias al polvo, a la humedad y al lodo,
no suele sobrar algo, sobra todo!

*Virtud* y *honor*, Emilia, y no te asombre,
puso el hombre en la lengua, y por lo mismo
de *honor* y de *virtud* tanto habla el hombre.

.......................................

Rico o pobre, el mortal eternamente
llama a su honra el *amor de los amores;*
¡maldito charlatán y cuánto miente!

.......................................

Hay tanta lengua que el *honor* evoca,
que, ya ofuscada mi razón, no explico
si a risa, a llanto o a indignación provoca.
Perpetuamente en expresiones rico,
¡qué hermoso fuera el hombre si tuviese
las entrañas tan bellas como el pico!

En general, si hay uno que os confiese
que es la virtud su solo patrimonio,
bien podéis exclamar: «¡Qué pobre es ése!»

.......................................

Pues como dijo el padre Notas-Claras
(que era un fraile muy sabio, por más mengua):
«Salvo alguna excepción (que son muy raras),
¡no hay *honor* ni *virtud* más que en la lengua!»

¿Lo has entendido? ¡Oh mengua!
*¡No hay honor ni virtud más que en la lengua!*

Igual que las doloras, estas composiciones no se estiran «hasta ensuciar con las botas la cara de los oyentes»; porque, a juicio de su autor, «el arte en general, la poesía en particular, ganan en intención lo que pierden en extensión».

Escribe Campoamor con gentil desenfado y

naturalidad: jamás se le verá preocupado con la forma literaria más de lo justo, ni artificioso o alambicado, hable en lenguaje sencillo o elocuente:

No vi más gentil doncella,
ni más apuesto doncel,
ni más envidiosos de ella,
ni más envidiosos de él.

Y, cuándo su lira se exalta hasta la majestad de la epopeya, no pierde tampoco su timbre de hermosa naturalidad:

¡En el nombre de Dios! Canto la gloria
de un nauta osado, inteligente y pío,
que de los sabios nubla la memoria,
que de los héroes obscurece el brío.
¡Nauta feliz que eclipsará en la Historia
todo el valor, la ciencia y poderío
que en seis mil años, con jactancia vana,
fastuosa acumuló la especie humana!
¡En el nombre de Dios! Canto al que osado
aventó con su soplo omnipotente
el palacio de sombras encantado
donde dormía el sol en occidente.
¡Canto al que el ansia hidrópica ha saciado
del codicioso y viejo continente,
dando a su afán en perennal tesoro
sobre islas de coral montañas de oro!

(*Colón*, I.)

Ni siquiera en sus más sutiles discre-

teos nos da la impresión de rebuscado:

Si es fácil una hermosa,
voy y la dejo;
si es difícil la cosa,
también me alejo.
Niñas, cuidad
de amar siempre con fácil
dificultad.

No posee el poeta astur la dulce melodía de Rosalía de Castro, ni la pompa y majestad de Zorrilla, ni la elocuencia y clásica elegancia de Quintana, ni la vigorosa inspiración de Espronceda; pero ninguno le supera en la concisión y energía de su frase lapidaria:

Ama con furia y odia con tal ira,
que clava sus ideas cuando mira.

Esclavos, aprended que en la existencia
puede más que la fuerza la paciencia.

Te vi una vez, Elia, fascinadora,
y te amé una eternidad en una hora

No doy los tristes pensamientos míos
por tus sueños ligeros y rosados.
porque a cráneos vacíos,
prefiero corazones disecados.

Cierto que su estilo nervioso viene a ser con frecuencia recortado en demasía; pero, para nuestro gusto, tanto mejor.

Los grandes poemas de Campoamor *Colón* (1853), *El drama universal* (1860) y *El licencia-*

*do Torralba* (1892), están nutridos de robusta inspiración, con descripciones briosamente trazadas, vivas imágenes, y lenguaje digno y elevado, que, a menudo, tiene acentos grandilocuentes. En particular *El drama universal*, donde cuatro lágrimas bastan a crear un mundo,

> poema que en la tierra comenzado,
> acaba, al fin, cantándose en el cielo,

con sus visiones, sus transmigraciones, supersticiones y leyendas; con sus elementos mitológicos y cristiano espiritualismo; con el Dios del Sinaí y del Gólgota y los dioses paganos; con su agitado y revuelto océano de factores humanos y divinos, es poema extraño, original e inspirado, donde se magnifica la Historia, la tradición, y se nos da la visión de otros espacios.

En cuanto a los *Pequeños poemas* (1873-1892), son únicos en su género. Forman las facetas del gran poema humano: encendidos, unos, en rojas llamaradas de pasión; sentimentales, otros; plácidos y regocijados, algunos; especulativos y con leve poso de ironía, muchos, y todos dignos de nota por su dicción y pensamiento. Campoamor «baja a los abismos de la sociedad —apunta Leopoldo Alas en *Solos de Clarín*— a conversar, como Cristo, con los

publicanos, con presidiarios y rameras, y esto sin menoscabo de los santos fueros de la verdad y sin mengua de las inmaculadas alas de la santa poesía». Por las páginas de estos poemas se desborda manantial inagotable de fresca y jugosa inspiración, con ideas e imágenes rotundas; aquí, como en las doloras, y sobremanera las humoradas, restalla el látigo de su ironía contra la perversidad de los hombres —y las mujeres— y de la vida; si bien con más frecuencia le vemos disculpar con benévola sonrisa, atenuar, comprender, perdonar...

De todos sus *Pequeños poemas*, ninguno iguala, a nuestro ver, *El tren expreso*, poema de hermoso lirismo, en el que vibran todas las voces de la pasión, y cuyo patético desenlace, tan frío, tan angustioso, tan brusco, conmueve hondamente. ¡Cómo hace latir el corazón este apasionado ensueño de amor y estas fulgurantes estrofas! Todos los corazones enamorados han de tejer guirnaldas al autor de ese poema. No es don Ramón un poeta genial, porque aun hay categorías y nombre para las cosas; pero, sin duda, es en los momentos felices admirable poeta. Y entre sus páginas mejores, ¡qué hermosamente triste e inspirada es la misiva del canto tercero de aquel poema y cuán noble estro re-

vela! Escuchad lo que en ella escribe el poeta:

«Mi carta, que es feliz, pues va a buscaros,
cuenta os dará de la memoria mía;
aquel fantasma soy que, por gustaros,
juró estar viva a vuestro lado un día.
»Cuando lleve esta carta a vuestro oído
el eco de mi amor y mis dolores,
el cuerpo en que mi espíritu ha vivido
ya durmiendo estará bajo unas flores.
»Por no dar fin a la ventura mía,
la escribo larga... casi interminable...
¡Mi agonía es la bárbara agonía
del que quiere evitar lo inevitable!
»Hundiéndose al morir sobre mi frente
el palacio ideal de mi quimera,
de todo mi pasado, solamente
esta pena que os doy borrar quisiera.
»Me rebelo a morir; pero es preciso...
¡El triste vive y el dichoso muere!...
¡Cuando quise morir, Dios no lo quiso;
hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere!
»¡Os amo, sí! Dejadme que, habladora,
me repita esta voz tan repetida;
que las cosas más íntimas ahora
se escapen de mis labios con mi vida.
»Hasta furiosa, a mí que ya no existo,
la idea de los celos me importuna;
¡juradme que esos ojos que me han visto
nunca el rostro verán de otra ninguna!
»Y si aquella mujer de aquella historia
vuelve a formar de nuevo vuestro encanto,
aunque os ame, gemid en mi memoria:
¡yo os hubiera también amado tanto!...

»Mas tal vez allá arriba nos veremos,
después de esta existencia pasajera,
cuando los dos, como en el tren, lleguemos
de nuestra vida a la estación postrera.

»¡Ya me siento morir!... ¡El cielo os guarde!
Cuidad, siempre que nazca o muera el día,
de mirar al lucero de la tarde,
esa estrella que siempre ha sido mía.

»Pues yo desde ella os estaré mirando;
y como el bien con la virtud se labra,
para verme mejor, yo haré rezando
que Dios de par en par el cielo os abra.

»¡Nunca olvidéis a esta infeliz amante
que os cita, cuando os deja, para el cielo!
¡Si es verdad que me amasteis un instante,
llorad, porque eso sirve de consuelo!...

»¡Oh Padre de las almas pecadoras!
¡Conceded el perdón al alma mía!
¡Amé mucho, Señor, y muchas horas;
mas sufrí por más tiempo todavía!

»¡Adiós, adiós! Como hablo delirando,
no sé lo que deciros quiero;
yo sólo sé de mí que estoy llorando,
que sufro, que os amaba y que me muero...»

Estimable es toda la labor de Campoamor; pero sus doloras sobremodo. Entre éstas, *Lo que hace el tiempo* y la conocida y saladísima *¡Quién supiera escribir!* se llevan ciertamente la palma. Vémosle cultivar en la primera el arte por la idea, no sólo por la belleza, si bien Campoamor rara vez se olvida —y de aquí su indiscutible triunfo— que la mayor belleza

estriba en la justa proporción de la expresión literaria y el contenido ideológico y poético; funde la ciencia de la vida y la poesía, el pensamiento de Platón y el mito de Afrodita. Impecable desde el punto de vista métrico y con honda concepción del amor, algo amarga, tristemente verdadera, es *Lo que hace el tiempo*. Quintaesencia del amor es la tal dolora; la pupila escrutadora del sagaz anciano ha penetrado en la misma entraña de la verdad, levantando una punta del velo que cubre en la juventud el misterio de Afrodita. Pocos poetas contemporáneos nos han dado tan precisa visión de la versatilidad del amor; como onda de suave melancolía, su musa se entra intensamente en nuestra alma con aleteos tristes, porque no más que sombras, versatilidad y «tristes recuerdos» nos ofrece la vida. Con noble sinceridad y viril denuedo descubre toda la amargura de su espíritu inquieto en esta musa elegíaca. Limitaremos nuestra acotación a unos cuantos trozos del poema:

Con mis coplas, Blanca Rosa,
tal vez te cause cuidados
por cantar
con la voz ya temblorosa,
y los ojos ya cansados de llorar.

..............................

Pasa un viento arrebatado,
viene Amor, y a dos en uno
funde Dios;
sopla el desamor helado,
y vuelve a hacer, importuno,
de uno, dos.
Que Amor, de egoismo lleno,
a su gusto se acomoda
bien y mal;
en él hasta herir es bueno,
se ama o no se ama, aqui está toda
su moral.
¡Oh! ¡Qué bien cumple el amante,
cuando aun tiene la inocencia,
su deber!
Y ¡cómo más adelante,
aviene con su conciencia
su placer!
¿Y es culpable el que, sediento,
buscando va en nuevos lazos
otro amor?
¡Sí! Culpable como el viento
que, al pasar, hace pedazos
una flor.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¡Cuán inútil es que huyamos
de los fáciles amores
con horror,
si, cuanto más las pisamos,
más nos embriagan las flores
con su olor!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Y si no es amor el vaso
donde el sobrante se vierte
del dolor,

pregunto yo: —¿Es digno acaso
de ocuparnos vida y muerte
tal amor?
Nunca sepas, Blanca Rosa,
que es la dicha una locura,
cual yo sé;
si quieres ser venturosa,
ten mucha fe en la ventura,
mucha fe.

.............................

Si huye una vez la ventura,
nadie después ve las flores
renacer
que cubren la sepultura
de los recuerdos traidores
del ayer.
Y ¿quién es el responsable
de hacer tragar sin medida
tanta hiel?
¡La vida! ¡Esa es la culpable!
La vida, sólo es la vida
nuestra infiel.
La vida, que, desalada,
de un vértigo del infierno
corre en pos.
Ella corre hacia la nada;
¿quieres ir hacia lo eterno?
Vé hacia Dios.

.............................

La dolora *¡Quién supiera escribir!* es sencillamente adorable; sus estrofas, impregnadas de tierna poesía, arden también con el fuego de la pasión; tiene la frescura del rocío, el en-

canto de una alborada; ha derramado allí Campoamor sus sales áticas, todo su lirismo sentimental. El propio Don Juan, con toda su procacidad, leería esta inocente e inflamada declaración de amor con respeto. Y ¡contrastan con tal fuerza la silueta espiritual del señor Rector —Campoamor con ropas talares— y la romántica figura de la gentil chiquilla! ¡Y nos parece el poema tan expresivo, tan sincero y real, y tan de perlas ha cantado el poeta lo que las humildes Julietas de nuestras aldeas españolas sienten, que en el podrán verse como en un espejo más de cuatro muchachitas sentimentales y más de cuatro benévolos y ancianos curas de lugar!

Al tratarse de Campoamor, hay un silencio que a muchos nos parece traición. ¿Por qué nadie se queja de no hallar en parte alguna un monumento —sólo dos pequeños bustos tiene, en Madrid y Navia— consagrado a este salmista de la belleza, que fué don Ramón de Campoamor? Rojo de vergüenza debe de andar el mármol o bronce de esos monumentos a un don Fulano de Tal, gran maestre de la truhanería política, a quien le sientan los laureles como a la burra las arracadas, que hallamos a cada paso, como una incógnita, como una pesadilla de glorificaciones; topámonos de vez en cuando con un monumento que,

por su suntuosidad, merece ser de un Fernández de Córdoba, de un Tirso, un Vives, un Garcilaso, y, puestos a contemplarle, nos esforzamos por atisbar entre nuestras noticias de la Historia patria su nombre y calidad, para quedarnos en ayunas. Debe de ser mala nuestra memoria, o ingratos los historiadores, que omitieron sus proezas, o impostura el monumento, o eso de jaspes y bronces, en nuestro país, tortas y pan pintado. Pero, en fin, un monumento se levanta con yeso, piedra y palustre, y un santuario en el alma, no: y pequeño santuario es lo que tiene en el corazón de nuestro pueblo, sin atender los ladridos de la crítica, don Ramón de Campoamor.

Universidad de Pensilvania.

Invierno de 1921.

# ÍNDICE

| | Páginas |
|---|---|
| Juventa | 7 |
| Cristo | 11 |
| María Luisa | 17 |
| ¡Los dioses se van! | 61 |
| Elogio de los leales | 67 |
| La apología de la muerte y el suicidio | 73 |
| Del sabroso coloquio que tuvo Cervantes con Don Alonso Quijano en el purgatorio | 91 |
| Junto al hogar | 111 |
| Las dos perspectivas | 115 |
| ¿Superchería? | 125 |
| Del sentimiento y las ideas | 135 |
| El genio del amor | 139 |
| Socialismo | 143 |
| Noche de perros | 147 |
| Dolor y vida | 163 |
| Carmen | 179 |
| La galantería | 183 |
| El pesimismo religioso | 187 |
| Catedrales españolas | 197 |
| ¡Pax! | 201 |
| El trato social | 207 |
| Del epistolario femenino | 215 |
| Gitanerías | 229 |
| El pesimismo y el escepticismo contemporáneos | 245 |
| Campoamor | 281 |

